



Vemos con nuestros propios ojos

Apuntes sobre comunicación y democracia

ARAM AHARONIAN

Caracas, Venezuela 2007

serie

comunicación y sociedad

© Aram Aharonian

© Fundación Editorial el perro y la rana, 2007

Av. Panteón, Foro Libertador

Edif. Archivo General de la Nación, planta baja, Caracas, 1010.

Telfs.: (58-0212) 564 24 69/8084492 /8084986/8084165/ Telefax: (58-0212) 564 14 11

correos electrónicos:

elperroylaranaediciones@gmail.com

comunicaciones@elperroylarana.gob.ve

editorial@elperroylarana.gob.ve

página web: www.elperroylarana.gob.ve

Edición al cuidado de

Dannybal Reyes

Corrección

Julio Bustamante

Diagramación

Verónica Alfonso

Diseño de la colección

Kevin Vargas

Dileny Jiménez

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal If 40220073204267

ISBN 978-980-396-775-8

Impreso en Venezuela

La Colección Alfredo Maneiro. Política y sociedad *publica obras puntuales, urgentes, necesarias, capaces de desentrañar el significado de los procesos sociales que dictaminan el curso del mundo actual. Venezuela integra ese mundo en formación, de allí la importancia del pensamiento, la investigación, la crítica, la reflexión, y por ende, de las soluciones surgidas del análisis y la comprensión de nuestra realidad.*

Firmes propósitos animan a esta colección: por una parte, rendir homenaje a la figura de Alfredo Maneiro, uno de los principales protagonistas de los movimientos sociales y políticos que tuvieron lugar en Venezuela durante los duros y conflictivos años sesenta, y por la otra, difundir ediciones de libros en los cuales se abordan temas medulares de nuestro tiempo.

Comunicación y sociedad: *serie dedicada a tratar los diferentes temas de la comunicación, partiendo de sus dimensiones políticas y sociales, en relación con los problemas del mundo contemporáneo.*

A Marita, mi compañera e incitadora.

A mi hija Aní y a sus primos, a quienes toca ahora seguir en la pelea.

A mis hermanos Coriún y Anahit.

*Y a todos aquellos que, en su mayor parte sin siquiera saberlo,
colaboraron con sus investigaciones, análisis y opiniones, para que esta
recopilación fuera posible y comencemos a Vernos con nuestros
propios ojos.*

¿DÓNDE ESTÁ EL PERIODISTA?

*En estos momentos de impostura universal,
decir la verdad es un acto revolucionario.*

GEORGE ORWELL

UNO

La sentencia de que la primera víctima de la guerra es la verdad –y por ende el periodismo–, está más que consagrada universalmente.

Hace medio siglo, la profesión del periodista gráfico gozaba de respeto y de dignidad, obtenía el reconocimiento de la sociedad, y jugaba un papel intelectual y –por qué no– también político. Hoy, el periodismo escrito apenas significa una pequeña porción del expandido mundo de los medios de comunicación social, en especial audiovisuales, donde los empleados ya no son periodistas sino trabajadores mediáticos, personas anónimas.

Hoy el producto final de un medio de comunicación no es de autoría de un periodista, sino el resultado de una cadena de trabajadores que participó en la construcción de, por ejemplo, una noticia. Cada información trabajada por una cadena audiovisual del Norte tiene en su camino a una treintena de empleados, incluidos juristas. Ya no existe el orgullo de lo personal ni la responsabilidad personal.

La revolución tecnológica permitió que las noticias viajen de un lado a otro: ya no era un problema enviar la información. Pero el cambio significó también que la noticia se convirtió en un buen negocio; obviamente no como la conocíamos, sino trastocada en espectáculo, en *show*. El descubrimiento del enorme valor económico de la información se debe a la llegada del gran capital a los medios de comunicación y a la necesidad de manipular grandes mercados para facilitar los grandes negocios y, también, el lavado de dineros, muchos de ellos provenientes de la venta de armas y de drogas.

El gran capital configuró redes de comunicación masiva que se convirtieron en poquísimos tiempo en enormes conglomerados, en poder de pocas manos: grandes grupos corporativos y multimediáticos dejaron casi fuera del negocio a pequeños medios marginales. La dirección de las corporaciones quedó en manos de gente que nada tenía que ver con el periodismo, sino que lo veían como vía, herramienta, para obtener grandes y rápidas ganancias. A un jefe de

un gran medio no le interesa si la noticia es verdadera, sino si tiene interés y puede vender. La ética fue una de las primeras víctimas, y el valor de la palabra quedó totalmente trivializado. El trabajador de un medio masivo comercial no investiga en busca de la verdad sino que busca acontecimientos sensacionalistas que ayudan a la empresa a obtener una rentabilidad máxima.

En el mundo capitalista de hoy, tener medios de comunicación es tener poder. Las elecciones en Estados Unidos son una clara muestra de cómo los medios influyen en el manejo de la vida política, cómo los políticos se ajustan a las demandas de las grandes cadenas de televisión.

Víctor Ego Ducrot, periodista y académico de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina, en su artículo “Coca Cola *no* refresca mejor”, señala que “todo hecho periodístico pertenece al escenario del debate y de la puja en torno al poder, porque lo defiende, lo avala, lo sustenta o lo justifica, o porque lo cuestiona y hasta trabaja para su destrucción, para su reemplazo o para su modificación sustancial”.

Afirma que es en el marco de la propaganda que podemos reconocer que la práctica periodística pertenece al terreno de la disputa por el poder y del poder. Las construcciones teóricas y multidisciplinarias desarrolladas en el proceso histórico comprendido en el siglo XX dejan en evidencia la vigencia, en términos generales, de los análisis aportados por Lenin sobre la naturaleza, el rol y la organización de la prensa y la propaganda revolucionarias, de extrema vigencia a la hora de tratar el punto.

El discurso académico y periodístico del bloque de poder –expresado por los grandes medios corporativos y los grandes centros de estudios, en especial estadounidenses, con sus *think tanks* y sus usinas de *papers*– lo negarán y se horrorizarán, pero el periodismo forma parte del concepto genérico de propaganda, es una especie particular de propaganda, que se especifica y se define por una metodología y un conjunto de técnicas propias. Esa especificidad del hecho periodístico, que lo distingue del resto de los mensajes que pertenecen

al ámbito de la propaganda es su objetividad, entendida esta como inexcusable referencia al hecho objetivo, revelado por la fuente,

continúa Ego.

Y afirma que el periodismo es propaganda objetiva, basada en hechos susceptibles de ser constatados y confirmados en su objetividad y veracidad por las llamadas fuentes, sean éstas directas, indirectas, testimoniales o documentales. El argentino considera que la dicotomía objetividad-subjetividad no solo es insuficiente sino errónea.

Señala que el discurso de nuestra práctica no tiene otra alternativa que ser objetivo, en el sentido de referencia; es decir, basado en hechos susceptibles de ser confirmados y constatados a través de fuentes directas o indirectas, testimoniales o documentales, y que el periodismo subjetivo simplemente no es periodismo, sino que pertenece a la propaganda en sentido amplio.

Así como la objetividad es un componente del hecho periodístico, el mismo necesariamente será parcial, como lo es toda actividad humana desde el punto de vista cultural antropológico, y entendida esa parcialidad no como aceptación de una parte en detrimento del todo, sino como asunción de una posición propia del periodista y/o del medio, ante el complejo y multifacético entramado de hechos sobre los que trabaja la práctica periodística.

Para Ego el hecho periodístico debe ser necesariamente objetivo y es necesariamente parcial, y sostiene que el periodismo y la práctica periodística forman parte de la puja por el poder, ya sea para construirlo o defenderlo, ya sea para modificarlo en su tipo o naturaleza. En esa dialéctica se apoya el discurso periodístico del bloque de poder para incurrir entonces en un "error" deliberado—en un alejamiento del concepto de objetividad respecto de su necesaria referencia a hechos comprobables—, al convertir su parcialidad en objetividad, al convertir su propia parcialidad (discurso de clase o de grupo) en objetividad (en discurso universal).

Quizá hasta hace pocas décadas conocíamos la historia que nos enseñaban en las escuelas y a través del relato de nuestros

familiares: dos vertientes de la memoria colectiva de nuestras sociedades. En el mundo de hoy conviven dos historias simultáneas, aquella que proviene de la memoria colectiva de nuestras sociedades y la que nos inculcan los medios, muchas veces subconsciente y subliminalmente, a través de los medios masivos de comunicación como la radio, la televisión, los medios de transmisión electrónica.

A través de información, publicidad y entretenimiento, esas construcciones de los medios nos hacen vivir una historia muchas veces más ficticia que real, enfrentando un fenómeno cultural cuyas consecuencias aún desconocemos. Esto hace imprescindible buscar –no solo buscar, sino encontrar– las formas de divulgar la realidad, lo que realmente acontece en nuestras sociedades, en nuestras naciones.

El periodismo escrito se enfrenta, entonces, a una cada vez menor importancia en el mundo de los medios masivos y comerciales de comunicación, instrumentos de manipulación de la opinión pública y constructores de un mundo virtual que intenta (muchas veces con éxito) reemplazar al mundo real.

Quizá esta aparente agonía del periodismo escrito tenga mucho que ver con una falsa percepción que en los últimos años se acuñó sobre la profesión del comunicador. Lo que hace un periodista no es un producto, sino una obra colectiva en la que participan, por ejemplo, las personas de las que obtuvimos la información.

Un periodista depende de los otros, de la ayuda, la participación, la opinión, el pensamiento de los otros. Si bien la sociedad no puede existir sin periodistas, menos aún pueden existir periodistas sin la sociedad.

El periodista, que trabaja con la materia más delicada del mundo –la gente–, debe ser humilde y respetuoso, saber acercarse y comprender la realidad, para poder transmitirla, comunicarla al resto de la comunidad. Y esas cualidades se han perdido en parte en los últimos lustros, confundiendo muchas veces quién es el protagonista de las historias, perdiendo incluso el criterio ético de respeto a la integridad, a la dignidad, a la imagen del otro.

En esta profesión los estudios, las investigaciones nunca se terminan, ya que el oficio se ocupa de nuevos datos, nuevos hechos, nuevos protagonistas, nuevos problemas. ¿Un periodista debe ser un graduado en comunicación social? Debe conocer, estudiar sociología, antropología, ciencias políticas, psicología, literatura, cualquier disciplina que se necesite. Es una profesión transparente, porque los lectores evalúan día a día nuestra labor.

Si bien el periodista depende de los demás para escribir, el texto depende también de su contexto: se da en determinada ubicación y momento, y va dirigido a determinado público. Cada medio tiene su línea editorial, su filosofía, sus principios, más allá de sus características formales, y además cada texto tiene su tiempo.

DOS

Dicen que el periodismo comenzó a cambiar de la mano –o como consecuencia– de la revolución tecnológica, pero realmente cambió porque la noticia se convirtió en negocio desde la llegada del gran capital a los medios de comunicación, y la progresiva concentración de estos en pocas manos.

Los grandes multimédios quedaron en poder de empresarios, de gente que no tenía nada que ver con el periodismo, ni siquiera les interesaba la profesión, sino que veían la información como forma, instrumento, herramienta para obtener grandes, altas y rápidas ganancias, y como instrumento para garantizar mercados, consumidores para los productos de sus empresas, fueron estos productos bienes materiales o ideas.

A los nuevos gerentes de los medios no les interesa si la historia es real, verdadera, sino si es interesante y puede vender. Se terminó la ética del periodismo, y fue sustituida por la (¿carencia de?) ética del empresario. La búsqueda de la verdad fue reemplazada por la búsqueda de lo que se pueda vender, y la palabra perdió el valor que tuvo durante décadas, siglos.

La pantalla de televisión relata versiones erróneas, manipuladas, incompletas, incompetentes, que se imponen sin la posibilidad de ser contrastadas con la realidad o con documentación original.

Millares de personas aprenden y repiten historias irreales, construcciones ficticias de un pensamiento e imagen únicos, divulgados por los medios comerciales de comunicación, a lo largo y ancho del mundo. Las voces alternativas no tienen la capacidad de ofrecer la misma accesibilidad que los medios masivos, a menos que se conviertan también en medios masivos, alternativos al pensamiento hegemónico.

Los medios deciden qué destacar, qué omitir o invisibilizar, qué cambiar, quién es el protagonista y quién el antagonista; quién tiene voz y quiénes quedan afónicos e invisibles en la construcción de ese mundo virtual. Los grandes conglomerados empresariales operan sobre la mentalidad y la sensibilidad de las sociedades que gobiernan y generan una nueva fuente de historia, falsificada, fragmentada, artificial, superficial, descontextualizada.

La gente común conoce la historia (virtual) a través de los medios. Y solo cuando su propia realidad contrasta con esta historia virtual y la hace estallar en pequeños trozos, logra darse cuenta de esa dualidad, de ese divorcio entre medios y realidad, entre realidad virtual y real. Cada vez más historias virtuales ocupan el lugar del mundo virtual en nuestro imaginario, que nos alejan de la historia y de los problemas reales del mundo real de las distintas y diversas civilizaciones.

La manipulación de los modos en que piensa la gente es ya una práctica de enorme difusión, que se emplea de diferentes medidas y con diferentes sentidos. Ya no existe la censura como tal sino que se emplean otros mecanismos que definen qué destacar, qué omitir, qué cambiar; en definitiva qué manipular de manera sutil, sistemática, porque esa es la forma de dominar la imagen que dan a conocer a la sociedad y a las sociedades, para operar no solo sobre la mentalidad sino también sobre la sensibilidad de las sociedades.

TRES

Desde los años 1990 asistimos al nacimiento y progresivo desarrollo de un nuevo orden de información mundial, aceleradamente dinámico, cambiante y tan disímil al de la aldea global de la que nos hablaba Marshall McLuhan. Este nuevo orden es una metrópoli mundial, donde los medios de difusión de noticias se convirtieron en una red anglohablante difusora de los llamados valores occidentales y cristianos, o sea, del pensamiento único.

Estamos frente a una revolución de la informática y de la comunicación: alrededor de la Tierra gira un anillo lleno de satélites llenos de palabras, sonidos e imágenes; prodigiosos artilugios del tamaño de una uña, reciben, procesan y emiten, a la velocidad de la luz, mensajes que hace medio siglo requerían de sesenta toneladas de maquinaria.

Si bien el número de servicios de noticias que circulan actualmente en el mundo es reducido, su impacto es enorme. McLuhan no conocía siquiera las *tandys*, precursoras de las *laptops* ni el fax que se popularizó recién a partir de 1985, cuando las agencias de noticias internacionales aún transmitían por medio de teletipos y cintas perforadas.

No es aventurado señalar que desde 1991, la historia de la información cambió sustancial, definitivamente, desde que el periodista Peter Arnett transmitió en vivo y directo, lo que creíamos era la Guerra del Golfo o el bombardeo de los "aliados" a Bagdad. Desde entonces para todos quedó en claro el alcance de los nuevos medios de comunicación y el uso que se proponían hacer de ellos: difusores del mensaje y las imágenes únicos. Las noticias, censuradas por el Pentágono, pasaban a ser espectáculo; un espectáculo armado de forma que pudiera interesar a dos mil millones de televidentes a lo largo y ancho del mundo, dejando la sensación de hecho consumado. Pero eso no quedó ahí.

Cuando los *marines* llegaron a Somalia, los periodistas de la CNN estaban esperando a los soldados. Ya les habían recomendado llegar antes del amanecer, para mejorar sus imágenes de

libertadores, e ingresar, además, en el horario estelar de los noticieros mundiales. Existía un guión (tanto para los *marines* como para los periodistas): ya se sabía lo que iba a ocurrir.

En 1994 en Ruanda, un país pequeño y prácticamente desconocido para muchos de nosotros, sucedió una de las mayores masacres de fin de siglo XX. Ruanda tiene una estructura sociológica quizá difícil de entender para nosotros, con una historia cultural y étnica prácticamente desconocida. Los escasos expertos en asuntos africanos quedaron sorprendidos de la falsedad de la información proporcionada por los medios occidentales. El mundo conoció una historia irreal, una construcción ficticia bien alejada de la realidad de lo acontecido. Esa historia falsa, narrada por una televisión transnacional más dependiente del espectáculo que de la realidad, fue, al igual que tantas otras, una descarada manipulación, un discurso fragmentado y superficial.

La decisión del gobierno del presidente estadounidense George W. Bush de entablar una guerra indefinida contra el terrorismo, tras el atentado del 11 de septiembre de 2001 a las llamadas Torres Gemelas de Nueva York, ha confirmado que en la guerra la primera víctima es la verdad. Y eso le sirvió de palanca para lograr que la opinión pública estadounidense aceptara la ecuación “más seguridad” a cambio de recortes en las libertades y derechos civiles consagrados, con serias repercusiones en materia de comunicación.

La Doctrina de Seguridad Nacional estadounidense adoptada nueve días después del atentado, define la actual estrategia con la cual se atribuye el derecho de guerra preventiva en cualquier lugar del mundo.

Este concepto marca un giro en la política internacional, ya que establece que solo prevalecerá una nación soberana y que las demás –y el derecho internacional– tendrán que subordinarse a tal designio: cualquier acción, e incluso opinión, adversa a Estados Unidos es susceptible de ser considerada como terrorista.

El 26 de octubre 2001, Bush suscribió el Acta Patriótica que otorgó a las agencias de inteligencia estadounidenses poderes

ilimitados para la escucha de cualquier teléfono. A estas agencias también se les autorizó a recopilar una amplia gama de información de varias instituciones públicas –escuelas, hospitales, instituciones financieras de crédito y otras, comunicaciones en internet, establecimientos comerciales, entre otras– sin tener que revelar ante juzgado alguno ni una acusación criminal, ni el propósito y alcance de la investigación, con la sola condición que tenga que ver con una vaga sospecha de terrorismo, escribía Ahmad Aijaz.

Y desde esa fecha se multiplicaron los mecanismos para controlar la información: agencias de propaganda para inundar a los medios de comunicación a nivel planetario (como la Office for the Strategic Influence, OSI), guerras psicológicas de nuevo tipo, “combate a internet” para lograr un control férreo de la red de redes, entre otros, todo ello para ganar la batalla de la opinión pública. Obviamente estas medidas no han logrado un mundo más seguro, pero sí uno más atemorizado y muy disminuido en sus derechos.

Mientras, Estados Unidos se esmera en imponer una porción cada vez mayor de políticas de liberalización y desregulación, sobre todo en materia de telecomunicaciones, orientadas a eliminar cualquier reglamentación o espacio estatal que pudiera interponerse a la expansión transnacional, junto con normativas que buscan preservar sus intereses, como es el caso de la inmoral interpretación de los derechos de propiedad intelectual promovidas en la Organización Mundial del Comercio (OMC).

CUATRO

Para cualquier análisis que queramos hacer, debemos tener en cuenta la revolución digital de las últimas dos décadas, que provocó la mezcla del texto, el sonido y la imagen. Desde entonces, las fronteras entre el mundo de la comunicación, el de la cultura de masas y el de la publicidad son cada vez más tenues, y las grandes empresas, a través de las megafusiones, se han adelantado a gestionar el contenido de las distintas esferas.

Nuestras sociedades consumen hoy grandes dosis de información sin siquiera saber que es falsa. La clave es un sistema de instantaneidad que nadie puede verificar y que en muchas ocasiones es una aviesa manipulación de laboratorios y estudios de cine o televisión.

En el mundo de hoy, por delante del poder económico y financiero, está el poder mediático, que es el aparato ideológico de la globalización. Hoy, los medios de comunicación juegan su papel para deformar la realidad en beneficio de sus intereses y fabricar una opinión pública favorable al sistema. Cumplen una misión ideológica. Su finalidad no es dar al ciudadano el conocimiento objetivo del sistema social en que viven, sino ofrecerles por el contrario una representación mistificada de este sistema social, para mantener a los ciudadanos en su lugar, dentro del sistema de explotación.

En Latinoamérica los medios del sistema cumplen de manera estricta este papel. Ocultando o tergiversando la realidad crean opinión pública, como lo hacen también las firmas encuestadoras, generalmente contratadas por el mismo medio.

Los grandes medios de comunicación, convertidos en negocio del libre mercado, son tolerantes con la mentira, la falacia y los montajes. Por ello, una mentira tan grande como la supuesta existencia de armas químicas y de destrucción masiva en el Irak de Saddam Hussein, que nunca aparecieron ni fueron jamás expuestas, fue el pretexto para la brutal invasión genocida estadounidense. En la actualidad cuando nadie duda de la mentira del gobierno de George W. Bush, pocos "medios democráticos" cuestionan la invasión y la ilegalidad de la agresión y el genocidio.

No hay que olvidar la creciente concentración del poder de la comunicación social en los planos nacionales y también en el transnacional, para manejar a su antojo el bombardeo en tres dimensiones que parecen unificarse: información, cultura de masa, publicidad.

Los medios masivos de comunicación son aplanadoras de la desculturización, pero aún más, portadores de la alienación, para que el ser humano pierda la identidad y la perspectiva histórica.

Hoy, ese inmediatismo del que hablábamos, no permite el análisis de la noticia y la información pasa a ser más de impresiones y sensaciones, que de verdades y realidades.

Se apunta al sentimiento y no al raciocinio. Los investigadores han constatado grandes coincidencias en los discursos de las grandes empresas en cualquiera de estas dimensiones (información, entretenimiento, publicidad): son rápidos, utilizan frases cortas y títulos impactantes; son sencillos, sostienen un vocabulario básico y capaz de ser entendido por todos y usan permanentemente los elementos de dramatización: se expresan mediante emociones.

Transmiten noticias de la misma forma en que uno le habla a los niños: sencilla, brevemente y de forma emocional, conduciendo, inevitablemente, a una concepción reduccionista del pensamiento.

Hay quienes dicen que son medios que buscan el lucro o convierten la información en mercancía, pero realmente son departamentos de grandes conglomerados empresariales que tienen como objetivo apoyar la política comercial e ideológica en la que se sustenta su sistema de producción y comercialización. Sus contenidos se conforman con los criterios establecidos por sus accionistas y anunciantes e intentan mantener una relación cordial con los gobiernos si son amigos, u hostil y de chantaje si no son dóciles.

La frivolidad, el chismorreo y la banalidad se suman a su método de adocenamiento ciudadano. ¿Podemos hablar de censura, de regulación o de autorregulación? A nadie parece interesarle el derecho ciudadano a la información y el conocimiento, uno de los derechos fundamentales del hombre. ¿A nadie le interesa la responsabilidad social de los medios? Hablan de regulación de contenidos, pero solo se trata de regular la actividad de las empresas.

Hoy un espectro persigue el mundo: el de los medios de difusión mundiales y del mensaje mundial de los medios de difusión. Alguien dijo que estos medios de difusión mundiales son como un *barman* global, que sirve el mismo cóctel a todos sus clientes, mezclando las mismas dosis e ingredientes de noticias, puntos de vista y avisadores, puntuales y subliminales, con una pizca adicional de sensual incitación consumista.

Muchas teorías de egregios comunicólogos murieron ahogados por la realidad. Hasta hoy se enseña en algunas universidades latinoamericanas que internet garantiza la democratización de la información. Alcanza con ver el recibo telefónico para saber que eso no es así.

Internet, nuevo espacio para la libertad de información, es también un nuevo espacio para la libertad de comercio. El control del ciberespacio depende de satélites, de líneas telefónicas y de comunicaciones, y no resulta nada casual que en los últimos veinte años, en todo el mundo, la privatización haya arrancado estos servicios de las manos públicas, para entregarlas y concentrarlas en manos de los grandes conglomerados transnacionales de la comunicación, europeos y estadounidenses.

Los banqueros Rothschild se enteraron por palomas mensajeras de la derrota de Napoleón en Waterloo, pero ahora las noticias corren más rápido que la luz y con ellas viaja el dinero en las pantallas de computación, a razón de dos billones (dos millones de millones) de dólares al día, de los cuales un buen porcentaje corresponde al capital especulativo, que juega a la lotería financiera global. La economía virtual traslada capitales, derriba precios, arruina países y también fabrica millonarios y mendigos en un santiamén. A nosotros, generalmente, apenas nos toca el último renglón.

CINCO

En los medios de comunicación social la línea editorial la fija el patrón, el dueño del medio (sea individual o corporativo) y el periodista es, en definitiva, un mero trabajador, un asalariado, aunque muchas veces él mismo confunda su papel.

En la dura competencia de credibilidad en el “negocio” de la información –la que se logra en base a la calidad y la velocidad–, la diferencia la da en muchas oportunidades, precisamente, la calidad profesional del profesional. La uniformidad operativa es una de las bases fundamentales de un medio. Si proporciona contenido de mayor y mejor calidad pero más tarde, seguramente sus despachos pasarán inadvertidos.

Hay otro aspecto que tiene prioridad: es la intención de la noticia. La agencia, el periódico, la radioemisora, el canal –cualquier medio– crea opinión y brinda ya digeridas sus informaciones sobre determinado hecho, con su tónica, con sus perspectivas políticas, con su enfoque, con su propia escala de valores. La misma noticia suministrada por diferentes agencias podrá tener enfoques sustancialmente diferentes. La calidad se basa en la confiabilidad, la credibilidad.

Y al igual que lo que sucede con los medios gráficos, eso es precisamente lo que la televisión comercial viene perdiendo en los últimos tiempos en nuestra región, viendo caer sus tan promocionados *ratings* y, por ende, sus ingresos publicitarios. Demasiado lentejuela, poca confiabilidad.

Hasta podemos hablar de estafa al consumidor: se ofrece información y se contrabandea opinión, llena de adjetivos. Se ofrece opinión y lo que se contrabandea es propaganda, agitación.

El desafío para nuestra región, en lo que a información se refiere, es la guerra cultural. En esta guerra nadie es neutral, porque asumir una posición de neutralidad es tomar partido por el *statu quo*.

Un célebre escritor estadounidense Michael Crichton, conocido sobre todo por *Parque Jurásico* y *ER*, dijo que esperaba que esta era de periodismo polarizado, al estilo de comida rápida, llegue pronto a su fin. Como hablamos de comida-basura, bien podemos hablar, también, de información-basura.

Buena parte de la opinión pública estadounidense padece una asombrosa ignorancia acerca de todo lo que ocurre fuera de su país, teme o desprecia lo que ignora. En el país que más ha desarrollado la tecnología de la información, los noticieros de televisión, por ejemplo, apenas otorgan espacios a las novedades del mundo, como no sea para confirmar que los extranjeros tienen tendencia al terrorismo o a la ingratitud.

Los medios parecen cada vez menos democráticos; tratan de imponer mensajes únicos, imágenes únicas, en fin, pensamiento único.

Hablando de mensaje, de pensamiento único: si Eva hubiera escrito el Génesis, la historia de la primera noche de amor del género humano hubiera sido bien distinta. Eva hubiese comenzado

por aclarar que ella no era blanca y mucho menos rubia 90-60-90, ni tenía cabello largo y mucho menos que vestía esa ridícula hoja de parra. Eva aclararía que no nació de ninguna costilla, no conoció a ninguna serpiente ni ofreció manzanas a nadie, y que Dios nunca le dijo que parirás con dolor y tu marido te dominará. ¡Qué va! Eva diría que todas esas historias son puras mentiras que Adán le contó a la serpiente –perdón, a la prensa– y, seguramente, Adán se hubiera defendido señalando que sus palabras fueron mal interpretadas, tergiversadas y manipuladas por un canal internacional de noticias, sirviendo a oscuros intereses foráneos.

SEIS

Debemos comenzar a analizar el concepto de pasador de frontera propuesto por el catedrático chileno Carlos Moya. A algunos nos gustaría más el término de violador de fronteras, pero, en definitiva, el concepto es el mismo. En términos físicos, es quien atraviesa los límites estatales para reconocer la diversidad de paisajes, seres humanos, culturas, modos lingüísticos, costumbre, sabores y olores, y luego regresa a su territorio transformado por una alteridad que, de allí en adelante, hace parte de su identidad.

Las fronteras representarían las diferencias impuestas cultural y políticamente a nuestros pueblos como muros y barreras que separan y dividen, mientras el pasador sería el encargado de romper los mitos nacionales y las fortalezas nacionalistas para construir mediante su transgresión los espacios de la integración.

Los pasadores de frontera comprenden que los obstáculos para la integración no solo son externos sino que provienen de las identidades cerradas, construidas en las repúblicas oligárquicas que se fueron levantando después de las independencias de nuestros países. Pasan los confines de su propia identidad para escuchar al otro y transformarlo, incorporando la diferencia y la alteridad. Por consiguiente, en las fronteras se encuentra la potencialidad del encuentro de las diversidades y, al mismo tiempo, las limitaciones de quienes se autoafirman para excluir a los otros.

Pasar las fronteras exige ir más allá del horizonte propuesto por los creadores de los mitos nacionales; construir la integración en el encuentro con el otro, no en la simple aceptación de las diferencias, más allá de los límites que separan y dividen: se trata de construir una gran casa común para todos, donde todos lleguen, con sus cosas, con sus sueños, con sus historias presentes y pasadas; con sus automóviles, carretas y bicicletas, si las tienen; con sus dioses, con sus tradiciones, puestos al servicio de fundar una historia común en una ciudadanía común.

En democracia social, participación protagónica, justicia social. Debemos construir este oficio de pasador de fronteras, que no son más que esos territorios dominados por los miedos, creados para no ser atravesados, poblados de muros para que la indeseable migración del Sur no pase, esos espacios donde se fundan los enemigos.

Debemos crear esa casa común, la Patria Grande. Porque en esa casa común cabemos todos... y también nuestros sueños.

SIETE

La pregunta sobre si realmente los periodistas estamos cumpliendo correctamente con nuestro rol en el destape de la crítica, interesa no solo a comunicadores, sino a toda la sociedad: hay una desproporcionada utilización del escándalo para conquistar lectores a costa de no dudar frente a una verdad parcial o el rumor sin confirmar.

El problema de la gran prensa comercial es que hace tiempo que está tratando de redescubrir lo que es la ética, pero que la buscan en el diccionario por la letra ache...

El endiosamiento del periodismo comercial, que vino a continuación del intento de aniquilamiento y descalificación de las instituciones como los partidos –y más allá el Parlamento o la Justicia– apunta a generar la desesperanza del ciudadano en el sistema democrático.

El periodista parece haber olvidado que es un trabajador de los medios de comunicación social, un asalariado que logra escribir lo

que a su patrón (y a sus intereses) no molesta, o le favorece. Los medios pertenecen a empresas, mascarones de proa de poderosos grupos económicos que los utilizan para alcanzar sus objetivos, utilizando cualquier y/o todo tipo de presión contra los medios.

La denunciología no aporta a una discusión ideológica, a un debate de ideas, sino que apunta a la desmemoria de las masas. Las noticias se descontextualizan y se degradan al nivel del mero espectáculo del escándalo, inmovilizando al periodismo serio. Las denuncias de corrupción (en muchos casos sin investigación ni pruebas contundentes) son hoy en todo el mundo un género periodístico en auge y, a la vez, un próspero negocio muchas veces lindante con el chantaje.

El criticismo permanente de los medios comerciales a los gobiernos nacionalistas y/o progresistas es unilateral, peligroso y situado en la tendencia del pensamiento único, de la dictadura mediática. Quizá lo que se busca es exacerbar lo más inmaduro y adolescente de nuestros pueblos.

Quizá el oportunismo de los neocríticos desató una industria de la denuncia, quizá se trate de manipular a los lectores para convertir los medios en un espejo de los deseos de cambios históricos del público consumidor, y en los cambios estructurales de nuestras sociedades demandados por la ciudadanía.

Muchas veces las primicias –o muchas de ellas– no son sino una fuga deliberada de información y deseada por sectores de poder en pugna, y el *slogan* de búsqueda de la verdad no muestra más que un síntoma de esa enfermedad llamada afán de protagonismo.

Para el suizo Claude Monier, director de la revista *Les Temps Strategiques*, la repetición lacerante de los hechos puede que al final cambie un poco el estado de las cosas, pero esta repetición desordenada también embrutece al lector, lo enloquece y, sobre todo, lo desespera.

Es cuestión, por tanto, de volver a situar el conflicto dentro de su desarrollo histórico, dentro de conjuntos, dentro de la contextualización de realidades, evoluciones, fuerzas, fallos, personas, motivos.

Frente al torbellino que genera el periodismo de agitación que pretende desbloquearnos a través de martillazos diarios, el

periodismo de perspectiva –a pesar de bombos, platillos y la confusión cotidiana– se afana por comprender el significado de las cosas, sus causas próximas y remotas y sus consecuencias probables. Y se pregunta cuándo estas consecuencias pueden ser obviadas y cómo.

Ese periodismo estratégico debe proporcionar a los lectores los medios de percibir el sentido genérico de los acontecimientos particulares y ayudar a descubrir las claves de evoluciones probables, o deseables, que se esconden detrás de los nubarrones que nos presentan día tras día.

Carlos Soria, en *El derecho a la información*, indica que el ejercicio privado de la información no puede desconocer sus implicaciones sociales y públicas. El derecho a la información es un derecho humano básico: la información pertenece a la humanidad, al público, y no es patrimonio ni de periodistas ni de dueños de medios. Es lo que se ha dado en llamar la dimensión metaindividual de la información, que no es puro ejercicio de la libertad individual ni un objeto susceptible de apropiación, a través del derecho de propiedad o de una cualificación profesional.

El periodista debe ser guardián y no fiscal del sistema, pero eso no significa que se deba transitar el camino desde el constante y cínico escepticismo. La neutralidad del crítico exige, asimismo, destacar lo positivo, lo bueno.

Aparentemente esta vorágine de denuncias tiende a lograr que la sociedad pierda su capacidad de asombro, con seudoacontecimientos que hacen olvidar y tapan al anterior. Y a todo ello ayuda esta especie de información instantánea, sin orientación, sin historia, sin memoria, sin contextualización, sin ética.

Los medios han tratado de convertirse en escenario principal del conflicto social y principales actores políticos, invisibilizando primero a los partidos y ahora a los movimientos sociales fundados en la participación popular.

La redundancia, la exageración, la agresividad sin ideas, la caza del chivo expiatorio como regla del criticismo y los intereses comerciales y/o políticos sin mayores –ni menores– principios, tratan de enturbiar el panorama impidiendo establecer jerarquías de problemas y reglas

para su debate y resolución. Los neocríticos son críticos específicos, que recortan parcelas pero no implican a la totalidad del poder; denuncian corruptelas puntuales pero no la corruptela y la perversidad total del sistema, señala el historiador argentino Jorge Rivera.

Los medios comerciales tratan de evitar debates: ellos presentan los problemas, deciden los protagonistas y antagonistas, fallan sobre el culpable, lo ejecutan moralmente. Intentan estimular el rechazo del conjunto de opciones políticas o, más banalmente, otorgar a la crítica un tono inconsistente que establece cierta complicidad con la desmemoria, los humores cambiantes o la frivolidad de algún sector de los lectores o de la audiencia.

Rivera señala que se denuncian escándalos pero no se presta una atención equivalente a los nuevos problemas de diseño o reestructuración del Estado, la crisis de la educación o la salud, la agobiante exclusión social. Con cretinismo posmoderno, la mayoría de los operadores de los medios comerciales parece imaginar un eterno festival de rencillas domésticas y negociados ubicables en la portada de un periódico o en los titulares de un noticiero, y lo que es aún peor, parecen empeñados en hacerle creer a la sociedad que el poder y el futuro tienen solo esa cara.

Hay quienes piensan que el fenómeno denunciológico es similar al del caso Watergate que en Estados Unidos determinó la caída del presidente Richard Nixon. Juan Luis Cibrián, director de *El País* de España, cree que los periodistas del Watergate han fomentado el divisionismo, situando a las redacciones en una tensión artificial, dedicadas exclusivamente a descubrir escándalos que hagan temblar a los gobiernos.

Según el periodista estadounidense Carl Bernstein, investigador del Watergate, la profesión de periodista es un reflejo de la sociedad: no es razonable esperar grandes notas o investigaciones de los diarios y revistas, como tampoco esperar buena atención de los doctores o los hospitales, o gran arquitectura de la mayoría de los diseñadores.

Quizá por eso, Michael Crichton habla del mediasaurio e insiste en que los medios de comunicación de hoy serán combustibles

fósiles del mañana, que en pocos años se desvanecerán sin dejar rastro. Al igual que Al Gore, quien fuera vicepresidente estadounidense y lanzara su autopista de fibra óptica por toda América, tratando de instalar puestos de peaje en cada ciudad.

COMUNICACIÓN, DEMOCRACIA

*¿De qué hablamos cuando hablamos de democracia?
La democracia actual, que es la forma política común
de Occidente, en qué es o no es democracia.*

*¿'Votar, callar y ver la tele', como decía el humorista?
La democracia que conocemos, para la mayoría es
fundamentalmente democracia electoral y aun con
todas las restricciones impuestas por el capital
y sus medios de comunicación.*

*No es democracia económica, ni democracia
social, ni democracia étnico-cultural.*

*No es democracia participativa, es, cuando mucho,
delegada o representativa; pero ¿representativa de qué
intereses y delegada con qué controles?*

DON PEDRO CASALDÁLIGA

Ante todo, debemos asumir que el tema de los medios de comunicación tiene que ver con el futuro de nuestras democracias. Hoy en día, en nuestra América, la dictadura mediática intenta suplantar a la dictadura militar. Son los grandes grupos económicos que usan a los medios y deciden quién tiene o no la palabra, quién es el protagonista y quién es el antagonista. El que más vocifera contra los cambios de nuestras sociedades, contra los cambios de modelo económico, social, político, contra las transformaciones culturales, es quien logra más pantalla, mientras intentan que las grandes mayorías sigan afónicas e invisibles, sin voz ni imagen.

La preocupación por el futuro de la democracia está también en la agenda de los grandes pensadores, como el Premio Nobel de Literatura 1998, José Saramago, quien se refirió a la democracia "representativa" occidental en una nota publicada en *Le Monde Diplomatique* ("Al margen del poder económico: ¿Qué queda de la democracia?") Allí el pensador portugués señala que "la experiencia confirma que una democracia política que no reposa sobre una democracia económica y cultural no sirve de gran cosa (...). El sistema llamado democrático se parece de más en más a un gobierno de los ricos y de menos en menos a un gobierno del pueblo. Imposible negar la evidencia: la masa de pobres llamada a votar no es jamás llamada a gobernar".

Y luego formula este llamado:

Dejemos de considerar la democracia como un valor adquirido, definido de una vez por todas y para siempre intocable. En un mundo donde estamos habituados a debatir de todo, solo persiste un tabú: la democracia. Entonces digo: cuestionémosla en todos los debates. Si no encontramos un medio de reinventarla, no se perderá solamente la democracia, sino la esperanza de ver un día los derechos humanos respetados en este planeta. Será entonces el fracaso más estruendoso de nuestro tiempo, la señal de una traición que marcará para siempre a la humanidad.

Karl von Clausewitz planteaba que la guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una

continuación de las relaciones políticas, una gestión de las mismas con otros medios. Y si la guerra es la continuación de la política, esta es, a su vez, la mera continuación de la cultura. Ambas regulan conductas humanas, ambas operan mediante ejércitos llamados aparatos ideológicos, señala el venezolano Luis Britto García.

Carlos Marx y Federico Engels señalaban en *La ideología alemana*, que las ideas de la clase dominante son –en toda época– las ideas dominantes.

Porque así como la clase dominante posee los instrumentos de producción material, cuenta también con los de producción intelectual como las academias, editoriales, escuelas. El capital no solo acumula medios de producción industrial, comercial, financiera, sino que también acapara aparatos económicos, políticos, ideológicos, hasta reducir todas las manifestaciones distintas de una civilización a un monopolio verdadero: a un pensamiento único, a una imagen y un mensaje únicos.

En los países altamente industrializados, el Estado y el gran capital se han fusionado, pero sus aparatos ideológicos predicán para los países en desarrollo el evangelio de la muerte de las ideologías, la defunción de lo político, la muerte de los partidos. Para el gran capital, los grandes conductores de las masas debieran ser los medios comerciales de comunicación social, obviamente en su poder.

El proceso de acumulación de capital en los medios de comunicación –y más allá, en la industria del contenido, que es bastante más amplia– es a la vez y simultáneamente el proceso de manipulación de la conciencia social y de dominio público. No se trata solo del control de la información sino del control de la industria del contenido, que incluye la información, la publicidad, la cultura de masas o entretenimiento, los videojuegos. A lo ancho y largo del mundo los contenidos y los fines de la comunicación son puestos cada vez más en función del capital, para que los medios se conviertan en los nuevos misioneros del capitalismo corporativo, en el ejército de formación del imaginario popular y del avasallamiento de la conciencia social.

Recordemos que el primer rubro de exportación de Estados Unidos es la industria del entretenimiento, según el informe del

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo de 1999. Es una verdadera industria bélica para la (de) formación de conciencias.

Se intenta suplantar los mediadores por los medios. Se supone que el poder político debe ser representante y defensor de los derechos de los gobernados. Mientras los actores políticos son creados por los ciudadanos y responden ante ellos, los medios son en su mayor parte creados por el capital (y concentrado por el gran capital) y responden exclusivamente a este: ni siquiera deben rendir una retribución real a sus audiencias.

Hoy, el nuevo paradigma se llama rentabilidad, individualismo, consumismo, formación de una sociedad de idiotas útiles al servicio del gran hermano corporativo. El discurso comercial es, sin duda, un discurso ideológico. El monopolio de la comunicación hace retornar al ser humano al oscurantismo, a un mundo virtual lejano a la realidad.

El frente conservador –que aún detenta el poder en la mayoría de nuestras sociedades y se resiste por muchos medios a abandonar cuatro centurias de usufructo del poder– sostiene que el planteamiento de una democracia participativa no es viable porque el exceso de demandas terminará provocando una sobrecarga del sistema y la consiguiente crisis de autoridad o de gobernabilidad. Por lo tanto, para ellos la solución es menos democracia, apelar a elites “lúcidas” y seguir los dictados de los organismos multilaterales de crédito, que garantizan la dependencia.

Pero la realidad muestra que, con el retorno constitucional tras la larga noche dictatorial, emergen en América Latina nuevos actores y discursos políticos que desafían los cauces institucionales y al sistema de partidos. Nuevos actores que han redefinido la agenda pública y la de la política institucionalizada, promoviendo no solo nuevos liderazgos sino nuevos gobiernos más cónsonos con sus pueblos. Después de las dictaduras llegaron democracias de baja intensidad, incompletas, de transición (nunca se supo hacia qué), que llevaron al desencanto ante la insistencia de adoptar políticas neoliberales diseñadas por el llamado Consenso de Washington, que llevaron a una nueva concentración de poder y riqueza en manos de pocos –y muchas veces en manos foráneas–; empobrecimiento,

marginalización, exclusión social y a la pérdida de esperanza de las grandes mayorías.

Resulta sintomático que la gente no se sienta representada por los partidos políticos, los que dejaron de ser canales de expresión de la sociedad y, por ende, agentes únicos de mediación política. Han surgido otros actores, en especial los movimientos sociales, muy diferentes a los partidos, ya que en su mayoría son no jerarquizados, flexibles, descentralizados, con rotación en puestos de mando, propiciando la designación paritaria de género y representación de minorías, exigiendo transparencia, rendición de cuentas, participación amplia en la toma de decisiones.

Daniel Campione señala que “La democracia argentina de los 80-90 puede ser entendida como una democracia degradada, con las instituciones avasalladas por el ‘decisionismo’ desplegado desde la conducción estatal, que rebasa normas jurídicas y manifestaciones de voluntad social contrarias a las soluciones elegidas.” Más allá de cambios de orientación en las políticas adoptadas, en más de un sentido esa caracterización puede ser mantenida hasta el presente.

Para el argentino, operan fenómenos más complejos y profundos, ya que asistimos a la transformación del contenido de un régimen político sobre una armadura jurídico-constitucional que permanece intocada en lo sustancial. La representación política (aun con todas las limitaciones de la democracia parlamentaria) y el sentido amplio de ciudadanía, tienden a debilitarse seriamente, a favor del imperio indiscutido de una elite política sin otro compromiso firme que el de procesar las orientaciones del gran capital.

Se espera, dice Campione, que la dirigencia ponga toda su dedicación y recursos para contribuir a optimizar las posibilidades de obtención de ganancias por la gran empresa en su ámbito territorial, y para el llamado posicionamiento del país en el mercado mundial, adecuando en lo posible el desarrollo ideológico y cultural a esos requerimientos. La transición al régimen democrático y su estabilización no les trajo aparejada a las clases subalternas ninguna ventaja apreciable, sino la persistencia del deterioro social y la expansión de las carencias a sectores cada vez más amplios.

El descontento generalizado no solo de las capas menos favorecidas sino de ingentes sectores medios, llevó a que se ponga en discusión el tema de la llamada gobernabilidad, dejando de lado una cuestión central: el bloqueo de los canales institucionales para procesar las demandas sociales. Justamente ese bloqueo es el que ha permitido que se proyecten movimientos sociales de los más diversos, que más allá de sus reivindicaciones específicas demandan reformas políticas profundas, estructurales, con la mirada en la instalación de asambleas constituyentes que refunden la democracia (Venezuela, Bolivia, Ecuador).

Estos movimientos son espacios que se sustentan en la construcción de ciudadanía, reivindicando derechos en contraposición al clientelismo y las dádivas o caridad de los poderes establecidos. Esta realidad comenzó a preocupar no solo a Washington sino a los organismos multilaterales y es así que la revista *Idea*, del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), señaló que

los movimientos sociales han sido considerados tradicionalmente desviaciones de la norma; producto, básicamente, de la atomización, alienación y frustración social. Pero un vistazo desde una nueva perspectiva permite captar individuos que son racionales, socialmente activos y bien integrados a la comunidad, pero ansiosos de hacer valer sus intereses a través de canales distintos a los que ofrecen las instituciones establecidas. Dada la naturaleza en general pacífica y contenida de estos movimientos y el apoyo de los medios de comunicación, que contribuyen a darlos a conocer, legitimarlos y amplificarlos, los movimientos sociales se han convertido en un actor político complejo e influyente.

Y reconoce que las protestas sociales se han convertido en un instrumento político poderoso, capaz de derrocar presidentes.

Este contexto de polarización social ha repercutido sobre el sistema mediático. Los grandes medios, que contribuyeron en el desprestigio y hasta en la satanización de los partidos políticos, prácticamente han pasado a ocupar el vacío que han creado por su

descalabro, Pero, como sostiene el ecuatoriano Oswaldo León, el virtual “consenso mediático” (a imagen y semejanza del Consenso de Washington) establecido en la región entre esos grandes medios, también se ha visto afectado.

Quizá, la situación más relevante de la actuación antidemocrática de los medios de comunicación comerciales, fue en Venezuela, escenario de un golpe de Estado contra el presidente Hugo Chávez, el 11 de abril, asonada que apenas duró cuarenta y siete horas, pues en un hecho inusual, el mandatario fue restituido al poder por la reacción popular.

Se trató básicamente de un “golpe mediático”, por el rol que jugaron en estos acontecimientos los grandes medios, particularmente la televisión, incitando primero al derrocamiento del Presidente y luego invisibilizando la reacción del pueblo (transmitieron tiras cómicas y musicales, tratando de imponer que lo que no se difunde por televisión no existe): esta vez la realidad real se impuso a la realidad virtual de los medios comerciales.

El intelectual venezolano Roberto Hernández Montoya sostiene que la singularidad de la Venezuela de abril de 2002 es que lo esencial giró alrededor de los medios, que fueron el campo de batalla y las armas de la batalla al mismo tiempo. Los militares dieron el golpe a través de los medios desde el 7 de febrero y lo mismo ocurrió con la recuperación del poder por parte de Chávez, que también fue mediática. Y sostiene que fue mucho más, porque el 12 y el 13 de abril, “para la recuperación del poder sí hubo desplazamientos no mediáticos; eso sí: mediante la participación de medios no tradicionales”.

En Venezuela, en abril de 2002, se dio una situación donde la población utilizó las nuevas y las viejas tecnologías para romper el cerco mediático: desde las más antiguas, de la radio bamba (transmisión de informaciones de forma personal y oral), o golpeando los tubos de las electricidad para convocar a los vecinos, a las más modernas, como el teléfono celular e internet.

Quizá haya algunos antecedentes: una situación parecida se había registrado el 19 y 20 diciembre 2001 en Buenos Aires, Argentina, cuando las movilizaciones populares con sus cacerolazos forzaron la

salida del presidente Fernando de la Rúa, la que habría de repetirse en Bolivia, en la insurrección de octubre 2003 y en la de junio 2005, que propiciaron la caída de dos presidentes, Gonzalo Sánchez de Lozada y Carlos Mesa, respectivamente.

Otra vez surgieron situaciones similares como en la rebelión ocurrida en Quito, Ecuador en abril 2005, donde el presidente Lucio Gutiérrez debió dejar el poder, pero es de resaltar que ha sido una constante en México y otros países. De ahí que Hernández Montoya advierte que ya la amenaza no es de las dictaduras clásicas solamente, sino de la dictadura que instauran los medios, como han intentado en Venezuela.

La prensa comercial boliviana durante el proceso electoral que llevó a Evo Morales al poder, insistió durante la campaña en la descalificación del dirigente cocalero (discriminación racial y social; desvalorización intelectual, política y étnica, según la Observación de Medios de la Asociación Latinoamericana para la Comunicación Social) y en la volatilidad política y la ingobernabilidad del país. Pese a todo eso, Morales ganó con más de 50 por ciento de votos: la realidad-real pudo más que la realidad-virtual.

En el acto de celebración por la reelección del presidente Lula, apareció un cartelón que decía: “el pueblo venció a los media (medios de comunicación social comerciales)”, ya que fueron estos los que forzaron la realización del segundo turno, entre ellos el dueño de la empresa de encuestas Vox Populi, Marcos Coimbra. Más de 4.500 intelectuales suscribieron el “Manifiesto por una Mídia Democrática e Independente”, en el cual, apoyándose en cifras del Observatorio Brasileño de los Media, señalan que la semana que antecedió al primer turno se registró “una brutal escalada de parcialidad e improbidad por parte de los grandes medios brasileños”.

Según esas cifras, las notas negativas sobre los dos candidatos con más posibilidades que difundieron los cinco grandes periódicos se reparten así: 226 artículos negativos para Lula y tan solo 17 para Geraldo Alckim. Y más adelante acotan:

Exigimos respeto al principio de la igualdad de condiciones –en este caso de equilibrio informativo en las referencias positivas y negativas para los dos candidatos–, sin el cual no se puede hablar de elecciones libres. Exigimos que cese inmediatamente el desequilibrio criminal en el reparto de notas negativas y positivas entre los dos candidatos.

En América Latina está ganando presencia pública el debate sobre los medios y la democratización de la comunicación en general, movimiento que se viene construyendo a partir del que se formó para impulsar el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (Nomic), cuyo corolario más significativo fue el Informe McBride (*Un solo mundo, voces múltiples*) de 1975.

El informe, basado en un estudio riguroso, señalaba la necesidad de superar las desigualdades y desequilibrios existentes en los ámbitos de la comunicación, información y cultura entre el mundo rico del Norte y el pobre del Sur, con énfasis en el respeto al pluralismo y la diversidad. Veintiséis años después, las desigualdades y desequilibrios señalados no solo perduran, sino que se han agravado y la proclama de entonces sigue siendo válida: “sin democratización de la comunicación, no hay democracia”.

Lo cierto es que ningún instrumento internacional reconoce, hasta ahora, el derecho a la comunicación, pero sectores que defienden su democratización insisten en la necesidad de formular un nuevo derecho inalienable de todas las personas. Para Oswaldo León, la frase *derechos de la comunicación*, al utilizar el plural, apunta implícitamente hacia los derechos existentes que se relacionan con la comunicación. Si bien el énfasis se desplaza hacia la plena realización de los derechos de la comunicación ya reconocidos en instrumentos internacionales y nacionales –y ya no en establecer un nuevo marco global de derechos–, sin embargo, deja entreabierta la puerta a la eventualidad de plantear, a futuro, nuevos derechos, correspondientes a las nuevas realidades comunicacionales.

Sean O’Siocrú, de la Campaña CRIS, indicó que el llamado a la realización de los derechos de la comunicación, y la reafirmación de

que cada cual tiene –o debe tener– un derecho a la comunicación, son demandas plenamente complementarias. El derecho a la comunicación se puede emplear como un grito informal de movilización para la incidencia pública; pero también puede ser utilizado con un sentido legal formal, con un estatus similar a otros derechos fundamentales, consagrados en el derecho internacional. Los derechos de la comunicación se relacionan en forma más inmediata con un conjunto de derechos humanos existentes, que a mucha gente están vedados, y cuyo significado completo solo puede realizarse cuando se los considera juntos, como un grupo interrelacionado, añadió.

La libertad de expresión, tal como está reconocida en instrumentos internacionales como la Declaración Universal de Derechos Humanos, sería el núcleo de los derechos de la comunicación. Pero la defensa de estos va más allá, en el sentido de asegurar las condiciones para el pleno ejercicio de la libertad de expresión, en las actuales sociedades mediatizadas, donde el control sobre los recursos de la comunicación está distribuido de manera totalmente desigual en beneficio de oligopolios y monopolios nacionales y transnacionales.

En nuestros países, por lo general, prevalece una visión instrumental de la comunicación, circunscrita a la utilización del medio, del instrumento, que lleva a sobredimensionar la relación e incidencia en los medios tradicionales, como transmisión de información o como un mecanismo de relaciones públicas o promoción corporativa, de la organización o de los dirigentes.

De hecho, esto es parte del modelo reduccionista que ha consagrado el propio proceso de institucionalización mediática, que conlleva a que la información se superponga a la comunicación, y el dato, a la información. Es fundamental reivindicar y hacer realidad el sentido etimológico de comunicación, que implica diálogo, interacción, intercambio, para construir acuerdos comunes, consensos, entre las partes implicadas en el proceso, sin que ello signifique unanimidad.

Javier Erro Sala recuerda que la palabra comunicación procede del latín *comunicare*, sinónimo de comulgar. En un principio, el arte de comunicar suponía relacionarse, poner en común y participar.

Sin embargo, en el sentido moderno se ha desprendido de esa idea inicial y hace referencia sobre todo a la producción e intercambio de signos que llevan información. Ahora decimos que nos comunicamos cuando nos informamos, cuando transmitimos información.

La información como transmisión de datos se ha ido afirmando y legitimando, asociada a la de la revolución tecnológica y a la difusión en los últimos años de la noción de sociedad de la información, a la cual se la propone como eje y modelo de la reorganización de la sociedad, “dando por sentado que una sociedad aceleradamente informada en tiempo real, es por sí una sociedad comunicada”.

Experto en semiótica, el hispano-colombiano Jesús Martín-Barbero propone pensar la comunicación desde las mediaciones, antes que desde los medios. Los procesos sociales en América Latina han llevado a cambiar el objeto de estudio de los investigadores de la comunicación, viéndose precisados a considerar aspectos como la transnacionalización, democracia, cultura y movimiento popular.

En el espacio cultural se perciben dimensiones inéditas del conflicto social, la formación de nuevos sujetos –regionales, religiosos, sexuales, generacionales– y formas nuevas de rebeldía y resistencia. Pensar los procesos de comunicación desde la cultura significa dejar de hacerlo desde las disciplinas y desde los medios. Significa romper con la seguridad que proporcionaba la reducción de la problemática de la comunicación a la de las tecnologías.

Los procesos de comunicación tampoco pueden concebirse como transmisión o mera circulación de informaciones, sino como procesos productores de significaciones en los que el receptor no es un mero decodificador de lo que en el mensaje puso el emisor sino que es también un productor. Para Martín-Barbero es fundamental estudiar la comunicación desde el punto de vista del consumo, que permita una comprensión de los diferentes modos de apropiación cultural, de los diferentes usos sociales de la comunicación.

La comunicación, en general, redobla su importancia estratégica, tanto como soporte técnico, habilitador de la expansión global del capitalismo, al igual que en su dimensión discursiva-simbólica

de legitimación y extensión de la hegemonía ideológica neoliberal, del pensamiento, el mensaje y la imagen únicos.

Es cierto que también incrementa su peso en el mundo de los negocios, pero el número de actores no pasa de un puñado de grandes corporaciones, círculo privilegiado que se estrecha gracias a las megafusiones de esas corporaciones para controlar la mayor porción posible del mercado. Con estos procesos de hiperconcentración, no solo que se consolidan los privilegios de esos monopolios corporativos, sino que se afecta el propio sentido público de la información y la comunicación.

Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique* francés, señala que

La mundialización es también la mundialización de los medios de comunicación masiva, de la comunicación y de la información. Preocupados sobre todo por la preservación de su gigantismo, que los obliga a cortejar a los otros poderes, estos grandes grupos ya no se proponen, como objetivo cívico, ser un "cuarto poder" ni denunciar los abusos contra el derecho, ni corregir las disfunciones de la democracia para pulir y perfeccionar el sistema político. Tampoco desean ya erigirse en cuarto poder y, menos aún, actuar como un contrapoder. Si, llegado el caso, constituyeran un cuarto poder, este se sumaría a los demás poderes existentes "político y económico" para aplastar a su turno, como poder suplementario, como poder mediático, a los ciudadanos.

Esta abdicación del cuarto poder no es ajena al sentido que el capitalismo de las corporaciones quiere imponer a la política misma, para que el juego de sus intereses y decisiones quede por fuera de cualquier escrutinio público, estableciendo la centralidad del mercado en la organización de la sociedad y, por tanto, relegando al Estado y a los gobiernos a ser meros administradores de las políticas que tejen las publicitadas manos invisibles que se supone regulan el mercado.

Cabe tener presente, que los medios son cada vez más determinantes en la definición de la agenda pública, es decir, al describir

y precisar la realidad externa, presentan al público una lista de temas de todo aquello en torno a lo que se puede tener una opinión y discutir.

Gary hablaba de la experiencia estadounidense de absorción de los periódicos locales por parte de las grandes corporaciones mediáticas y advertía que si bien comerse a los pequeños diarios locales constituye una racionalización económica y ha logrado dar buenos réditos a las compañías madre, los ciudadanos de comunidades locales servidos por los periódicos apropiados sufren directamente. Los periódicos independientes compitiendo entre sí son aplastados por los periódicos de las cadenas; los diversos puntos de vista con respecto a asuntos locales desaparecen y las cadenas ofrecen las opiniones de los columnistas sindicados en lugar de información en torno a la política y la economía a nivel local.

La mercantilización de la información ha llegado a tal punto que algunos medios ya no solo se financian mediante la publicidad o la venta (en el caso de la prensa escrita), sino que cobran por difundir información, sonidos o imágenes. Hoy los medios de comunicación son los publicistas de los productos de sus megaempresas: le ofrecen una enorme audiencia a las empresas para imponer sus marcas. Lo que se intenta es conseguir consumidores o borregos políticos y/o religiosos, no formar ciudadanos.

Un enfoque no totalizador del fenómeno de la dependencia comunicacional latinoamericana de hoy, cuando en el cielo no solo brillan las estrellas sino que también los satélites, y sigue tan campante la revolución de las comunicaciones, debe tener en cuenta que ningún hecho social sucede al margen de la historia.

Vamos a aclarar conceptos. Un medio es una industria y su producto es la información. Pero hoy muestra un producto de calidad muy pobre, realmente. Claro, pasa en cualquier otra industria, pero es grave en esta, precisamente, porque su información no es confiable, tiene demasiado brillo y se viste de lentejuelas, sus puertas chirrían y el producto se vende sin garantía alguna. Existe hoy en día una grave tendencia a generalizar en lugar de especificar, lo

que es inherentemente superficial y también especulativo, ya que se centra en actitudes aisladas y no en hechos.

Lo cierto es que aún no hemos asumido que el discurso comercial –bombardeado a través de información, publicidad y entretenimiento, con un mismo envase, disfrazado de realidad o de hechos naturales– es también un discurso ideológico, agresivo, limitante de nuestra libertad de ciudadano.

Por ejemplo, tener una televisora nueva en América Latina puede no ser más que un saludo a la bandera. Porque una nueva televisión sin contenidos nuevos, no servirá absolutamente para nada.

Pese a los enormes progresos realizados por la humanidad en el ámbito del conocimiento y la tecnología, la mayoría de las personas siguen viviendo en condiciones desastrosas. La desigual distribución de las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC) y la falta de acceso a la información que tiene una gran parte de la población mundial, fenómenos que suelen denominarse brecha digital, son de hecho una expresión de nuevas asimetrías en el conjunto de brechas sociales existentes.

Estas asimetrías incluyen las brechas entre el Norte y el Sur, los ricos y los pobres, los hombres y las mujeres, las poblaciones urbanas y rurales, aquellos que tienen acceso a la información y aquellos que carecen del mismo.

Pero lo cierto es que combatir todas las formas de discriminación, exclusión y aislamiento que padecen los diferentes grupos y comunidades marginadas y vulnerables exige algo más que el simple despliegue de tecnologías. Exige cambios estructurales de nuestras propias sociedades para volverlas más democráticas, equitativas, justas.

Nuestra total participación en las sociedades de la información y la comunicación requiere que rechacemos en un nivel fundamental la promoción de las TIC para el desarrollo orientado al mercado y basado únicamente en la búsqueda de rédito económico.

Las sociedades del Sur sabemos bien de la necesidad de adoptar decisiones tecnológicas con el fin de atender a necesidades

humanas esenciales y no solo para enriquecer a las empresas o hacer posible el control antidemocrático de los gobiernos.

La erradicación de la pobreza y el combate de las desigualdades deben ser prioridades de la humanidad, pero sobre todo para aquellos que vivimos en el Sur. Para ello debe permitirse a las personas que viven en extrema pobreza, contribuir con sus experiencias y conocimientos para un diálogo que involucre a todas las partes. Asimismo, es importante mejorar el acceso local a la información relevante en un contexto específico, impulsar la formación en TIC y asignar recursos financieros (estatales) para ello.

Se trata de retomar el paradigma de la solidaridad. En tanto la humanidad es una e indivisible, urge que los pueblos cultiven un sentido profundo de responsabilidad por el destino del planeta y el bienestar de toda la familia humana, siendo asimismo necesario que las personas y comunidades, así como los gobiernos, desarrollen una conciencia global y un sentido de ciudadanía mundial.

El acceso a la información y a los medios de información, en tanto bienes públicos y globales, debe ser participativo, universal, inclusivo y democrático. Debe eliminarse cualquier desigualdad de acceso en términos de brecha Norte/Sur, así como de desigualdad entre las naciones desarrolladas y menos desarrolladas. Los obstáculos que hay que superar son de naturaleza económica, educativa, técnica, política, social, étnica y de edad, y en todas ellas van incorporadas desigualdades de género que deben atacarse específicamente. Casi nada.

Las tecnologías de la información centradas en las personas pueden facilitar la erradicación de enfermedades y epidemias y contribuir a que las personas tengan comida, abrigo, libertad y paz. De la misma forma pueden contribuir a los esfuerzos para empoderar a los pobres, es decir alfabetizar, educar e investigar pues solo pueblos informados y educados pueden acceder y participar eficazmente en las sociedades del conocimiento.

EL INFORME McBRIDE Y EL NOIC

La suerte favorece solo a la mente preparada.

ISAAC ASIMOV

Ya se cumplieron ventiséis años desde que la Comisión Internacional de Estudio sobre los Problemas de la Comunicación presentó ante la XXI Conferencia General de la Unesco, reunida en Belgrado, el trabajo más riguroso y polémico de la historia de la comunicación, el llamado Informe McBride. La Comisión fue presidida por el irlandés Sean McBride, único caso de alguien galardonado con el Premio Nobel de la Paz y el Premio Lenin.

La Unesco pretendía demostrar y legitimar las denuncias formuladas por el Movimiento de Países No Alineados en Argel, en 1973, cuando subrayaba que “La acción del imperialismo no se ha limitado a los dominios político y económico, sino que comprende igualmente los dominios cultural y social, imponiendo así una dominación ideológica extraña a los pueblos en vías de desarrollo.”

En correspondencia con esa afirmación, los No Alineados exigieron, a partir de ese momento, avanzar hacia la concreción de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), fundamental para la edificación de un Nuevo Orden Internacional de la Información y la Comunicación (NOIC).

El informe fue aceptado por consenso en la Conferencia General de la Unesco, en Belgrado, pero durante el proceso de gestación del mismo, el organismo fue escenario de fuertes tensiones entre países partidarios y detractores por intentar promover políticas nacionales de comunicación, que finalizó con la salida de Estados Unidos y el Reino Unido de la Unesco.

El Informe McBride, al dar cuenta de la desigualdad en el acceso a los bienes culturales por parte de los países del Tercer Mundo, advertía que los países en desarrollo, que tienen las tres cuartas partes de la población mundial, solo disponen de la mitad de los periódicos del total mundial, que ocho países o territorios de África y tres países árabes no tienen ni un solo diario, que un gran número de países no tenían televisión y en otros esta estaba limitada a centros urbanos, y que los países en desarrollo apenas tenían 5 por ciento de la capacidad de computadoras del mundo.

Asimismo marcaba cinco aspectos: la unidireccionalidad de la comunicación, la concentración vertical y horizontal, la

transnacionalización, la alineación informativa y la democratización de la misma. En la actualidad esta realidad que se describió hace veintiséis años sigue existiendo con las mismas características en el terreno comunicativo nacional e internacional.

Para transformar la verticalidad de la comunicación, es necesario acelerar la participación creciente de un mayor número de personas en las actividades de comunicación, para facilitar el progreso de las tendencias a la democratización de todo el proceso de comunicación y una expansión de las corrientes de información pluridireccionales, procedentes de una multitud de fuentes: hacia arriba, hacia abajo y horizontalmente.

Ya hace más de cinco lustros el informe señalaba la necesidad de tomar medidas jurídicas eficaces para: a) limitar la concentración y la monopolización; b) conseguir que las empresas transnacionales acaten los criterios y las condiciones específicas definidos en la legislación y en la política de desarrollo nacionales; c) invertir la tendencia a la reducción del número de responsables cuando está aumentando la eficacia de la comunicación y la dimensión del público; d) reducir la influencia de la publicidad sobre la redacción y los programas de radiodifusión, y e) perfeccionar los modelos que permiten fortalecer la independencia y la autonomía de los órganos de información en materia de gestión y de política de redacción, independientemente que sean privados o públicos.

En cuanto a la transnacionalización señalaba que esta ha afectado prácticamente a todo el sector de la comunicación, de forma que la producción, los servicios y los mercados periféricos son controlados mayoritariamente por los centros hegemónicos.

Los derechos humanos no pueden existir sin la libertad de palabra, de prensa, de información y de reunión. La transformación de esas libertades en un derecho individual o colectivo más amplio a comunicar, es un principio evolutivo en el proceso de democratización.

Datos actuales demuestran que la desigualdad cultural amplió su brecha a niveles no previstos en el riguroso Informe, ya que 87 por ciento de las ganancias obtenidas en la producción de bienes

culturales, se las reparten EE.UU. (55 por ciento), la Unión Europea (25) y Japón (15). El exiguo 13 por ciento restante se reparte entre el resto de los países del mundo.

De los 550 millones de computadoras que hay en el mundo, poco más de la mitad está en Estados Unidos, Japón, Alemania, Inglaterra y Francia. Algo más de dos tercios del total mundial de usuarios de internet –320 millones– corresponden a esos mismos cinco países. Y del total mundial de internautas, 57 por ciento está en Estados Unidos, mientras que en Latinoamérica está solo el uno por ciento.

Con el rescate de los postulados básicos que promovió el Informe McBride se debe replantear la construcción de un nuevo orden mundial de la información que equilibre los enormes desajustes comunicativos y culturales.

Pero no nos engañemos, porque en este lapso de más de cinco lustros, desde el Norte nos impusieron ese nuevo orden informativo, el del mensaje, el sonido y la imagen únicos, el del pensamiento único. Decíamos que debemos tener en cuenta que el discurso comercial es ideológico, agresivo, limitante de nuestra libertad de ciudadanos.

Desde el 2002, uno de los desafíos del Foro Social Mundial, en tanto proceso permanente de búsqueda y construcción de alternativas, es el de desarrollar una agenda social de cara a la comunicación y las propuestas parten de dos preocupaciones centrales.

La primera responde al hecho que la comunicación, en tanto industria de punta y sector de especulación financiera, está en el centro del propio modelo económico que aquí se está cuestionando. Por esta misma razón, es un área donde la resistencia social y la propuesta de alternativas se vuelven estratégicas.

La segunda preocupación tiene que ver con la necesidad del propio proceso de articulación social de establecer los mecanismos de intercomunicación y flujos de información que permitan construir puentes entre sectores y luchas diversas, sensibilizar a nuevos actores sociales, y también ganar espacios de opinión que hagan contrapeso a la hegemonía del pensamiento dominante.

Una nueva dimensión de la problemática comunicacional es el discurso en torno a la sociedad de información, que se intenta

presentar como el nuevo paradigma de la sociedad del futuro y asigna a la tecnología un rol causal en el ordenamiento social: lo ubica como motor del desarrollo, con lo cual cualquier consideración de conflicto social quedaría relegada. Ya no serían las luchas sociales sino la tecnología la que cambiará la historia.

Naciones Unidas motorizó un nuevo foro, la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de Información (CMSI), para debatir sobre la sociedad que se pretende construir con el apoyo de las nuevas tecnologías de la información y comunicación. Para las naciones en desarrollo lo urgente es debatir qué tipo de desarrollo tecnológico se requiere para responder a las necesidades sociales, pero el enfoque que se trató de imponer está orientado al determinismo tecnológico: la cumbre “casualmente” fue encargada a la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT), una instancia técnica.

Cabe recordar que en el proceso por la democratización de la comunicación que tuvo como referente la propuesta del Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación (Nomic), desde América Latina se dieron aportes muy significativos con la contribución de una amplia gama de actores e instituciones.

Uno de los desafíos actuales es, precisamente, rearticular esa amplia infraestructura institucional, como señala el boliviano Luis Ramiro Beltrán, actor destacado en los debates del Nomic en tanto impulsor de las Políticas Nacionales de Comunicación, proponiendo como tarea inicial la realización de un inventario-diagnóstico de las características de la dominación y dependencia en materia de comunicación en la era de la Sociedad de la Información y la reactualización de las políticas públicas a partir de las propuestas conceptuales expresadas.

El movimiento por la democratización de la comunicación ha comenzado a permear en el movimiento alterglobalización, en especial en la Campaña por los Derechos de la Comunicación en la Sociedad de la Información (CRIS, por sus siglas en inglés), que coordinó las actividades de la sociedad civil, en la Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información.

Este movimiento reivindica garantías para la diversidad y pluralidad de fuentes informativas, y la democratización del acceso a los medios de expresión y las nuevas tecnologías. Apela a una legislación que limite la concentración de propiedad de los medios; y lucha por el acceso de los medios comunitarios a las ondas radiales. Además, reivindica la información como bien público y defiende la diversidad cultural. Impulsa también el desarrollo del *software* libre, entre otros aspectos.

Entre los puntos de referencia esenciales presentados por la Sociedad Civil para la CMSI se destaca que la Carta de las Naciones Unidas y la Declaración Universal de los Derechos Humanos deben ser la base de las sociedades de la comunicación y la información, dejando plasmadas la universalidad, la indivisibilidad, la interrelación y la interdependencia de todos los derechos humanos –civiles, políticos, económicos, sociales y culturales–, incluidos el derecho al desarrollo y los derechos lingüísticos.

Esto significa la plena integración y la aplicación y el cumplimiento concretos de todos los derechos, así como el reconocimiento de su importancia crucial para la democracia y el desarrollo sostenible.

Contraponiéndose a los intentos de muchos gobiernos de establecer censura, control arbitrario y limitaciones para la transmisión de información, es necesario garantizar la vigencia plena del artículo 19 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Este artículo estipula que todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión, así como el derecho a investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión.

Esta idea lleva implícita la libre circulación de opiniones, el pluralismo de las fuentes de información y los medios de expresión, la libertad de prensa y la disponibilidad de los instrumentos necesarios para acceder a la información e intercambiar conocimientos.

Hay que ir más allá: garantizar el derecho ciudadano a informar y estar informado.

Asimismo, el movimiento señala que se debe enfatizar en la importancia del derecho a la privacidad consagrado en el artículo 12

de la misma Declaración, en momentos en que el acceso que tienen los gobiernos y el sector privado a los datos personales incrementa el riesgo de cometer abusos, incluidos el control y la vigilancia.

Acceder a la información producida y mantenida por el Estado y a documentos de empresas relativos a actividades de especial interés público; los derechos de los trabajadores y trabajadoras; de los pueblos indígenas; de la infancia; de la mujer y los discapacitados, constituyen otras tantas preocupaciones de la sociedad civil por las que debemos luchar.

Es de destacar que la Declaración de la Sociedad Civil sostiene, asimismo, que la variedad de culturas e idiomas que se conservan o transmiten a través de la tradición oral o de diversos medios de expresión, nutren las sociedades de la información y la comunicación y contribuyen al acervo del conocimiento humano, que es la herencia del ser humano y el origen de la creación de todo conocimiento nuevo. Por eso sostiene que es fundamental la protección de la diversidad cultural y lingüística, la libertad de los medios de comunicación, y la defensa y divulgación de los bienes comunes del conocimiento mundial, como parte del dominio público.

La diversidad cultural y lingüística no solo debe protegerse, sino que debe fomentarse. Esto implica tener la capacidad del ciudadano a expresarse, en su propio idioma, en todo momento, por cualquier medio, incluidos los medios de comunicación tradicionales y las TIC.

Las TIC pueden utilizarse para reducir brechas culturales y lingüísticas; siendo que ellas han contribuido, con demasiada frecuencia, a agudizar las desigualdades, como por ejemplo al reforzar el predominio de los idiomas basados en el alfabeto latino (sobre todo el inglés), marginando idiomas locales, regionales y minoritarios.

La privatización del conocimiento amenaza con restringir la igualdad de oportunidades y la disponibilidad de los conocimientos de dominio público. La participación del sector privado en la investigación científica ha fomentado la creación de patentes y la privatización de los conocimientos científicos que han dejado de ser de dominio público.

En el caso de los pueblos indígenas, son muchos los intentos de comercializar y explotar conocimientos tradicionales sin consultar a las comunidades, legítimas propietarias de dicho conocimiento. Los regímenes de propiedad intelectual existentes son insuficientes para proteger estos derechos de propiedad intelectual y la cultura de los pueblos indígenas, y por ello se debe impedir cualquier intento de patentar conocimientos tradicionales.

En definitiva, los pueblos indígenas son los que han de decidir libremente si su patrimonio es de dominio público o no, y si este puede comercializarse y de qué modo.

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS ASOCIATIVOS

Hay hombres que luchan un día y son buenos.

Hay otros que luchan un año y son mejores.

Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos.

Pero hay los que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles.

BERTOLT BRECHT

En buena parte del mundo transitamos hoy democracias tan formales como huecas, donde las grandes mayorías ni siquiera son tenidas en cuenta y donde se hace uso ambiguo de conceptos como “el buen gobierno”, las “formas transparentes de gobierno” o la “gobernabilidad democrática” para avalar la inequidad social y la supervivencia de un sistema que ha demostrado su fracaso y que trata de salvarse para seguir sirviendo a pequeñas elites.

Hoy, la única reformulación correcta es todo para el pueblo con el pueblo, la democracia avanzada, participativa, la que tiende a empoderar políticamente a la gente con el fin de devolverle el control sobre los procesos desatados por la globalización. Darle poder a los pobres, al pueblo, es darle acceso a la identidad, a la educación y a la salud a las grandes mayorías, lo que significa darles ciudadanía, ofrecerles acceso al futuro y a una palabra desconocida u olvidada: esperanza.

Pero no es menos cierto que no hay democracia real sin democracia formal, pero esta sin contenidos reales de igualdad, está hueca. Dice el catedrático español Juan Carlos Monedero que la idea de pueblo debe construirse como una tensión dialéctica permanente entre los individuos y el colectivo, entre la comunidad política concreta y el resto de los habitantes del planeta, y entre la población actual y la población futura.

Lo cierto es que hoy el Estado ya no agota lo político. Hay política más allá del Estado: está el gobierno central junto a otras instituciones estatales como municipios, regiones, parlamentos, organismos públicos internacionales; organismos no estatales de carácter público como las organizaciones no gubernamentales (ONG), movimientos sociales, sindicatos, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, y también organismos estatales de carácter privado, como empresas, organismos de valoración de riesgo-país, de deuda, y siga usted contando.

La gobernabilidad entiende la política como gerencia, como articulación técnica de la manera de gobernar obligada por el desarrollo tecnológico, y por ello traslada la supuesta eficacia racional de mercado (competitividad, productividad, automatismo) al

funcionamiento de la política. Y frente a propuestas de moralización del Estado prefiere medidas para cambiar su función y quitarle poder, adelantando su sustitución por una llamada “sociedad civil” articulada en torno al mercado.

La crisis de gobernabilidad se presenta como problema técnico que podría resolverse a través de soluciones administrativas guiadas por un fin primordial, frenar la participación popular, creando un fuerte disciplinamiento ciudadano.

En los años 70 –después del llamado Mayo Francés, de Vietnam, de Watergate, de la rebelión portuguesa de los claveles, de las guerrillas latinoamericanas– se comienza a hablar de la crisis de legitimidad del sistema capitalista, que surge por la rotura de cuatro bienes públicos, como la legitimidad democrática, el bienestar social, la legitimidad jurídica y la identidad cultural.

La respuesta del poder fue decir que el problema no era de legitimidad sino de gobernabilidad. El problema no era del sistema porque no sabía gobernar, sino de la ciudadanía porque quizá exige demasiado y torna los sistemas ingobernables. Entonces, el tema deja de ser un problema de libertad y pasa a ser un problema de seguridad.

En Europa, por ejemplo, las primeras cinco décadas del siglo XX los partidos políticos y los sindicatos fueron las palancas más importantes para levantar los estados sociales y democráticos de derecho. Hoy, se volvieron parte del Estado, viven de sus presupuestos y de ahí que en la construcción de la identidad de los movimientos sociales “para verse como un nosotros, hay que verlos a ellos como otros”, al decir de Monedero.

Hay quienes señalan que la ruptura del gobierno de la Unidad Popular chilena a través del golpe de Estado auspiciado por Estados Unidos, marcó un punto de inflexión. Poco a poco, a través de la violencia, el control comunicacional y la hegemonía del pensamiento a través de fórmulas intermedias (financiamiento, cooptación), el paradigma neoliberal fue sustituyendo al modelo alternativo construido durante la década de los sesenta y primera mitad de los setenta.

Desde que en 1974-1975, Nelson Rockefeller (vicepresidente de Gerald Ford) puso en marcha la Trilateral –quizá el primer gobierno mundial en la sombra–, el sistema comenzó a impulsar el fin de las ideologías, imponer la ideología de centro, las tesis de modernización, las llamadas etapas del crecimiento económico, todo lo que en definitiva significa menor participación popular en la política, primacía de lo individual sobre lo colectivo, sustitución del Estado por el mercado y determinados actores sociales, y preponderancia del técnico sobre el político.

Se imponía el criterio del cliente, del consumidor, sobre el del ciudadano, y como resultado se vio la crisis de la política democrática y la recuperación de la tesis aristotélica de exceso de democracia, según la cual esta degenera en gobierno del populacho y genera ingobernabilidad.

La de 1980 fue la década conservadora y la respuesta a esta fue la frustrada Tercera Vía que intentaba señalar la corresponsabilidad de la ciudadanía en su desgracia. Pero la apuesta “seguridad por libertad” se manifiesta mucho más claramente luego de la caída del Muro de Berlín (1989) y el hundimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la URSS.

Pero sobre todo después del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y el posterior 11 de marzo en Madrid, que han hecho alimentar en la opinión pública el argumento de Samuel Huntington del choque de civilizaciones. Quizá este sea el último cartucho retórico del sistema capitalista, cuyas consecuencias y fracasos hemos padecido en estas latitudes por más de 500 años.

No es extraño que cuando la democracia se hace un ideal universalizado y sin competencia ideológica, las democracias existentes registran serios problemas de legitimación, sin duda porque están muy por debajo de las concepciones democráticas de los pueblos.

La cuestión de la calidad de la democracia ha irrumpido con fuerza en los últimos años, pero pasados los deslumbramientos tipo “fin de la historia”, las democracias liberales más avanzadas se muestran cada vez con más problemas de legitimación, los cuales no proceden tanto de su incapacidad para producir “desarrollo”

cuanto de la inadecuación de sus instituciones y prácticas a los anhelos y valores de la mayor parte de la ciudadanía.

Lo cierto es que recién después de las dos décadas conservadoras (Reagan, Bush I, Thatcher, Kohl, Juan Pablo II) fue reconstruyéndose un tejido social alternativo y por eso para muchos hoy es necesaria una refundación institucional, sobre todo en una región como la nuestra, que registra –tras tres décadas de aplicación de las políticas y recetas neoliberales–, la mayor desigualdad de renta y riqueza del mundo, la mayor exclusión social, dato este que minimiza al extremo el valor de la información agregada sobre el desarrollo económico de la región.

En Latinoamérica los ciudadanos somos profundamente desiguales por razón de género y de grupo étnico de pertenencia, en el acceso a la seguridad, a la justicia, a la educación, a la salud, al empleo productivo. Y somos desiguales políticamente porque las condiciones de pobreza e indigencia hacen de las grandes mayorías apenas objetos de políticas electoreras y no sujetos políticos, sujetos de esas políticas.

En nuestra América *Lapobre* hay millones y millones de invisibles para las estadísticas, gente que no tiene siquiera documentación, y, por ende, carece de acceso a la educación, nutrición y a la salud.

Hoy, los movimientos sociales se han vuelto actores importantes en la mayoría de los países de la región y aunque en general se muestran fragmentados, son parte de una nueva conciencia que se instaló en nuestras naciones. En vez de la exigencia al Estado a cambio de la paz social, los movimientos consiguieron una suerte de poder de veto, por el cual ningún estamento, léase gobiernos, pero también multinacionales o corporaciones como las fuerzas armadas o la policía, puede traspasar ciertos límites sin poner en riesgo, en juego, la gobernabilidad o la estabilidad institucional.

Incluso los sectores renovadores de la socialdemocracia en la región consideran que las políticas inclusivas apuntan a reducir la discriminación en términos genéricos a través del desarrollo de capacidades, el mejoramiento de las condiciones generales

del ingreso y la actualización de políticas tradicionales en materia de empleo, educación e integración de los sectores informales; también operan de manera selectiva integrando a la sociedad sectores marginados como las mujeres, los afrodescendientes, los indígenas, los enfermos de sida, los discapacitados y los núcleos de pobres demostrados.

Indican que la inclusión debe contribuir a fortalecer el concepto de solidaridad como forma de integración positiva mediante el desarrollo de formas asociativas a través de las cuales se pueda expresar la sociedad civil.

Un reciente Informe del PNUD sobre el Desarrollo Humano en América Latina se concentró, específicamente, en este tema de la identidad como fuente de cohesión social. El estudio encontró una fuerte carga de pesimismo en los jóvenes latinoamericanos que sienten que sus condiciones de vida de hoy son peores que las de sus padres ayer, así sean, como en efecto lo son, mejores en la realidad. Los entrevistados reforzaron la vieja idea, prevaleciente en la región, de concebir la identidad como la negación del otro. Es preciso, entonces, construir nuevos patrones de identidad positiva para afianzar un nuevo sentido regional de la cohesión social.

El "ser latinoamericano", está presente en todo lo que sentimos, pensamos, soñamos, vivimos. Massur dice que América Latina, a pesar de haber sido conquistada antes que descubierta, esclavizada antes que reconocida y reglamentada antes que comprendida, puede considerarse como una fragua étnica donde se han mezclado y confundido distintas manifestaciones étnicas y culturales sin producir los conflictos y hasta las guerras que han sido de común ocurrencia en la convulsionada historia de Europa. García Canclini indica que el mestizaje, la capacidad de mezclarnos sin enfrentarnos, ha sido, quizás, el rasgo más sobresaliente de la cultura latinoamericana; la tendencia hacia el multiculturalismo que expresa esta forma de convivencia tiene que ver con esa capacidad de concatenar distintas expresiones culturales, especialmente étnicas, a través de hibridaciones sucesivas que van produciendo síntesis afortunadas de nuevas identidades.

Para los socialdemócratas, el concepto de cohesión social en América Latina difiere del europeo; en la primera, el objetivo de alcanzar la cohesión social está directamente relacionado con las posibilidades de superar la desigualdad social. Se trata de la zona del mundo donde existen los mayores niveles de desigualdad relativa como lo prueba el hecho que hoy ningún país latinoamericano presente niveles de desigualdad inferiores a los que tenía hace tres décadas

La visión europea de la cohesión social se distancia del concepto material de la desigualdad social latinoamericana para relacionarse más directamente con el sentido de pertenencia, la participación política, la integración social y el desarrollo como remoción de las barreras que impiden la libertad en los términos de Amartya Sen. Se trata, por decirlo de alguna manera, de una visión multidimensional de la pobreza.

La Corporación Escenarios señala que el paso del concepto de pobreza al de exclusión permite ver el problema de la marginalidad latinoamericana no solamente en términos de existencia de necesidades como de falta de oportunidades y capacidades para poder conseguir las. Las fuerzas que propenden hacia la concentración económica terminan por hacer más graves las condiciones mismas de la desigualdad; y las medidas para fortalecer la cohesión social a través de una mayor inclusión deben tener en cuenta el mayor acceso de los excluidos a activos productivos hoy concentrados como la capacitación técnica, el microcrédito y la tierra. La pobreza reproduce la exclusión en la medida en que bajos niveles de educación conllevan menores posibilidades de empleos calificados.

La exclusión social alude a las condiciones generales de desigualdad de una sociedad que impiden el acceso de todos sus ciudadanos a los bienes y servicios que requieren para su supervivencia. La discriminación, por su parte, estigmatiza y divide la sociedad debilitando sus posibilidades de inclusión.

Así, la promoción de la inclusión social en América Latina, el empoderamiento de los pobres, es la mejor manera de prevenir la exclusión de los migrantes latinoamericanos en Europa o en cualquier parte del mundo.

Hablando de discriminación, hay que tener en cuenta que los afrodescendientes representan 30 por ciento de la población latinoamericana, 150 millones de personas, casi la mitad de ellas en Brasil y se localizan en los estratos más bajos en la distribución del ingreso con el mayor número de necesidades básicas insatisfechas. Mientras, la población indígena en América Latina supera los 30 millones de personas: Bolivia (62,2 por ciento), Guatemala (41 por ciento) Perú (32 por ciento), Ecuador (6,8 por ciento) y México (6,4 por ciento). Estudios de la Cepal señalan, por ejemplo, que si la población indígena pudiera alcanzar la productividad promedio en cada uno de los países donde habitan, la economía de Bolivia crecería en 36,7 por ciento y la de Guatemala en 13,6 por ciento. La mortalidad de los niños indígenas es superior en 60 por ciento al del resto de infantes.

Martín Hopenhayn indica que la identidad latinoamericana, empero, se encuentra hoy amenazada por un proceso desordenado de informatización que consigue que vaya más rápido la integración simbólica a través de los medios de comunicación que la integración material, a través de la inclusión social, creando esa sensación de “estar siempre atrás” que crea insatisfacción y expectativas frustradas especialmente en los sectores jóvenes.

Existen raíces muy fuertes sobre las cuales se puede edificar hacia el futuro un sentido más sólido de pertenencia latinoamericana. El español, convertido hoy en una de las tres lenguas más habladas del mundo al comenzar el siglo XXI, es uno de estos comunes denominadores de nacionalidad. Como articulador de la identidad hispánica de los cuarenta millones de hispánicos residentes en Estados Unidos, está librando una batalla épica, contra quienes, a través de la campaña *English Only* (solo inglés), se oponen al fenómeno, imparable, del bilingüismo como patrón de la nueva biculturalidad norteamericana.

El movimientismo social forma parte de esa búsqueda incesante del ser latinoamericano, de esa “latinoamericanidad” entendida como la expresión de una auténtica nacionalidad regional a partir de la cual se podría pensar en un nuevo proyecto de región

basado en la cohesión social. Los movimientos sociales han nacido como proyectos de lucha y han terminado convertidos en proyectos de identidad. Hoy, como señala Nikos Poulantzas, los movimientos sociales han terminado por convertirse en aglutinantes de identidad y fuente de organización política que actúan como grupos en sí, que pretenden convertirse en grupos para sí.

Algunas lecciones emanadas del sui géneris proceso venezolano –como la de la consulta popular refrendaria, instrumento de control ciudadano de los mandatos populares– debieran ser tomadas por los movimientos sociales, protagonistas de las principales y mayores luchas de resistencia contra el neoliberalismo, desde el grito zapatista de Chiapas hasta los Foros Sociales Mundiales, pasando por las luchas en Bolivia, Ecuador, Perú, Brasil, Uruguay, Argentina, México, y los centroamericanos, entre otros países.

Su capacidad de resistencia, de la canalización de los intereses y sentimientos populares los afirmó como los mejores representantes de la lucha popular de resistencia antineoliberal. Algunos de estos movimientos sociales han pretendido sustituir a las fuerzas políticas y ocupar el espacio de la política solo a partir de la acumulación de fuerzas sociales, en el camino de construcción de nuevos y originales proyectos.

El catedrático brasileño Emir Sader afirma que hoy es necesario encontrar nuevas formas de construir política, quizá combinándola con la lucha de masas. Despreciar la lucha institucional y el potencial de acción del Estado es entregarlos como regalo a las fuerzas tradicionales, que desprecian los movimientos sociales y usan a los Estados como socios en sus políticas conservadoras y muchas veces antinacionales.

Los gobiernos latinoamericanos están sentados sobre un volcán. Por encima de la aparente estabilidad, y aun de la imagen de fortaleza que transmiten algunos de ellos, la impresión es que basta un pequeño empujón para comenzar el tránsito hacia la desestabilización y deslizarse cuesta abajo hacia el abismo, señala el sociólogo uruguayo Raúl Zibechi.

En gran medida, ese poder de veto consiste en un nuevo tapiz

social tejido con las hebras de la autoestima, que viene cobrando forma en los últimos años.

El surgimiento de los movimientos asociativos, alternativos a los partidos políticos es consecuencia y causa de la crisis de estos. Debajo del mapa de Estados en crisis, gobiernos peleando capacidades y poderes disminuidos, organismos internacionales indicando políticas nacionales y Estados Unidos marcando el paso de la agenda regional y hemisférica, existe otra geopolítica de poderes y movimientos sociales que no responden a las categorías tradicionales. Lo cierto es que una nueva (y saludable) acción colectiva aparece en el horizonte.

En el mundo estamos hoy en un proceso de parto de nuevas situaciones políticas, con una presencia y una influencia cada vez mayor de actores no estatales que influyen en el comportamiento no solo de los gobiernos y de los Estados sino también de los organismos multilaterales, de las corporaciones e, incluso, de la banca.

La llamada sociedad civil es un campo muy heterogéneo, en el que encontramos desde los actores más visibles, que en este momento son las organizaciones no gubernamentales, con mayor o menor vinculación y/o dependencia externa, los movimientos sociales de distinto tipo y toda otra pluralidad de actores que van desde movimientos cooperativos, asociaciones profesionales, redes de toda clase, asociaciones voluntarias.

¿Cómo han ocupado los movimientos sociales estos lugares que antaño ocuparon en exclusiva los partidos?

Hay que recordar que como la naturaleza, la política también aborrece los vacíos. En nuestra región, cuando retrocedían el Estado y la política tradicional –bombardeada por los medios de comunicación comerciales–, avanzaban los poderes privados y las corporaciones, con los mismos vicios: el personalismo, el clientelismo y un mesiánico trascendentalismo. Pero estos procesos de democratización que se han abierto en América Latina entienden a la democracia como una vinculación más estrecha entre Estado y sociedad: hay una creciente aspiración del ciudadano común a tener participación en la toma de decisiones, más allá del tradicional acto comicial.

Las construcciones teóricas que explican a los nuevos movimientos sociales enmarcan la acción colectiva en tres momentos: el conocimiento por parte de los actores sociales de una situación de injusticia; el papel de unos actores con la convicción de que la transformación social es posible a través del movimiento colectivo y la construcción intelectual de un antagonismo social entre un *nosotros* que quiere transformar y un *ellos* que quiere conservar.

La idea de deliberación está íntimamente unida a los nuevos movimientos sociales, desde donde se traslada posteriormente a la discusión política. No puede ser de otra manera, pues la idea de deliberación implica una opinión pública informada, reflexiva y puesta a prueba a través de la discusión. Una opinión pública consciente de que al darle voz a nuevos conflictos sociales está poniendo en la agenda política el calendario de la transformación social.

El modelo clásico de centralismo democrático desarrollado por prácticamente la totalidad de los partidos políticos, no es válido para las nuevas sociedades reflexivas (que reflexionan). Los nuevos actores se quieren sujetos, se sienten diferentes, no quieren ser encajonados en jaulas de hierro conceptuales, organizativas o administrativas.

Los movimientos sociales no son sustitutos de los partidos políticos. De la misma forma, difícilmente pueden los partidos ocupar el lugar de los movimientos. El alejamiento entre unos y otros se explica, en parte, por el olvido de la condición revolucionaria con la que nacieron los partidos, pero también porque no deja de ser cierto que la necesidad de estructuras estables y especializadas difícilmente puede ser cubierta por los movimientos sociales.

Estos movimientos muestran déficit políticos (sociales, democráticos) estructurales que no son reconocidos o que son ignorados por los canales políticos institucionales; son una peculiar representación de intereses, ya que se preocupan de los sectores sociales discriminados o perjudicados, que, por lo común, no acuden al circuito electoral y, por tanto, no aportan valor cuantitativo a los partidos.

Asimismo, son un contrapoder frente a las fuerzas sociales y políticas establecidas, con frecuencia parapetadas detrás de unos

medios de comunicación que forman parte del sistema. Al tener poco que perder actúan como fuerzas políticas con una capacidad crítica ausente en los demás actores políticos.

Con frecuencia proponen soluciones imaginativas para problemas bloqueados por las respuestas tradicionales. En este sentido, fungen como taller de materiales de futuro (como ocurrió con la abolición de la esclavitud, el voto de la mujer, la jornada laboral de ocho horas o el respeto a la naturaleza). Los movimientos son un campo de prueba y de aprendizaje de la praxis democrática, al margen de las capacidades, jerarquías, estatus, presiones, a las que sí están sometidos los partidos (el voto) o las asociaciones (sus clientes); y aportan la posibilidad de crear públicos globales y una deliberación transnacional capaces a su vez de politizar una emergente sociedad civil global.

No hay que olvidar que una de las tácticas del poder mediático es deslegitimar ideológica y políticamente a las organizaciones sociales, para dividir las, aislarlas y restarles apoyo social, especialmente en aquellos países donde los movimientos han ganado altos niveles de credibilidad. El poder mediático, en general, implícita o explícitamente, hace una diferenciación entre aquellas expresiones sociales “asimilables”, que no representan mayor peligro para el orden establecido, y aquellas que rebasan los intereses gremiales o particulares, encaran proyectos de cambio y justicia social del conjunto de los sectores sociales excluidos y desafían al sistema.

Y, siguiendo su lógica, creen que si no hablan de los movimientos sociales, estos no existen. Siguen creyendo que cualquier actividad sobre la que no se informe a la sociedad está condenada a no trascender socialmente y a permanecer solo en el recuerdo de sus protagonistas. La “estrategia de la ocultación” es más acentuada en la TV, la cual, por su alcance y grado de penetración, se ha convertido en el espacio privilegiado para dar visibilidad social o no a los diversos actores.

Responder a la estigmatización mediática, desde los movimientos sociales, se hace mucho más difícil cuando los medios proporcionan

algo más que un cierto número de noticias, pero también las categorías en las que los destinatarios pueden fácilmente colocarlas de forma significativa. Los medios se han erigido como el dispositivo central para dar visibilidad pública, seleccionando discrecionalmente qué hechos presentar y cuáles no, pero además estableciendo parámetros de interpretación de los mismos, satanizando a unos o promocionando a otros.

El equilibrio es por demás insuficiente cuando ya han establecido el marco previo de interpretación, que permite, por ejemplo, estigmatizar a los negros y sus organizaciones como ladrones o delincuentes; a los sindicalistas como huelguistas; a los campesinos o los pobladores que reclaman el derecho a la tierra, como invasores; y a la protesta social, en general, como violencia y/o desorden.

Sobre todo luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, se manipula mucho con el miedo de la población, y todos aquellos que se apartan de los parámetros que el orden establecido considera "normales" son objeto de sospecha o incluso apresuradamente calificados –o mejor dicho, descalificados– como terroristas.

El proceso que ha desatado el Foro Social Mundial (FSM) es, sin duda, una de las manifestaciones más significativas, en tanto expresa una recomposición del tejido social organizado tras años de resistencia a las políticas neoliberales –en cuyo horizonte, precisamente, una de las prioridades es dejar fuera de la historia al sentido mismo de lo colectivo y sus expresiones concretas–, y las nuevas condiciones que consecuentemente se han abierto para ir superando la dispersión y fragmentación que con particular dureza repercutieron en las organizaciones sociales con la implementación de tales políticas.

Como señalaba Pierre Bordieu, los movimientos sociales, por diversos que sean en razón de sus orígenes, sus objetivos y sus proyectos tienen en común toda una serie de rasgos que les dan un aire de familia. En primer lugar, y especialmente porque provienen muy a menudo del rechazo de las formas tradicionales de la movilización política y en particular las que perpetúan la tradición de

los partidos de tipo soviético, estos movimientos tienen tendencia a rechazar toda clase de monopolización por minorías, favoreciendo la participación directa de todos los interesados.

Indica que en este sentido se encuentran en línea con la tradición libertaria, siendo propicios a formas de organización de inspiración autogestionaria caracterizadas por la fluidez del aparato que permite a los agentes reapropiarse su papel de sujetos activos en contra, especialmente, de los partidos a los cuales niegan el monopolio de la intervención política.

Bordieu destaca otro rasgo común: se orientan hacia objetivos determinados, concretos e importantes para la vida social (alojamiento, trabajo, salud, etcétera) a los cuales intentan aportar soluciones directas y prácticas, cuidándose a que sus negaciones como sus propuestas se concreten en acciones ejemplares y directamente ligadas al problema abordado. Apunta, asimismo, una tercera característica típica, el rechazo de las políticas neoliberales que tienden a imponer las voluntades de los grandes inversores institucionales y de las multinacionales. Y como última propiedad distintiva y común, resalta la exaltación de la solidaridad, principio tácito de la gran mayoría de sus luchas, y el esfuerzo de ponerla en práctica tanto en su acción (encargándose de todos los "sin") que por la forma de organización que escogen.

Después de participar en su séptima edición, en Nairobi, creo firmemente que el Foro Social Mundial, por suerte, viene a provocar conflictos. Porque sin conflictos no hay transformación. Y creo, además, que provoca subversión.

Quizá una de las preguntas más difíciles planteadas en el séptimo Foro es sobre el relacionamiento posible entre movimientos sociales, partidos políticos y gobiernos progresistas. La respuesta se vuelve un poco difícil, porque no es fácil, por ejemplo, encontrar muchos gobiernos progresistas en África... o en Europa. Quizá la excepción sea en estos momentos América Latina.

El aporte político de este último Foro es justamente haber abierto la oportunidad de pensar en las luchas mundiales desde

un continente en ebullición, que cuenta con un bagaje de conquistas recientes: independencias coloniales registradas en el último medio siglo, como la abolición del *apartheid* en Sudáfrica (recién, en 1990), y los intentos de construcción de socialismos en Angola y Mozambique.

Y desde un continente que cuenta también con interesantes precedentes generados por movimientos nuevos, como por ejemplo la victoria histórica de una iniciativa en defensa de la libre importación y el acceso a medicamentos genéricos para el VIH-SIDA, registrado por el movimiento sudafricano TAC –Treatment Action Campaign– en 2001, contra la acusación planteada por un grupo de transnacionales que, apoyándose en la OMC, abogan por la exclusividad sobre las patentes de las medicinas.

Samir Amin, pensador africano, ubica en el medio de estas corrientes que discurren en el FSM aquella de

un altermundialismo cuyos adherentes se reclutan en las clases medias de los países ricos, que son críticos del modo de existencia que propone el capitalismo, pero poco interesados por las preocupaciones reales de las clases populares de sus propios países, y menos aún por aquellas del Sur, donde su altermundialismo “moderado” es muchas veces incomprendido.

No obstante, paradójicamente, aunque fuera por el acceso más fácil a los medios financieros, parecen estar sobrerrepresentados en los Foros Sociales Mundiales o regionales, y a veces percibidos como un freno al fortalecimiento de las luchas populares.

Desde sus inicios, el Foro se levantó como un espacio de convergencia para luchar contra el neoliberalismo, lo más amplio que se pueda imaginar. Supluralismo, diversidad y transversalidad de género son elementos constitutivos; su carácter de ágora para el intercambio de ideas y propuestas, constituyen su sustancia; su esencia participativa es el motor de su propuesta de construcción de alternativas.

Pero para que esto mantenga su sentido, no puede limitarse a la realización de eventos desconectados entre sí, y cada vez

rediseñados como experimento nuevo. Es tiempo de avanzar en la idea de proceso, haciendo que el acumulado obtenido hasta ahora sirva de plataforma amplia para las nuevas iniciativas, y siga aportando a la construcción de un actor social y político plural, que encamine cambios de fondo y alternativas al modelo.

Es cierto que la fortaleza del Foro parte de la independencia, de su autonomía de partidos políticos y de gobiernos y ciertamente debe seguir esa dirección. Las organizaciones sociales han sido –y son– actores políticos clave en el escenario mundial y han cambiado el ambiente político internacional en un sentido positivo. Quizá su máspreciado tesoro sea, ciertamente, esa autonomía y esa independencia.

Muchos se hacen la pregunta de para qué sirven los Foros Sociales. Solamente con el hecho de que allí se construye la agenda social propia de la sociedad civil, la que no es a priori ni mejor que la de los partidos ni los gobiernos, sino básicamente diferente, es suficiente para justificar su continuidad. El consenso es que el FSM es eficaz como proveedor de un espacio para el debate, y la preocupación general, que carece de dirección y tiende al aislamiento.

Recordemos que fue el Foro Social el que acabó –¡vaya paradoja!– con el fin de la historia y el pensamiento único, impuesto desde el Norte. El que impulsó, tanto en el norte desarrollado como en el sur marginalizado, movilizand o multitudes contra las políticas imperialistas y hegemónicas, y poniendo sobre la mesa el pensamiento alternativo de José Saramago, Samir Amin, Eduardo Galeano, François Houtart, Boaventura de Souza Santos, Ignacio Ramonet, Immanuel Wallerstein, entre tantos otros.

Los movimientos sociales deben seguir teniendo sus agendas propias, incluso en países con gobiernos progresistas y/o de izquierda. Algunas veces –como en Venezuela– la participación de las organizaciones sociales han sido imprescindibles para llevar adelante, por ejemplo, las Mesas de Agua o los Comités de Tierra Urbana. Algunas veces –como en Brasil– se ha tratado de unificar las agendas (gubernamental y de las organizaciones sociales) y eso redundó en un debilitamiento del movimiento social sin que ello

significara un fortalecimiento del gobierno.

Existe una dialéctica que puede producir, a veces, complementariedades, y tensión en otras oportunidades. Y quizá sea este estado de tensión la situación más productiva. La agenda de los movimientos sociales es también la de un país que aspira a desarrollarse democráticamente.

Porque la sociedad tiene temas comportacionales (salud, educación, ambiente, entre otros) que pueden y deben incidir en las agendas públicas. Algunas revoluciones comportacionales exigen un radicalismo que ningún gobierno puede soportar. Eso no quiere decir que los partidos o los gobiernos no deban tener programas; claro que sí. Y discutirlos con las organizaciones sociales, buscar los puntos de encuentro.

Pero los gobiernos progresistas deben respetar activamente la autonomía e independencia de los movimientos sociales y del Foro Social, incluso cuando estos interpelan a esos gobiernos. Son los gobiernos los que deben crear espacios en las estructuras del Estado para que la agenda de los movimientos sociales pueda expresarse; para que pueda expresarse la preocupación popular en los problemas sectoriales, sociales.

Luiz Dulci, secretario general de la Presidencia de Brasil, señaló que el Foro es “una gran innovación política, tanto en su forma como en su contenido. A veces sus resultados no son visibles, pero son reales, y estoy convencido de que seguirá produciendo resultados”, y Patrizia Sentinelli, viceministra italiana de Asuntos Exteriores, consideró “saludable la conexión entre la sociedad civil y el gobierno”. Ambos gobiernos respaldaron abiertamente al Foro.

Un hecho singular a destacar –y que debe prender los botones de alerta– es que “el poder de la religión” desplegó toda su fuerza en este Foro. Las carpas-tienda de los grupos religiosos fueron las más grandes de todas. Dentro de los grupos católicos se destacó la de la Plataforma Ecuménica Caritas, con cerca de mil activistas que representan a más de 300 organizaciones cristianas humanitarias y sociales, y las hermanas franciscanas y paulinas.

Esta es una cuestión espinosa, incluso en África, donde el evangelismo prospera y diversos grupos religiosos aspiran a reunir más y más seguidores. Pero lo cierto es que también quieren vender su mensaje religioso –y por ejemplo– para las feministas, las enseñanzas religiosas colocan a la mujer en una “posición subordinada” y le niega derechos.

Lo cierto es que aparte de los grupos cristianos, no se vieron activistas de otras religiones en el Foro. Sin embargo, la religión se reconoce en el evento como una fuerza fundamental de transformación social. Cabe recordar que la utilización de la fuerza de la religión fue evidente en el colapso soviético y del sistema comunista en Europa oriental, en los años 1980 y 1990.

La cadena de acontecimientos que terminó en el derrumbe de la URSS se inició con el apoyo militante y financiero del papa Juan Pablo II al movimiento sindical en Polonia. Para no olvidar.

Pero, ¿es posible pensar que los medios, que moldean la opinión pública y orientan gran parte de nuestras acciones –políticas, comerciales, sociales, culturales– deban aceptar que tienen responsabilidades comunes con las organizaciones de la sociedad civil que combaten en favor de los derechos humanos y de las minorías discriminadas en todo el mundo? La pregunta la planteaba un papel de trabajo presentado por Inter Press Service para una cumbrecita en Glasgow de televisoras y agencias internacionales de noticias con representantes de organizaciones sociales del Primer Mundo (como Oxfam y Civicus) que, obviamente, trabajan en el Tercer Mundo.

Esta era la tercera intentona. En el 2005 participamos en Florencia de un debate con medios escritos, radiales y televisivos (Al Yazira, RAI, Reuters, IPS, Telesur, entre otros) sobre la responsabilidad corporativa social de los medios de comunicación. Uno de los ejemplos analizados fue el de los ocho Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) establecidos en el año 2000 por la inmensa mayoría de los Jefes de Estado o de Gobierno que apuntaban a reducir la miseria en el planeta. Allí la pregunta parecía obvia: ¿no deben sentirse los periodistas y los medios responsables de coadyuvar a

su realización?

Este debate resultó muy rico y prosiguió en el Congreso Mundial de Comunicación celebrado en Roma en noviembre de 2006, donde quedó claro que para las organizaciones de la sociedad civil la responsabilidad social es consustancial con los objetivos que dieron razón a su nacimiento.

Es más, a fines de 2005 un grupo de grandes organizaciones había acordado un código de conducta que, entre otros aspectos, acepta la aplicación de controles externos a sus actividades y define su compromiso social como la promoción de un desarrollo social humano, la defensa de los derechos humanos y la protección del ecosistema.

Mario Lubetkin, director general de IPS, reconoce que nada semejante hay en el ámbito de los medios de comunicación comerciales, donde solo existen algunas convenciones de deontología meramente profesional y ajenas al concepto de responsabilidad social.

Sin duda, los valores universales de los derechos humanos, la independencia, la no discriminación, la transparencia, un autofinanciamiento ético, evaluaciones y visiones críticas, son algunos de los conceptos que debieran ser aplicables y acordados por los propios medios de comunicación comerciales, si no estuviéramos convencidos que el papel de muchas de ellas es otro: criminalizar al mundo en desarrollo para garantizar la depredación de las empresas transnacionales y la eterna dependencia.

Quizás esta diferente actitud determine que en las encuestas globales siempre aparezca la sociedad civil entre los sectores más creíbles y muchas veces los medios comerciales entre los de menor credibilidad. En una reciente encuesta del BBC World Service realizada en treinta y dos naciones se indicaba que menos de la mitad de los entrevistados tenían una visión positiva de los medios, y más de un cuarto los juzgaba negativamente. Paralelamente, una encuesta de la Gallup colocaba a la sociedad civil entre los primeros cinco actores con visión más positiva de los consultados.

Y en Glasgow surgieron varias consideraciones e interrogantes, por ejemplo si realmente tiene interés público la información de las

ONG, de la sociedad civil. Y la respuesta es que para que tenga interés la información debe ser realizada por profesionales, que sepan cómo seducir a los editores periodísticos primero y a la audiencia después, con historias de interés humano. La mayoría de las organizaciones de la sociedad civil hace reportes de relacionistas públicos –destacando la labor de dirigentes– o para expertos en finanzas: a nadie le importa la inversión de equis millones de dólares (o de euros) sino el impacto y la participación social que ello genera.

No podemos generalizar al hablar de la sociedad civil, porque su supuesta unidad de acción hizo crisis con las manifestaciones antiglobalización de Seattle y, aunque vemos a algunas trabajando codo a codo en el Foro Social Mundial, también observamos a otras en tareas de desestabilización en muchos países o convertidas apenas en fuente de trabajo de sus dirigentes, alejadas totalmente de la gente que se supone que ayudan.

Hay otro problema grave, y es la mirada sobre la labor de las llamadas organizaciones sociales. Es necesario dejar de ver al Sur con ojos del Norte. La información que se brinda sobre los países en desarrollo es generalmente en negro: aparecen en los noticieros del Norte cuando surge una desgracia. La actividad de las organizaciones sociales no es para mostrar miseria sino para destacar la cooperación, la complementación, la solidaridad, valores difíciles de hallar en la información del Norte. Y ese es un problema ético, periodístico.

De lo que no cabe duda es de la tremenda riqueza de los grandes conglomerados mediáticos, su poder y concentración. En 1983, apenas cincuenta corporaciones controlaban la vasta mayoría de los medios informativos estadounidenses. El comunicólogo Ben Bagdikian fue calificado de alarmista por hablar de ello, pero la realidad es que en 2004 el número se había reducido a apenas seis grandes corporaciones, la mayor de las cuales es Time-Warner (dueña entre otras de AOL, CNN, HBO, Time Magazine, Fortune, Sports Illustrated, Amazon.com y Netscape).

Estas seis corporaciones juntas deciden (casi) todo lo que se ve en la televisión y el cine estadounidense, los servicios noticiosos de

agencias, la opinión transmitida a través periódicos, revistas, libros, televisión abierta, por cable y satelital, e incluso por internet, dentro y fuera de Estados Unidos.

El italiano Roberto Savio señala que el mundo de la información es manejado y guiado hoy por el mercado y caracterizado por una creciente concentración tanto en los medios como en las telecomunicaciones y la homogeneización de los contenidos. En Francia, 70 por ciento de la prensa gráfica está en manos de los mayores fabricantes de armas del país. Cabe destacar, agrega, los íntimos lazos entre los dueños de los medios y el poder político, sumado a la creciente prominencia de la publicidad en los mensajes que reciben los ciudadanos.

Decíamos que se puede hablar de ayuda al desarrollo solo cuando los fondos llegan realmente a los pueblos y significan cambios en sus vidas. Y desde el Sur hemos aprendido que solo podemos confiar en nuestros pares, en la cooperación, la complementación y solidaridad entre nuestros países, entre nuestros pueblos, que garantice satisfacer las necesidades básicas de la población, como salud, alimentación, educación.

Máxime cuando la acción de muchas de estas organizaciones de la llamada sociedad civil han servido para imponer, en nombre de la democracia, gobiernos títeres que faciliten el saqueo de sus riquezas nacionales por parte de las empresas transnacionales del Norte, han servido para azuzar conflictos étnicos para garantizar políticas neo-neocoloniales en África, y hoy intentan desestabilizar a las naciones latinoamericanas que buscan un futuro para sus ciudadanos.

El sudafricano Kumi Naidoo, máximo dirigente de Civicus, señalaba en Glasgow que estamos viviendo en un *apartheid* económico global. El G-8 se preocupa solo de sus intereses propios en una actitud egocéntrica. Las divisiones entre el norte y el sur se fortalecen, al igual que las divisiones regionales y los conflictos internos de las naciones.

Añadía que la llamada guerra al terrorismo ha tenido un impacto devastador sobre la democracia, especialmente para las

organizaciones sociales. Estados Unidos y el Reino Unido, con sus acciones –agregaba el dirigente sudafricano– han lanzado el mensaje de que si uno tiene una amenaza de seguridad, puede incluso detener ciudadanos (y dirigentes sociales) sin juicio.

Las encuestas muestran el sentimiento generalizado que existe en el mundo ante la difusión diaria, desde la mañana a la noche, de las catástrofes mundiales por parte de los medios comerciales; una sensación de disgusto y depresión crece rápidamente. Hay una creencia en los medios comerciales que solo es noticia una mala noticia. O dicho de otra forma, hay que matar la esperanza.

Desde el Sur creemos que las buenas noticias son las que hay que resaltar, la creatividad de nuestros pueblos, las innovaciones que mejoran la vida y facilitan el desarrollo humano. Son botes a los que hay que proveer de velas para que unos podamos saber de los otros. Quizá el viento de hoy sea escaso, el horizonte lejano, pero lo importante, lo necesario es navegar, es que todos esos botes naveguen y lleguen a su destino.

COMUNICACIÓN Y MOVIMIENTOS SOCIALES

No hay cosa más sin apuro que un pueblo haciendo la historia.

No lo seduce la gloria ni se imagina el futuro.

*Marcha con paso seguro, calculando cada paso y lo
que parece atraso suele transformarse pronto
en cosas que para el tonto son causa de su fracaso.*

ALFREDO ZITARROSA

La comunicación se ha erigido en elemento fundamental de la estructura social actual, donde desde hace décadas se viene desarrollado el concepto teórico de sociedad de la información, casi prospectivo a una realidad palpable en la economía, la educación o las relaciones sociales. Es un espacio en transformación que implica, obviamente, cambios en la construcción del imaginario colectivo.

En Europa, por ejemplo, el contexto actual deja como nunca a la intemperie el divorcio creciente entre modelo de periodismo y sociedad. Las dificultades que los temas sociales ponen para ser descritos y explicados por ese modelo de periodismo, cada vez más cuestionado y por un sistema mediático ajeno a todo control ciudadano, deben contribuir a abrir en términos nuevos el debate ético en torno a la responsabilidad social de los medios y a su papel en la construcción democrática. Y romper así, de paso, el imaginario fatalista que opone a medios y movimientos sociales, poniendo en la mesa de debate el tema desde la relación entre comunicación, ciudadanía y democracia.

Los españoles Javier Erro y Teresa Burgui señalan que pese a los nuevos aportes de las experiencias desde dentro de los medios comerciales con nuevas disciplinas (periodismo social, preventivo, ambiental) o desde su contorno ciudadano con el periodismo cívico, los observatorios y las veedurías de medios, existen fuertes resistencias, especialmente en los países desarrollados para enfocar el tema en su verdadera dimensión, porque no interesa repensar los medios en la sociedad mediática, ya que ello exige reflexionar sobre la democratización de la comunicación y la democracia misma.

El establecimiento reacciona corporativamente para evitar un debate público sobre el papel de los medios en el ejercicio de la ciudadanía y prefiere sustituirlo por el sucedáneo de una discusión privada en el ámbito profesional y/o académico, a espaldas de la ciudadanía, en busca de soluciones técnicas cosméticas.

En Europa, dice Víctor Sanpedro, los medios no son una plataforma adecuada para educar al público en la solidaridad y por ende hay que sospechar que ofrecerán fuertes resistencias dentro de los

nuevos procesos de construcción de ciudadanía, que están emergiendo por allí.

Sanpedro alerta sobre posiciones antagónicas que miran –coincidentemente– a los medios como instituciones autónomas que funcionan fuera de la sociedad y ninguna se pregunta qué hacen los medios con lo social y qué hace lo social con ellos.

Por su parte, la colombiana Rosa María Alfaro indica que no nos preguntamos qué papel están jugando los medios en la consolidación de la democracia y en la conformación de lo público, y como ya anticipara en 1985 Umberto Eco, tampoco parece preocuparnos demasiado lo que el público y la sociedad hacen con esos medios.

Todo parece indicar, señala Oswaldo León, que el tema de la comunicación está dejando de ser una tarea pendiente para las organizaciones sociales. Como es conocido, estas se quedaron atrapadas en la era Gutenberg cuando, desde mediados del siglo pasado, la radio y, sobre todo, la televisión –medios masivos que se institucionalizaron como industrias culturales– pasaron a redefinir el escenario, afirmando su centralidad en la configuración de la vida pública. Con este descompás, llegó el divorcio y el consiguiente desentendimiento, que con el tiempo dio paso a esa posición ambigua de condena y fascinación que ha marcado el accionar de tales organizaciones ante el mundo mediático. Pero pareciera que esta ambigüedad está dejando paso a definiciones, ante la imposición del llamado pensamiento único, hegemónico, buscando, sobre todo, las posibilidades de respuesta que ofrece internet.

El intelectual estadounidense Noam Chomsky sostenía que “el uso de Internet, además de facilitar y agilizar la comunicación dentro de los movimientos sociales y entre ellos, se presta para restar el control de los medios establecidos. Esos son dos de los nuevos factores más importantes que han surgido en los últimos veinte años”.

La relación de los movimientos sociales con esta nueva tecnología no solo se debe a su costo relativamente bajo, sino, ante todo, a su configuración y funcionamiento. Esta capacidad de interacción, propia de internet, permite acceder y diseminar mensajes

alrededor del mundo a la vez, contornando los medios establecidos, como también establecer niveles de coordinación y aglutinaciones por encima de la distancia geográfica, insiste León.

La activista canadiense Naomi Klein, en su libro *No Logo* señala que “la red es más que un instrumento de organización; ha llegado a ser un modelo para esos propósitos, un manual para la adopción descentralizada pero cooperativa de decisiones. Facilita el proceso de difusión de la información hasta tal punto que muchos grupos pueden trabajar al unísono sin necesidad de alcanzar un consenso monolítico (lo que de todos modos es a menudo imposible, dada la naturaleza de las organizaciones políticas). Y siendo tan descentralizados, estos movimientos siguen intentando forjar vínculos con sus semejantes de todo el mundo, sorprendiéndose siempre de comprobar hasta dónde llegan sus pequeñas victorias, cuán profundamente se han reciclado y absorbido sus datos”.

En el marco de las aproximaciones y convergencias, se registra en los movimientos sociales el surgimiento de mecanismos de coordinación que buscan sintonizar con los nuevos tiempos. Entre sus ingredientes principales están: a) la apropiación de las nuevas tecnologías de comunicación, equipamiento y acceso a las redes electrónicas: infraestructura computacional instalada, conectividad a la internet y conexión de red interna; b) utilización de la tecnología: instrumentos disponibles (*software*) y servicios utilizados, criterios y modalidades prevalecientes; c) apropiación tecnológica e informativa: disposición organizativa para integrar recursos y usos, recursos humanos (profesionalizados), formación y desarrollo de destrezas; para procesar información, motivaciones para buscar información y utilizarla en situaciones concretas; d) funcionamiento en red: los flujos informativos y las dinámicas organizativas tanto internas como externas (coordinaciones); e) políticas y estrategias de comunicación: capacidad para generar y difundir información propia, presencia pública, políticas de medios, prioridades, metas y líneas de acción.

Estas redes sociales, y las campañas que llevan a cabo, se tejen en torno a dinámicas comunicacionales, las cuales van desarrollando

un entramado complejo de interrelaciones, flujos de información y mecanismos diversos de comunicación, que combinan lo digital con canales convencionales, eventos presenciales y contactos personales. No se trata de dinámicas que surgen de internet, como en las llamadas comunidades virtuales, sino que estas forman parte de procesos reales en curso, que van descubriendo respuestas prácticas en el uso de internet, y nuevas formas de interrelacionarse.

Daniel Campione señala que la mundialización de las luchas implica la mundialización de la lucha de ideas, y en particular, de la disputa por lograr el acceso a amplios públicos, la batalla por la información. La comunicación, juega un gran papel en esto: los servicios alternativos de noticias, las cadenas de *mails*, los sitios interactivos de información.

Indica que internet es el medio de comunicación más poderoso que ha aparecido, desde el surgimiento de la televisión. Pero en su modo de uso (dentro del hogar, la computadora) parecería el más individualista de todos. Sin embargo, puede volverse colectivo, solidario, articulado mundialmente. Los contenidos pueden ofrecerse gratis. Y lo alternativo compite con lo comercial en el mismo plano, con herramientas que pueden alcanzar la misma potencia. Y que pueden además “absorber” todos los otros medios: la radio, el cine, la televisión, las bellas artes, y combinarlos en una nueva creación. Por añadidura, los sitios de internet que responden a grandes corporaciones tienden a cobrar o restringir el acceso, los contestatarios tienden a facilitarlo y ampliarlo de todas las maneras posibles, sin reparar en la propiedad intelectual y otras regulaciones mercantiles.

Lo que es cierto es que la irrupción de las nuevas tecnologías ha inaugurado un nuevo tipo de existencia política para muchos activistas y para la acción colectiva en un mundo globalizado. Con el reconocimiento de la comunicación como un “espacio de disputa estratégico”, en los últimos tiempos se han multiplicado las iniciativas, desde ámbitos diversos y específicos –desde los medios alternativos, independientes, comunitarios, hasta los observatorios, pasando por las asociaciones de usuarios y las comunidades

ciudadanas de alfabetización mediática–, que apuestan a otra comunicación posible.

Es fácil caer presa del optimismo ingenuo. Por eso es necesario reconocer la tarea pendiente de superar la dispersión, para que ese conjunto de esfuerzos adquiera un peso específico al compás del movimiento contrahegemónico que se proyecta por ese otro mundo posible (y también imprescindible).

LA TECNOLOGÍA, EL DESARROLLO

El desarrollo es un viaje con más naufragos que pasajeros.

EDUARDO GALEANO

Las negociaciones y los debates entre los gobiernos y el sector privado se han centrado en torno a temas como apertura y estímulo a las inversiones en infraestructura en los países del Sur; el financiamiento del desarrollo de las telecomunicaciones en las zonas consideradas poco rentables; la creación de un entorno favorable para el comercio electrónico, y las instancias y mecanismos que regulen la internet, entre otros.

Pero los puntos de mayor polémica han sido siempre sobre el papel de los medios de comunicación en la sociedad de la información, la gobernanza de internet, los derechos de propiedad intelectual, la llamada “seguridad de la información” y el financiamiento para el desarrollo de las Tecnologías de la Información y la Comunicación, TIC.

La primera fase de la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de Información (CMSI) ya había dejado en claro la falta de voluntad política de los líderes políticos mundiales para coadyuvar en el financiamiento del desarrollo de las TIC en el Sur y para crear un Fondo de Solidaridad Digital que facilitara acortar la brecha entre países ricos y pobres en información; y los compromisos débiles de los gobiernos para superar las desigualdades tecnológicas e informacionales, postergaron, además, una decisión de establecer un control democrático de internet.

Estados Unidos y grandes empresas como Microsoft posicionaban la tesis de los “acuerdos de asociación”, para ampliar las inversiones en los países del Sur, conquistar nuevos mercados y consolidar el monopolio de las transnacionales. Y esta vez contaron con el aval de organismos como el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD.

Los impactos sociales de la tecnología no son neutros como sostienen los defensores de las visiones tecnológico-mercantiles, por lo que se hace importante elegir las mejores opciones técnicas que beneficien a la sociedad en su conjunto, cuidando que estas se conciban y apliquen de manera participativa, para impedir o reducir al mínimo sus impactos negativos.

Las principales áreas de preocupación de la sociedad civil son la justicia social y el desarrollo sostenible centrado en el ser humano,

la universalidad, la interrelación y la interdependencia de todos los derechos humanos –civiles, políticos, económicos, sociales y culturales–, incluidos el derecho al desarrollo y los derechos lingüísticos, y la cultura, el conocimiento y el dominio público.

La diversidad cultural y lingüística implica tener la capacidad de expresarse, en su propio idioma, en todo momento, por cualquier medio, incluidos los medios de comunicación tradicionales y las TIC, que bien pueden utilizarse para reducir brechas culturales y lingüísticas, en lugar de agudizarlas.

La privatización del conocimiento amenaza con restringir la disponibilidad de los conocimientos de dominio público. En lugar de ampliar y favorecer la divulgación de los conocimientos mundiales, los últimos avances tecnológicos están privatizando cada vez más la información, en tanto que la participación del sector privado en la investigación científica ha fomentado la creación de patentes y la privatización de los conocimientos científicos que han dejado de ser de dominio público. En el caso de los pueblos indígenas, se han registrado muchos intentos de comercializar y explotar conocimientos indígenas tradicionales sin consultar a las comunidades, que son las legítimas propietarias de dicho conocimiento.

Los regímenes de propiedad intelectual existentes son insuficientes para proteger estos derechos de propiedad intelectual y la cultura de los pueblos indígenas. Se debe impedir cualquier intento de patentar conocimientos tradicionales. Los pueblos indígenas son los que han de decidir libremente si su patrimonio es de dominio público o no, y si su patrimonio puede comercializarse y de qué modo.

Se están patentando, asimismo, programas informáticos (e incluso ideas), lo que ha dado lugar a una reducción de la innovación y paralelamente al fortalecimiento de los monopolios. Los períodos de validez de los derechos de autor –en general en manos de grandes corporaciones– se amplían más y más haciéndolos prácticamente indefinidos, lo que va en contra del propósito legítimo de la protección de los inventos.

La libertad de expresión y la libertad de los medios de comunicación desempeñan una función fundamental en la producción,

recopilación y distribución de contenido diverso que integre a todos los ciudadanos y que permita la participación activa de estos, y son la esencia de cualquier modelo de sociedad de la información y la comunicación.

Las consideraciones –o excusas– en materia de seguridad no deben menoscabar la libertad de expresión y de los medios de comunicación. El pluralismo y la diversidad de los medios deben garantizarse mediante una legislación adecuada. Los medios comunitarios gestionados por las comunidades y basados en la sociedad civil, tienen una función especial que desempeñar a la hora de posibilitar el acceso y la participación de todos y todas, en particular de las comunidades más pobres y marginadas, en las sociedades de la información y la comunicación.

Es absolutamente fundamental la existencia de un marco jurídico y reglamentario que proteja y promueva los medios de comunicación comunitarios y a su vez garantice el acceso de los grupos más vulnerables a la información y la comunicación.

Los programas informáticos constituyen el medio y el marco reglamentario para la información digital, y el acceso a los mismos determina el acceso a esa información. Es fundamental que exista un acceso equitativo a ellos, para lo cual es esencial que haya plataformas diversas. En este marco, se debe fomentar el *software* libre y la libertad que permite utilizarlo, copiarlo, distribuirlo, intercambiarlo y mejorarlo. Por los beneficios que ofrece y los bajos costos, los gobiernos deben promocionar el uso de *software* libre en los colegios, en la educación superior y en la administración pública.

LA FALAZ AYUDA AL DESARROLLO

*Asesorarse con los técnicos del Fondo Monetario Internacional
es lo mismo que ir al almacén con el manual del comprador,
escrito por el almacenero.*

ARTURO JAURETCHE

La cultura contemporánea empuja a la gente a la soledad y a la violencia. Hoy, ser un niño en una ciudad latinoamericana es muy difícil, porque el que no es preso de la necesidad está preso del miedo. Hay quince millones de niños abandonados en nuestras ciudades, obligados a sobrevivir, obligados al delito, que es la única forma de iniciativa privada que les está permitida, como bien recuerda el periodista y escritor uruguayo Eduardo Galeano, uno de los pocos referentes que tenemos los latinoamericanos.

De cada tres niños que nacen en América Latina, uno muere antes de los cinco años y la mayoría de quienes sobreviven están condenados a ser delincuentes de seis o diez años, a morir de bala o de droga.

Mientras, los otros niños están presos del miedo en sus casas, por una televisión que los atrapa en su imposibilidad de hacer, por el miedo de nacer, a vivir, a cambiar, a caminar con las propias piernas. Galeano dice que esta televisión que forma consumidores, te amaestra para la parálisis y después te vende las muletas...

Un estudio de la chilena Ximena de la Barra señala claramente que a nivel global, la cooperación oficial al desarrollo ha significado poco respecto al desarrollo de los pueblos y el desarrollo de los procesos de integración, comparado con los efectos negativos del conjunto de políticas nacionales e internacionales. Muchísimo mejor sería tener un comercio justo que una cooperación al desarrollo injusta, menguada, atada al ajuste estructural, a los intereses económicos de los propios donantes –sus empresas transnacionales y sus consultoras– y en muchos casos al fundamentalismo religioso.

No se puede hablar de cooperación al desarrollo sin hablar de deuda. En la primera se gasta 68 mil millones de dólares anuales (OCDE, 2004) en comparación con los 370 mil millones de dólares que gastan los países en desarrollo en servir la deuda (Banco Mundial, 2006). En muchos países se gasta más en servicio de la deuda que en servicios básicos para el desarrollo de las personas como la educación y la salud. Solo América Latina debe 780 mil millones, y mientras más pagan los Estados, más deben.

A nivel global, tampoco se puede hablar de cooperación al desarrollo sin hablar del gasto militar. Hay que comparar los 68 mil millones de dólares de la cooperación con el trillón (un millón de billones) que se emplea en gasto militar. El 47 por ciento del gasto militar mundial corresponde a Estados Unidos, precisamente uno de los dos países que menos gasta en cooperación internacional, proporcionalmente a su producto interno.

Del mismo modo, no se puede hablar de cooperación al desarrollo sin hablar del ajuste estructural. Con la mano pequeña y suave se alivia la pobreza pero con la mano grande y criminal, se ata la mano de los gobiernos para hacerlo. Incluso se argumenta que los países en desarrollo no tienen capacidad de absorber mayor consideración. La realidad es que de ser eso efectivo, es el propio ajuste estructural lo que había destruido esas capacidades.

América Latina es la región del mundo que recibe proporcionalmente menos ayuda para el desarrollo y donde esta sigue decreciendo. Pasó de ser 13,6 por ciento del total mundial en 1993 a 11,6 por ciento en 2003. España es de lejos el principal donante, seguido de los Países Bajos, aunque ambos aportes decrecen. Y a medida que la cooperación al desarrollo decrece, la ayuda militar de Estados Unidos a Latinoamérica crece. De 3,4 millones de dólares en el año 2000, ha aumentado 340 por ciento y alcanzaba en 2005 a 122 millones. El Salvador, aquel país pulgarcito, siniestramente es el que más recibe: no cabe duda de que se le prepara para un rol regional.

También es oportuno entender que la cooperación al desarrollo es un asunto de justicia y no de caridad y corresponde resaltar la necesidad de reconocer la corresponsabilidad respecto al subdesarrollo. No hay que olvidar sobre cuales espaldas se forjó el desarrollo de los países industrializados.

El antiguo compromiso –de cuatro décadas atrás– infinitamente reiterado por los países desarrollados de destinar 0,7 por ciento de su PIB a la cooperación no se cumple. En estos momentos no supera 0,26 por ciento, un tercio de lo acordado, según cifras oficiales de la OCDE. Y muchos, como Action Aid, calculan que ese 0,2 por

ciento se reduce a la mitad si se le descuentan los montos sujetos a doble contabilidad, los sobrepuestos, los que filtran por ineficiencia, inutilidades, suministros atados al país donante, altos costos administrativos, descoordinación, y un largo etcétera. La escasez de los flujos al desarrollo se agravan con las diferencias sustanciales entre lo que se compromete y lo que finalmente se desembolsa y con la volatilidad de los flujos de la cooperación que impide la planificación y programación de su buen uso.

Hay excepciones como lo son los países nórdicos, que superan el compromiso. Los países que menos cumplen, Estados Unidos y Japón, son los que mayor PIB tienen y, por consiguiente, las sumas en cuestión serían significativas. Estados Unidos está en 0,1 por ciento, o sea, un séptimo de lo que corresponde y décimo –proporcionalmente– de lo que entrega; Noruega, recientemente ha aumentado el volumen de su cooperación pero ha sido porque ha agregado fondos para reconstruir Afganistán e Irak después de haber hecho todo lo posible por destruirlos.

Tampoco se cumplen los acuerdos políticos respecto al destino de la asistencia al desarrollo, ya que ha disminuido aquella destinada a los países más pobres, y los montos destinados a los servicios básicos solo constituye la mitad de lo acordado. En su reunión de 2007 en Alemania, el G-8 decidió la duplicación de la ayuda a África hasta el 2010 (promesa ya hecha en Gleneagles en 2005). La realidad es que según la OCDE y el Banco Mundial, la ayuda a África, sin contar las remisiones de deuda, ha bajado en 2006.

Las cantidades para la educación, sector como se ha concluido limita la transmisión intergeneracional, no ha aumentado. Las metas del milenio a las que todos se han comprometido, no han cambiado las tendencias en la ayuda al desarrollo y todo indica que no se cumplirán.

La iniciativa de reducción a la deuda de los países más endeudados, tampoco da buenos resultados. Bolivia, el único país sudamericano calificado para recibirla, debe seguir pagando las cantidades no eliminadas y según el PNUD aún debe seguir destinando 30 por ciento de su presupuesto público en pago a sus acreedores.

El anuncio del G-8 respecto a la decisión de cancelar la deuda, no pasa de ser una cortina de humo ya que solo se hará para algunos países y bajo condicionalidades draconianas que sirvan para que las transnacionales intensifiquen el saqueo.

Hoy, el dinero que se destina a ello, se resta del que se destina a la cooperación al desarrollo. Solo se cancelarán 54 mil millones de los 2,4 trillones que constituye la deuda del mundo en desarrollo, deuda en gran parte ilegítima de la cual son corresponsables los acreedores. Por lo demás, al G-8 no le conviene terminar con la deuda que ha sido el instrumento privilegiado para mantener la dependencia y garantizar el servilismo de los países endeudados a los intereses de los acreedores.

Cabe recordar el debilitamiento internacional del multilateralismo, única forma capaz de frenar el riesgo de la utilización de la cooperación como un negocio. El multilateralismo puede enfocarse en problemas de desarrollo que traspasan las fronteras –como epidemias, la gestión ambiental, entre otros– y permite la utilización común de un banco de recursos técnicos que difícil y costosamente podrían reunir cada uno de los donantes y, además, ofrece un mayor grado de neutralidad.

Otro aspecto negativo es la descoordinación entre los donantes respecto al destino de la ayuda, la duplicación de los esfuerzos, las metodologías utilizadas, y los procedimientos administrativos. Igualmente negativo es el apoyo a proyectos puntuales en lugar de a las estructuras generadoras de desarrollo. Al desvincularse de ellas, el resultado es la falta de sustentabilidad de los proyectos.

Por otra parte, la cooperación puntual tiende a atender los síntomas y no las raíces del problema. En este sentido, no basta con que la cooperación al desarrollo contribuya a aliviar los efectos del injusto orden mundial, sino que, además, debe contribuir a cambiarlo. Corresponde, en consecuencia, buscar el cambio tanto a lo interno de los países en desarrollo como en la política pública de los países industrializados y muy especialmente en los dictámenes de las instituciones financieras internacionales.

Por otra parte, si la acción puntual no logra producir cambios a nivel nacional, menos podrá hacerlo en el ámbito de la integración ni en el ámbito global, desde donde surgen buena parte de las causas de los problemas.

**SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO,
GOBERNANZA DE INTERNET**

*No puede haber amor donde hay explotadores y explotados,
donde las oligarquías dominantes llenas de privilegios
y pueblos desposeídos y miserables, porque nunca los explotadores
pudieron ser ni sentirse hermanos de sus explotados
y ninguna oligarquía pudo darse con ningún pueblo
el abrazo sincero de la fraternidad.*

EVA PERÓN

La nueva organización humana, social, económica y política en construcción, lo que algunos llaman Sociedad del Conocimiento, está siendo definida. La ética que se logre consensuar, los derechos que se logren dar, las normas que se instrumenten y la comunión que se alcance, definirán y brindarán el marco, en gran medida, de la cultura humana en los próximos siglos.

La digitalización del sonido, la imagen y la data, y su transmisión a través de internet marcan esta revolución que conjuga el teléfono con los medios masivos, el poder de procesamiento y la digitalización de la información. El espíritu libertario que la impregnó, incubado al amparo de las universidades, forjó la comunidad de *hackers* y creó al *software* libre. Filosofía y tecnología crecieron al amparo y en paralelo con la red, nutriéndola en el proceso que está causando una fuerte reacción.

Hoy, las industrias de distribución de conocimiento, información y arte están dejando de ser necesarias. Cualquiera con un computador y una conexión de banda ancha puede actuar como centro de distribución. Cualquiera con un editor de textos, con tarjetas de sonido y algún equipo adicional puede producir libros y composiciones musicales de un aceptable nivel. Pareciera que la computadora personal e internet desplazarán a las editoriales y las compañías musicales, otrora adalides de la ilustración.

La red de internet, cabe recordarlo, es una invención estadounidense de la época de la llamada Guerra Fría, cuando el Pentágono (Ministerio de Defensa) buscaba poner a punto un sistema de comunicación indestructible, que pudiera ser resistente a un ataque atómico, y que permitiera a los jefes políticos y militares que sobrevivieran a ese supuesto ataque nuclear, retomar contacto entre ellos para lanzar el contraataque.

Cuando aún estudiaba en la Universidad de Los Ángeles, Vinton Cerf, con un equipo de investigadores, imaginó y puso a funcionar los protocolos y herramientas de un nuevo modelo revolucionario de comunicación, de más está decir, con financiamiento de fondos públicos. Pero este modo todavía estaba reservado para una pequeña minoría elitista de universitarios, militares e iniciados.

Fue en 1989 que los físicos Tim Berners-Lee y Robert Cailliau, del Centro Europeo para la Investigación Nuclear (CERN) de Ginebra, Suiza, pusieron a funcionar un sistema de hipertexto e inventaron la World Wide Web, que favorecería la difusión de informaciones y el acceso del gran público a internet.

Desde esa fecha la red mundial está administrada por la Internet Corporation for Assigned Names and Numbers (Icann), un organismo de derecho privado sin fines de lucro con sede en Los Ángeles, obviamente sometido a la ley californiana y bajo el control directo del Departamento de Comercio de Estados Unidos.

La Icann es la gran controladora de la red y se basa en un dispositivo técnico de trece poderosos servidores raíces instalados en Estados Unidos (cuatro en California y seis cerca de Washington), Europa (Estocolmo, Suecia, y Londres, Inglaterra) y en Tokio, Japón.

La principal función de la Icann es coordinar el dominio que ayuda a los usuarios navegar por la red (Domain Name System, DNS). Cada computador conectado a internet tiene una dirección única –dirección IP (de protocolo internet, en sus siglas en inglés)–, en principio una serie de cifras muy difíciles de memorizar pero que ahora se sustituye por el llamado nombre dominio que el DNS convierte en la serie de cifras que corresponde a la dirección IP, lo que permite al computador conectarse con el sitio buscado, todo eso a escala planetaria y de forma ultrarrápida.

La misión del Icann es la de “preservar la estabilidad operativa de internet, promover la competencia, garantizar la representación global de las comunicaciones en internet, y elaborar una política correspondiente a su misión de acuerdo con un procedimiento consensuado”.

Pero lo cierto es que hace mucho tiempo que no hay consenso y el dominio de Estados Unidos sobre la red se ve cada vez más impugnado. Desde los países europeos y los que están en desarrollo reclaman una reforma en la gobernanza de internet: Washington se negó a todo cambio y las posibilidades de que se creen organismos nacionales o regionales de gestión de la red, amenaza con una fragmentación desastrosa de la misma.

En un mundo donde la comunicación se ha convertido en materia prima estratégica y donde se negocia la economía de lo inmaterial, las redes de comunicación cumplen una función fundamental: el control de internet otorga a quien ejerce el poder una ventaja estratégica, geopolítica, decisiva, similar al poder sobre las vías de navegación planetarias que en el siglo XIX permitió a Inglaterra dominar el mundo.

Hoy Estados Unidos tiene el poder de limitar el acceso a todos los sitios de la red en cualquier país, puede bloquear todos los envíos de mensajes electrónicos de todo el planeta. Hasta ahora no lo ha hecho, pero tiene la posibilidad de hacerlo. Pero hoy son, aún, poderosas corporaciones capaces de ejercer el poder e imponer regulaciones, y también de poner un freno a cualquier avance que las perjudique.

Así la Digital Millenium Copyright Act (DMCA) y la Informática Traidora (TCG), son solo ejemplos de esta tendencia. Esta reacción si se impone, puede cristalizar y demorar procesos históricos en marcha. Hoy nos encontramos con dos objetivos y visiones contrapuestos en la conformación de la Sociedad de la Información. Por un lado, algunos Estados y corporaciones, que quieren que internet sea un mecanismo para reforzar su antigua forma de hacer negocios y su poder, y por el otro ciudadanos y organizaciones que creen y quieren que internet sea un fenomenal medio de comunicación que cambie nuestra forma de relacionarnos y que descentralice la economía y el control planetario.

Hay un problema que no puede soslayarse, el de la “apropiación del conocimiento”. Se debe analizar minuciosamente todo aquello que habitualmente se engloba bajo el oxímoron publicitario “propiedad intelectual”, que pretende juntar tres conceptos muy diferentes: derechos de autor, patentes y marcas. La decisión de darle al *software* en formato binario carácter de “obra intelectual” y protegerlo con *copyright* y aun con patentes, complicó más la cosa.

Mecanismos como el *copyright* (derechos de copia) fueron diseñados específicamente para la generación de estructuras económicas que sustenten el flujo de las ideas. La difusión de contenidos

tenía un determinado costo que alguien debía financiar, por lo cual, estos derechos de copia aseguraban ingresos regulares a los editores y empresas (derechohabientes).

Hoy, el impacto de las nuevas tecnologías cambia radicalmente la relación de las ideas y el conocimiento con el soporte de distribución. Hoy la información digitalizada es incontable y ubicua, y su costo marginal de reproducción y distribución es nulo. Una vez creada y digitalizada, una obra intelectual puede ser copiada, distribuida, accedida y disfrutada por millones de personas al mismo tiempo sin que se note diferencia entre el original y las copias, sin que siquiera haya un costo marginal derivado de este disfrute.

Entonces, pareciera anacrónico imponer restricciones a la difusión de la información, ya que sin costo de distribución desaparece el motivo principal de sostén del sistema de *copyright*. Una sociedad donde la información esté cerrada y se constituya en capital, no puede ser transparente.

En los últimos años han aparecido diversas estrategias, como la de definir como “pirata” a aquel que comparte información protegida por *copyrights*, fomentando la denuncia entre pares en diferentes ámbitos, al estilo de los regímenes fascistas.

El Trusted Computing Group (TCG) ex Trusted Computing Platform Alliance (TCPA), desarrolla el concepto de Informática Fiable (o traidora según se mire). Tecnologías creadas para tomar el control y apropiarse de las computadoras de la gente. Y así se “criminaliza” a los jóvenes que son capaces de explorar estos mecanismos, en lugar de reconocer el talento que los caracteriza.

Se desarrollan mecanismos artificiales de restricción de la circulación de las ideas por regiones, tiempos, instancias de uso, solo para defender monopolios industriales. Seguramente, al final del camino algún *hacker* encontrará una puerta para que pase la luz del conocimiento.

Aún quedan varias tareas pendientes, algunas de ellas urgentes e imprescindibles, como la garantía de ingresos para los autores de obras digitalizadas que sean de interés para un mundo donde la información fluya libremente, porque se debe dejar de ver a la

información como un capital acumulable del cual se puede extraer una renta.

En una sociedad donde el conocimiento es propiedad privada, las desigualdades educativas se profundizan, incrementan y cada persona tiene acceso solamente a lo que puede pagar: esa es la base de una sociedad capitalista, injusta y desigual. La educación, ¿es un derecho o un servicio comercial?

En un mundo donde la información puede ser ubicua y los costos de educación pueden disminuir notablemente, existen intereses que pretenden instrumentar un sistema que puede enterrar definitivamente el sueño de un mundo con igualdad de oportunidades basado en acceso igualitario a la educación y el conocimiento.

Hoy, la vieja industria de la informática intenta controlar qué programa se ejecuta en cada computador del planeta. Por ello se debe tener la clave maestra para cada computadora del planeta. Y ese es el objetivo del TCG (TCPA) conocido en Windows como Palladium.

Este sistema está siendo construido hoy en día por una alianza de industrias y ya se distribuye con las últimas versiones del sistema operativo. De todos modos, todavía requiere computadoras con un *hardware* especialmente construido para tal fin, es decir, para quitarle el control a su propietario. Eliminan la libertad de programar y penalizan el compartir mediante la DMCA. En este sentido, ¿puede ser válida una ley violada simultánea y conscientemente por 60 por ciento de los usuarios, devenidos en “piratas”?

En ese marco, programar estaría prácticamente prohibido. Solo los que tengan la infraestructura de control podrían hacerlo. Y recordemos que –por ejemplo– las elecciones en nuestros países también se realizan por medio de computadoras...

Estas preocupaciones que el mundo entero está debatiendo, se relacionan más con los problemas estructurales de pobreza y la desigual distribución de la riqueza que con internet. No es cuestión de eliminar la brecha digital informatizando la pobreza, debemos eliminar la pobreza, apoyándonos en el conocimiento libre.

Las cuatro libertades que definen al software libre comprenden los derechos básicos de la Sociedad de la Información: la libertad de ejecutar, conocer, comunicar y crear.

Evitar que las ideas totalitarias se impongan y seguir construyendo conocimiento y *software* libre son hoy los mayores desafíos. Así se podrá establecer el derecho al acceso a la información, al conocimiento, a la comunicación y a la educación para todos los seres humanos. O lo que es lo mismo, el derecho a construir una sociedad libre, justa y solidaria.

Han transcurrido unos decenios desde que Peter Drucker esbozara por primera vez el concepto de sociedad del conocimiento, la que poco después llamaría también como sociedad poscapitalista, donde la producción de riqueza sería una función cada vez más directa del conocimiento, o por mejor decir, de la productividad del mismo, que desembocaba en un mercado mundial unificado,

En la década de 1990, otros autores vinieron a reforzar la idea, pero por momentos se confundían los términos en uso: sociedad del conocimiento o sociedad de la información.

El académico británico Paul Cilliers, señala que conocimiento ha sido uno de los términos mercantilizados en esta época: se habla de industria del conocimiento e incluso de gerencia del conocimiento, como si fuera algo susceptible de comercializarse, con independencia del sujeto que posee ese conocimiento. Se le trata como una cosa, algo que existe y puede colocarse en portadores digitales o sitios de internet.

El académico cubano Ismael Clark indica que en propiedad, tales cosas debieran identificarse como datos o incluso como información, pero el concepto de conocimiento hay que reservarlo para aquella información que es contextual e históricamente situada por un sujeto conocedor. Solo la intervención de las personas puede conferir a la información la categoría de conocimiento.

Añade que en tanto sumen millones e incluso cientos de millones los seres humanos para quienes nada significan las gigantescas cantidades de datos y otras formas de información almacenadas y transmitidas, a causa, digamos, de carecer de la más elemental

educación, no podrá hablarse con seriedad de una sociedad del conocimiento.

Contradictoriamente, la reproducción y expansión del modelo capitalista neoliberal confirma que bajo sus premisas el conocimiento no se multiplica como un bien público, sino como una fuente de competitividad de apropiación cada vez más privada, corporativa, al cual solo puede tener acceso una fracción minoritaria, cada vez más pequeña pero con más solvencia, de la sociedad.

El conocimiento científico no es completo en tanto no incluya a los hombres y las relaciones sociales entre ellos. En tanto no conocamos a profundidad la sociedad y, sobre todo, cómo transformarla en el sentido creciente de su humanización, las invocaciones casi litúrgicas al conocimiento significarán poco más que propaganda comercial del último modelo.

Los humanos hemos ido conformando una evolución histórica en que los factores culturales tienden a sobrepasar ampliamente a los puramente biológicos. Una sociedad del conocimiento, por tanto, verdaderamente humanizada a la altura del siglo XXI, supondría una fácil y rápida diseminación de los medios para mejor hacer frente a los conflictos ambientales generados por la propia civilización.

Para el obispo Marcelo Sánchez Sorondo, canciller de las Academias Pontificias, lo que se requiere es un enfoque multidisciplinario, que se acompañe de una capacidad de evaluación y predicción, asentados en la razón teórica, y también de la razón práctica, las que deben estar guiadas por la justicia para alcanzar una justa redistribución de los bienes de la tierra.

El académico británico W. M. Adams subraya que la sostenibilidad de las sociedades debe convertirse en la base de un nuevo entendimiento de las aspiraciones y logros humanos, así como que un elemento clave en esto es el vínculo entre el bienestar y la seguridad, que depende fundamentalmente de los problemas de equidad, dentro de y entre las generaciones y que tanto la seguridad como el bienestar están enraizados en los problemas de justicia a escala global.

Adams afirma que la justicia tiene suma importancia para el futuro del planeta: equidad en el disfrute de los beneficios del uso de los recursos de la Tierra entre y dentro de las generaciones.

Pero sabemos que de continuar como hasta ahora el crecimiento económico de las sociedades opulentas, y la hegemonización cultural para imponer un modelo único, se arriesga la supervivencia misma de la especie.

Para María T. Pozzoli, la actual sociedad globalizada requiere en realidad de una sociedad del conocimiento, que modifique, entre otras cosas, el modelo de poder que internalizan los sujetos y que constituyen su subjetividad.

Valores y comportamientos esenciales del modelo, como la competitividad, la motivación de lucro, el consumo, la posesión, la acumulación, en fin, el individualismo, deben dar paso a valores humanísticos como la cooperación, la solidaridad, e incluso algunos otros de larga data como la compasión, la alegría, la bondad, la benevolencia y la amabilidad.

Conocer, comprender la sociedad y transformarla es, a todas luces, no una mera utopía, proclamada en su época por Carlos Marx, sino una apremiante necesidad de la especie humana, dice Clark, si es que realmente aspiramos a mantener el significado del término civilización, sin abandonar la especie al azar de la mera selección natural.

CULTURA, INDUSTRIAS CULTURALES

*Si la historia la escriben los que ganan,
eso quiere decir que hay otra historia...*

EDUARDO MIGNOGNA

No han pasado tantos siglos desde que los portavoces del emperador Carlos I de España pregonaban un poder en cuyos dominios nunca se ocultaba el sol, un sueño que hoy resucitan algunos personajes, quizá con menos consenso que aquel emperador.

Un modelo de control y/o de dominio del espacio material como el que está planteado requiere de una labor simultánea de hegemonización y de dominación ideológica y cultural que lo imponga y a la vez lo legitime.

Tampoco ha pasado tanto tiempo desde que el visitador Areche ordenó descuartizar a Gabriel Condorkanqui, Túpac Amaru, haciendo salar y arrasar todo lo que tuviera que ver con sus viviendas, trajes, utensilios y memorias, para que desde entonces se impusiera a los indígenas el uso de escuelas para que pudieran “unirse al gremio de la Iglesia Católica y la amabilidad y la dulcísima dominación de nuestros reyes”.

Al fin de cuentas, para ellos, toda política de dominación no es otra cosa que la continuidad de la guerra con otros medios, por lo cual no solo hay que vencer sino convencer, convencer a los vencidos que toda resistencia ya no tiene sentido. Pero quizá no sea tan fácil estandarizar o uniformizar imaginarios colectivos, contruidos a través de muchos y muchos años, de experiencias históricas y sociales intransferibles.

Hay muchos que creen que la revolución cultural consiste en cambiar un espectáculo de ballet por uno de danzas folclóricas. Revolución cultural significa producir cambios en la sociedad, hacer el hombre nuevo, lo que va muchísimo más allá de una renovada programación de actividades artísticas.

Además, buena parte de las actividades culturales de nuestros países periféricos tienen el apoyo de gobiernos –u ONG– de países del Primer Mundo, porque no pareciera existir –para ellos– contradicción alguna entre construir armas atómicas y propiciar junto con ellos exposiciones de arte, pequeña prensa alternativa, becas a intelectuales y artistas... o mega espectáculos populares.

Pero hay un sector de la cultura que escapa a esa supuesta benevolencia o caridad y que despierta voraces apetitos, y es el de

las llamadas industrias culturales, universo sobre el cual aparecen hoy más que nunca las apetencias de dominación global.

El proceso de concentración de la industria mediática y de la cultura sigue imperturbable, rigiéndose por criterios exclusivamente comerciales para los cuales lo que cuenta es el paradigma de consumidor por sobre el de ciudadano y/o por sobre el interés público. La “diversidad cultural” ha pasado a reducirse a la oferta de una gama de productos y servicios para satisfacer el “gusto” de los consumidores, sistemáticamente monitoreados (se puede decir espiados) por especialistas para ubicar “nichos de mercado”.

El signo más relevante en nuestros países es el de la concentración y la transnacionalización de la economía en general y de las industrias culturales en particular. Fusiones, asociaciones y todo género de alianzas entre las grandes relaciones de propiedad y de poder a escala mundial, con incidencia directa en las industrias locales, garantizar el control de los mercados, el empleo, las tecnologías de producción y comercialización y el diseño de la programación y los contenidos producidos.

Hay quienes sostienen aún que los medios comerciales solo buscan el lucro o convierten la información en mercancía, pero en realidad son departamentos de grandes conglomerados empresariales que tienen como objetivo apoyar la política comercial e ideológica en la que se sustenta su sistema de producción y comercialización.

Sus contenidos se conforman con los criterios establecidos por sus accionistas y anunciantes, y estos medios tratan de mantener una relación cordial con los gobiernos, si son amigos, u hostil y de chantaje si estos no son dóciles. La frivolidad, el chismorreos y la banalidad son parte de su método de adocenamiento ciudadano.

Un trabajo de Unesco-Cerlalc sostenía recientemente que “del mismo modo que la biodiversidad, es decir, la inmensa variedad de formas de vida desarrolladas durante millones de años, es indispensable para la supervivencia de los ecosistemas naturales, los ecosistemas culturales, compuestos por un complejo mosaico de

culturas necesitan de la diversidad para preservar su valioso patrimonio en beneficio de las generaciones futuras”.

La diversidad cultural se construye a partir de la memoria y el hábitat de los distintos grupos sociales, comunidades o naciones, así como los autores y creadores que desde lo individual los representan. La globalización y la transnacionalización, en cambio, suponen una hegemonía o una dominación económica, a la par que cultural, que amenaza dicha diversidad.

El 18 de diciembre de 2006, la Convención de la Unesco sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales, adoptada el 20 de octubre de 2005 durante la 33ª Conferencia General del organismo, superó la meta de las treinta ratificaciones, necesaria para que pueda entrar en vigencia, luego de un plazo de tres meses. La Convención entró en vigencia el 18 de marzo de 2007.

La importancia de esta Convención radica, entre otros, en que legitima que los Estados adopten medidas para la protección de su producción y de su diversidad cultural, particularmente frente a la ofensiva comercial de las corporaciones transnacionales en este campo, por ejemplo al otorgarles un tratamiento preferencial (medidas que a menudo están vetadas en los acuerdos comerciales).

Se sabe que la importancia de la industria audiovisual no radica solamente en los miles de millones de dólares que moviliza la producción y la comercialización de películas y programas televisivos –que para EE.UU. representa más de 50 mil millones de dólares al año– sino también las posibilidades que tiene el mismo lenguaje audiovisual para inducir al disfrute de una comedia, un videoclip o una película de efectos especiales, junto a la incentivación del consumo de muchos otros productos, además de las ideas y valores que subyacen en las imágenes y el sonido.

Hollywood no solo vende películas sino sistemas de vida, razón por la que merece una importancia estratégica para la política de Washington y para quienes controlan la economía estadounidense. Un ejemplo actual es el terrorismo mediático lanzado sobre todo el mundo, a lo que podría agregarse que cuando los grandes estudios

necesitan del respaldo político del Estado, también son rápidamente complacidos.

Para los latinoamericanos el desafío de la integración está profundamente incrustado en nuestra historia. Estamos impelidos a asumir las políticas culturales de integración como uno de los factores emergentes más exigentes de los elementos que se deben tomar en cuenta para definir una estrategia de desarrollo cultural en el largo plazo. En buena parte, porque ya no es posible pensar en términos estrictamente nacionales y el conocimiento de lo que ocurre en cada uno de los países de la región es una variable de nuestras propias políticas.

La escala en la cual es posible pensar la expansión de las industrias culturales solo puede ser a nivel subregional y regional, más aún cuando se piensa que debemos competir exitosamente frente a superpotencias y otros grandes acuerdos regionales que tienen grandes enclaves industriales, como son Estados Unidos y Europa, respectivamente, sin dejar de lado las industrias de contenidos de India, China, Irán, Sudcorea, Japón –por ejemplo– que están a la búsqueda de nuevos mercados.

Según Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, que crearon la expresión “industria cultural” en el libro *Dialéctica de la aclaración*, de 1947, en esta todo se convierte en negocio. En este sentido, sus objetivos comerciales se realizan por medio de una sistemática y programada exploración de los bienes llamados culturales. De ahí que podamos decir que la industria cultural lleva consigo todos los elementos característicos del mundo industrial moderno y ejerce en él una función específica, que es la de portadora de la ideología dominante que da sentido a todo el sistema.

Uno de los temas más exigentes en la defensa de la industria cultural es el que consiste en magnificar su espíritu, que podemos llamar simplemente ideológico.

La industria cultural pareciera ofrecer algo así como los criterios de orientación, pero su verdadera fuerza es crear en la persona humana necesidades que no son fundamentales, como las del sistema vigente (consumir incesantemente), en lugar de promover

en ella necesidades básicas para vivir dignamente (casa, alimentación, recreo, educación, etc.) y por eso el consumidor vivirá siempre insatisfecho, queriendo constantemente consumir y acrecentar cada vez más su campo de consumo.

La impresión aparente es que el ciudadano (consumidor) tiene libertad plena de elección, pero reflexionado en lo que hay más allá de las manifestaciones superficiales de los fenómenos sociales descubre otra realidad. La estandarización y la repetición alcanzan todos los aspectos de la producción cultural y artística.

Todo esto sucede porque el mercado se confronta con los deseos (ilimitados) y no con las necesidades. Este dominio encuentra su estímulo en el deseo de poseer, constantemente renovado por el desarrollo técnico y científico, sabiamente controlado por la industria cultural.

Otro concepto importante para el estudio es el de la sociedad del espectáculo, desarrollado por el francés Guy Debord y sus compañeros de la llamada Internacional Situacionista en los años 60, que ha tenido un influjo en las diversas teorías contemporáneas sobre la sociedad y la cultura.

Analizando el capitalismo, el autor constata un cúmulo de imágenes que dan origen a uno de los signos de la contemporaneidad: se establece el predominio de la imagen sobre el objeto, de la copia sobre el original, de la representación sobre la realidad, en definitiva, de la apariencia sobre el ser.

El punto de partida es el mercado (producción) acompañado del consumo del espectáculo. No vivimos ya nuestras experiencias, son los modelos los que viven donde estamos: todo lo que era vivido directamente se convierte en representación, dice Debord. Las relaciones humanas penetran en los intercambios mercantiles y la mercancía invade totalmente la vida social.

Además, con la vida y las experiencias modeladas por los espectáculos de la cultura y los medios de comunicación social comerciales, el ser humano deja de ser agente de su propia historia, con lo que acepta ser sometido a los espectáculos consumistas. En la sociedad de consumo, la lógica del espectáculo no permite reconocer el

propio espectáculo realizado. El “no ver, no entender” es cotidiano y permanente. Las dimensiones son varias. Cuando divulgamos ideas, noticias, productos e imágenes producimos espectáculo, señala Debord.

Mientras que la primera fase del dominio de la economía sobre la vida se caracterizaba por la degradación del “ser” en “tener”, en el espectáculo se llega al reino soberano del aparecer. Las relaciones entre los hombres dejan de medirse por las cosas, como en el fetichismo de la mercancía de que habló Carlos Marx, para serlo directamente por las imágenes. Y entonces se interpreta la sociedad como el reino del espectáculo, de la representación fascinante del mundo de los objetos y las mercancías.

Si seguimos creyendo que cultura es la mera expectación de actos creativos de otros, seguiremos confundidos. Debemos entender como cultura todo lo que lleva adelante los cambios estructurales de nuestras sociedades. Cambios urgentes que lleven a la conformación de nuevas sociedades, más equitativas, más justas. Y dentro de las urgencias que todo cambio social profundo pone de relieve, está la de refundar el lenguaje. Ello supone la tarea de inventar nombres para lo nuevo, a la vez que re-nombrar (re-pensar) lo conocido.

En esa categoría incluyo la expresión industria cultural con la que de un tiempo a esta parte se pretende englobar toda la producción de bienes culturales de una nación. Para la industria cultural, la obra es un insumo en “bruto” que debe ser “refinado y procesado” para su consumo masivo.

De allí a establecer la categoría de consumidor cultural no hay sino un paso. Y este, por cierto, ya fue dado desde la cultura oficial, desde el paradigma industrialista liberal, cuando comenzó a acuñarse esa aberrante manera de referirse al espectador, al lector, al usuario de los servicios culturales, al amante de las artes (amateur), o a cualquiera que disfrute de los bienes producidos por la creatividad humana.

Quizá la utilización del término industria cultural, tanto como los de industria cultural corporativa o industria cultural transnacional,

debiera quedar restringido al sector que utiliza procedimientos industriales para la fabricación, difusión y comercialización de sus productos y servicios, y debiéramos hablar de producción cultural cuando se trata de bienes culturales tangibles e intangibles provenientes de los poderes creadores del pueblo.

La alienación, decía Mills, es un lamento y una forma que tiene la persona de colapsar en la autoconmiseración, una excusa personal para justificar la ausencia de voluntad política, la complacencia en ser dominado. En el surgimiento de esta actitud, tiene una gran importancia el culto a la individualidad establecido durante años en nuestros países, donde el individuo aislado no tenía capacidad para saber lo que verdaderamente estaba ocurriendo en su entorno social.

Antes existía lo que llamaba Mills, un abismo entre hombres y mujeres como tales individuos, por una parte, y los eventos y decisiones del poder, por la otra. Este abismo era llenado por los medios de comunicación, los cuales transformaban la información en *slogans* políticos, en informaciones atomizadas, en un universo de estereotipos que suplantaban la realidad objetiva ante la cual reaccionaban los individuos.

Es necesario fomentar y acrecentar las capacidades propias en el marco de una realidad concreta, adversa y fuera, aparentemente, de nuestro control, antes que poner el acento en la limitación o restricción de lo ajeno.

Obviamente, esta alternativa al desarrollo no depende de políticas específicas para el campo de las industrias culturales, aunque las del medio audiovisual las requieran en mayor medida. Radica en los cambios de modelos económicos, políticos, de la distribución equitativa del ingreso, de la inclusión social.

EDUCACIÓN Y COMUNICACIÓN

*El número de quienes tienen derecho a escuchar y ver
no cesa de acrecentarse, en tanto se reduce
vertiginosamente el número de quienes tienen el privilegio
de informarse, de expresarse, de crear.*

EDUARDO GALEANO

La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) advertían ya hace tres lustros que al convertirse el conocimiento en el elemento central del nuevo paradigma productivo con equidad, la transformación educativa pasa a ser un factor fundamental para desarrollar la capacidad de innovación y la creatividad, a la vez que la integración y la solidaridad, aspectos clave tanto para el ejercicio de la moderna ciudadanía como para alcanzar altos niveles de competitividad.

Entre las razones de fondo que refuerzan esta imagen de la educación-bisagra cabe destacar que sigue considerada como el principal campo de reducción de desigualdades a futuro y de superación de la reproducción intergeneracional de la pobreza. La educación debe ayudar a repensar críticamente la realidad, idear nuevos proyectos colectivos y aprender a vivir en un mundo multicultural.

Es, además, un espacio privilegiado para construir ciudadanía en el marco de las democracias cada vez más participativas del siglo XXI y de la urgencia por perfeccionar la institucionalidad política. Más aún, las nuevas formas de ciudadanía requieren también fortalecer nuevas destrezas: la capacidad para expresar demandas y opiniones en medios de comunicación y aprovechar la creciente flexibilidad de los mismos.

Hoy, la región enfrenta un doble desafío: superar rezagos endémicos en materia de deserción escolar, bajos logros educativos y segregación en dichos logros por estratos socioeconómicos y por corte rural-urbano, y mejorar la calidad y pertinencia del sistema educacional a fin de que este cumpla un papel estratégico en el tránsito de las sociedades nacionales hacia la inclusión social y la equidad.

Por eso, varias naciones han priorizado la alfabetización masiva (con apoyo solidario de educadores y de países como Cuba, utilizando videos para la enseñanza), partiendo de la premisa de darle poder a los pobres, o sea, darles las mismas oportunidades para poder ser ciudadanos que las que tienen las gentes de estratos sociales más pudientes.

La experiencia de los organismos multinacionales muestra que la capacidad de atención, motivación y absorción de los educandos puede aumentar considerablemente cuando se utiliza apoyo audiovisual y se trabaja luego, en una estructura más horizontal y conversacional, a partir de dicho material. Y a medida que se incorporen estos medios, y la reflexión crítica sobre los mismos, la escuela podrá ir superando la oposición entre aprendizaje escolar y consumo mediático, estimulando en los alumnos un uso más selectivo y reflexivo del consumo cultural.

Educación para la formación de ciudadanía es mucho más que cambiar libros por pantallas o monitores, y requiere conjugar lo mejor de la tradición crítica y de la experiencia pedagógica con las nuevas opciones tecnológicas. En América Latina hay una cobertura escolar cercana a 100 por ciento en educación primaria y en rápida expansión en la secundaria. Es allí donde los niños y jóvenes están institucionalizados y desarrollan diariamente sus procesos de aprendizaje y de interacción entre pares. Es en las escuelas donde el acceso a la información y al conocimiento puede democratizarse.

Myriam Southwell, de la argentina Universidad de Cuyo, señala que no es deseable la “mimetización” de la cultura escolar al formato de los medios, ya que si bien la escuela no parece ser el lugar que se haya consolidado bajo la idea de fomentar el debate, tampoco este parece estar presente en la cultura *zapping* de algunos medios. Pero resulta insoslayable la necesidad de pensar la construcción de nuevas formas de aprender.

Este es un momento en que se están generando transformaciones pedagógicas de gran impacto en nuestra América, y en ello también reside la relevancia del abordaje de las esferas de la política, la pedagogía, la comunicación. Lo pedagógico no se refiere solamente a cuestiones relativas a la enseñanza, sino que este campo debe estar construido discursivamente por una cantidad de componentes que no son, desde el punto de vista disciplinario, estrictamente pedagógicos sino que lo significan y lo articulan políticamente, históricamente, comunicacionalmente.

Hay elementos similares de crisis en los ámbitos educativo y mediático, derivados de su exposición a las presiones hegemónicas y mercantilizadoras. Ariel Jerez y Alfredo Ramos, de la Red Eurolatinoamericana de Sensibilización Social y Comunicación Ciudadana, ahondan en el tema de la *edukomunicación* como iniciativa política enmarcada en la democratización de la comunicación y analizan la posibilidad que para innovar el conocimiento en ciencias sociales tiene el documental social.

Hoy los diferentes ámbitos mediáticos desbordan a las instituciones educativas tradicionales, y generan nuevos entornos educativos difusos y descentrados, que deshabilitan buena parte de su función social.

Para Ismar de Olivera, la *edukomunicación* es el conjunto de acciones inherentes a la planificación, implementación y evaluación de los procesos, programas y productos destinados a crear y fortalecer ecosistemas comunicativos en espacios educativos presenciales o virtuales, así como a mejorar el coeficiente comunicativo de las acciones educativas.

Lago y Alves analizan lo adelantado por la Televisión Educativa de Sao Paulo, Brasil, y señalan que las experiencias que se puedan considerar *edukomunicativas* han recorrido diferentes trayectorias con distintos apoyos y anclajes socioinstitucionales, que han permitido profundizar en distinto grado en el uso tecnológico y reflexivo de los medios como periódicos, fotografía, cine, radios, publicidad, televisión, video o internet.

Desde el punto de vista educativo, el espacio escolar sigue siendo clave para trasladar y asumir los debates con los agentes sociales e instituciones implicadas (familias, maestros, autoridades educativas e instancias sociales y políticas que promuevan la regulación audiovisual). El reto es ampliar el espacio de diálogo-debate-reflexión para ayudar al alumnado a convertirse en un lector polivalente de las diversas narrativas, sean estas educativas, informativas, publicitarias, poético-literarias, científicas, que se cruzan en su vida cotidiana, escritas o audiovisuales.

La educomunicación (el término es objeto de debate teórico-epistemológico) plantea una reconstrucción pedagógica que implica abandonar la lógica competitiva y desconfiada entre lo escrito y lo audiovisual y, como señala Martín-Babero, articular una convergencia reflexiva que desacralice ambos ámbitos y articule sentidos entre las informaciones, los lenguajes y los saberes. Guillermo Orozco indica que se trata de interrogarse por los efectos de estas representaciones en los contextos de los sujetos-educandos, pasando del paradigma de la imitación al de la experimentación y el descubrimiento.

Los mentores de estos planteamientos fueron educadores latinoamericanos identificados con los sectores populares de sus países: del pensamiento del brasileño Paulo Freire sale la base fundamental de la construcción de una subjetividad emancipadora; del uruguayo promotor de las radios comunitarias Mario Kaplún se rescata la premisa de que cuando a los educandos se los instituye y potencia como emisores, logran una verdadera apropiación del conocimiento y generan una trama cada vez más abierta de flujos comunicacionales, entre ellos y con otros espacios sociales.

Son estas perspectivas las que han ayudado a conformar una propuesta que conlleva un rescate de la ciudadanía, que pone en relación conceptos como comunicación educativa, prácticas cooperativas y diversidad cultural, donde la dimensión dialógica se plantea como necesariamente orientada por la solidaridad y afecto por ser una comunicación real.

Esta perspectiva crítica sobre la comunicación y la mediación tecnológica en el aula reformula las relaciones comunicativas –alumno consigo mismo, entre alumnos, entre alumno y profesores, entre alumno y conocimiento, entre alumno y el mundo– y un adecuado uso de esa tecnología audiovisual abre espacios al proceso de aprendizaje, permitiendo seleccionar y revisar en repetidas ocasiones segmentos de la realidad representada, recomponer ritmos de larga o breve duración, o ejemplificar conceptos abstractos –difíciles de aprehender por los educandos– que pueden ser sintetizados, interpretados y/o discutidos en una situación de secuencia.

Los recursos audiovisuales privilegiados en las experiencias educomunicativas han sido la publicidad, los programas de entretenimiento y las películas de ficción, utilizados como referencia para que el alumnado pueda interrogar esa información. El documental social y político no ha tenido mayor suerte en estas iniciativas desarrolladas en varios países desarrollados para la educación secundaria, porque es considerada una narrativa compleja y lenta, ardua y poco atractiva para captar la atención del alumnado más joven, socializado en la narrativa cada vez más espectacular (y llena de lentejuelas) de la industria cultural hegemónica.

Para Jerez y Ramos, lo más interesante del documental como género, es su voluntad de construir una esfera pública, de interpelar públicamente al espectador-ciudadano, a compartir y discutir de cine como vehículo de problemas sociales. Michel Chanan señala que el cine de ficción, en tanto heredero de la novela y el arte dramático de la cultura burguesa, se dirige al espectador como individuo privado, mientras el documental, que está más orientado por lo antropológico, lo social y lo político, se dirige al espectador como ciudadano, como un miembro de la comunidad, como participante putativo de la esfera pública.

Hablando de documentales, cabe recordar que la primigenia voluntad de muchos autores de documentar la realidad, reflejándola o capturándola asépticamente en una imagen en movimiento, fue tempranamente discutida. Y, en relación con las culturas periféricas, María Luisa Ortega indica que la pretendida neutralidad con la que los primeros trabajos etnográficos se plantean mostrar lo “descubierto”, encubre en realidad la superioridad de la mirada colonialista, que perdura como elitismo en las propias oligarquías locales.

Boaventura de Souza Santos destaca que el largo proceso de las luchas por la independencia latinoamericana pone de manifiesto la necesidad de acompasamiento entre redistribución material y simbólica, entre el reconocimiento simultáneo de la necesidad de igualdad y de diferencia, y el ineludible cuestionamiento etnocéntrico del proyecto moderno.

El cine latinoamericano ha tenido una particular presencia en los momentos de alta movilización sociopolítica, en las coyunturas revolucionarias que empujan la construcción de proyectos nacionales y también integradores. En su fase inicial la producción del documental tiene una relación de dependencia con el noticiero, primer gran medio de comunicación política audiovisual, fundamental en la construcción de imaginarios nacionales modernos. Según Paulo Antonio Paranaguá, se nota más en las periferias donde una joven y frágil producción nacional debe competir con los noticieros producidos por los europeos y EE.UU.

Es en los 60 y 70, décadas de movilizaciones, cuando buena parte del cine documental latinoamericano se vincula más directamente a la dinámica de cambio social y político, cuestionando la neocolonización promovida por las transnacionales, rechazando la visión etapista de las teorías desarrollistas (subdesarrollo como antesala del desarrollo), denunciando el entramado de intereses entre oligarquías y elites nacionales y extranjeras, que hace avanzar la dependencia.

Con el surgimiento del Instituto Cubano de Artes e Industrias Cinematográficas (ICAIC), en nuestra América se suceden dos décadas de debates y manifiestos cinematográficos con el tema de cómo poner el cine al servicio de las transformaciones sociales. El cine que se haga cómplice del subdesarrollo, es subcine, decía Fernando Birri. Santiago Álvarez desde Cuba, Octavio Getino y Fernando *Pino* Solanas desde Argentina y Carlos Álvarez desde Colombia, impulsaron reflexiones en torno al compromiso artístico-militante y el cine documental. Paranaguá las define como unas coordenadas ideológicas donde el voluntarismo revolucionario busca la participación activa del público, donde el teatro del oprimido promovido desde Brasil por Augusto Boal se plantea que todo espectador es un cobarde o un traidor.

Las dictaduras militares en las décadas de 1970-1980 lograron que prácticamente desapareciera la producción documental de varios de nuestros países, para reaparecer débilmente en la redemocratización de fines de los 80 y los 90, con una reflexión

evaluadora, recuperadora de la memoria. Es a partir de mediados de los 90 cuando –con horizontes políticos e ideológicos en borrador– el documental socialmente comprometido va ganando fuerza.

Jerez y Ramos recuerdan que la irrupción del zapatismo con el *Chiapas Media Project* llama la atención sobre los silenciados procesos de organización indígena con un nuevo registro ideológico y estético que proyecta la visibilización de las redes de lucha regionales que se benefician con su articulación vía internet.

El abaratamiento de las nuevas tecnologías y la generalización gradual de su uso permite la generación de mecanismos de producción y distribución descentralizada, que cuentan apenas con sectores sensibles (marginales) de la industria televisiva. Lo cierto es que muy pocas veces se logra superar la marginalidad comunicacional a la que los medios comerciales y convencionales confinan el conflicto sociopolítico y étnico-cultural.

Y en este escueto relatorio (la computadora se empeña en escribir “velatorio”) toma especial significado la crisis argentina de diciembre de 2001, donde la presencia social del audiovisual fue protagónica. Equipos gestionados por agrupaciones de cineastas, de medios de comunicación alternativos, estudiantiles, barriales, acompañaron el estallido que demandaba otras formas de democracia y de gobierno.

Channan dice que el documental fue impulsado por la explosión de la realidad, en donde se rompieron los consensos cómplices de los medios convencionales y aparecieron los procesos, hasta entonces negados, que participaban en la construcción de nuevas realidades sociopolíticas.

En el ámbito del llamado cine piquetero argentino no solo se da visibilidad para representar la precariedad de la situación local que potencia la organización barrial y sus iniciativas de presión política, ya que en el nuevo contexto democrático muchas de las imágenes recogidas en las protestas sociales –en diseñadas estrategias de defensa mediática– son parte probatoria en las causas judiciales abiertas contra los excesos represivos.

Y, nuevamente, cuando el golpe de Estado en Venezuela, en abril de 2002, la explosión de la realidad da lugar a importantes documentales, realizados por venezolanos y extranjeros, que sirven de prueba irrefutable del accionar fascista, clasista y racista de quienes quisieron borrar de golpe las esperanzas y el futuro de un pueblo protagonista.

El nuevo cine documental latinoamericano viene mostrando desde hace tres lustros los procesos de desestructuración social y económica y la caída de las condiciones de vida de los sectores populares, poniendo en la mesa temas como la deuda externa, el deterioro ambiental, la exclusión social y la creciente vulnerabilidad de mujeres, niños, indígenas, trabajadores informales, la violencia del narcotráfico y las policías, temas que se abordan desde la perspectiva de la pluralidad de las miradas.

Quizá sea en el ámbito de la educación primaria y secundaria donde podemos situar la mayoría de reflexiones sobre educación y medios, así como muchas de las propuestas que intentan responder a la crisis detectada de la cultura escrita y de autoridad del profesorado.

Pero se debe reconocer que, sobre todo en las universidades, prevalecen perspectivas conservadoras que toman al audiovisual solo como variable explicativa de la crisis de lectura, de problemas de atención, de las aproximaciones segmentadas a la realidad heredada de los medios, del manejo de códigos y lenguajes no académicos.

En realidad estas posiciones parecen esconder el miedo de que los materiales audiovisuales –recursos web, educación a distancia– puedan sustituir la presencia del profesorado en las aulas. Calma: el uso reflexivo del audiovisual no implica la sustitución del profesorado sino su inclusión en una práctica pedagógica diferente, que demandará mayores esfuerzos profesionales.

Por ejemplo en Europa –señalan Jerez y Ramos– hay aproximaciones voluntaristas, bastante aisladas, diseñadas e implementadas desde la intuición, donde las virtualidades y el despliegue de esta herramienta reflexiva no se abordan con la sistematicidad

metodológica y prospectiva que le correspondería a su inserción en un espacio de educación superior donde convergen la investigación y la docencia.

Para la brasileña María Isabel Leao se trata de desarrollar ámbitos de educación y ciudadanía dentro del proceso de aprendizaje desde la idea de que el aprendizaje individual es, en buena medida, inseparable de la construcción colectiva del conocimiento, que constituye el contexto, la plataforma y el apoyo básico para que cada alumno pueda avanzar en su propio conocimiento.

Esta forma de entender la interacción entre documental y aprendizaje debe tener en cuenta, añade, que educarse implica desarrollarse en multitud de flujos comunicativos. El sistema será más educativo cuanto más rica sea la trama de acciones comunicacionales que ponga a su disposición, promoviendo el desarrollo de las competencias educativas de los sujetos inmersos en el proceso educativo.

La idea de que el documental tiene la particularidad de dirigirse al público (en este caso al educando) como ciudadano, obliga a interrogar sobre el sentido de la producción de conocimiento en las ciencias sociales, dentro de las nuevas lecturas sobre emancipación y el cambio social, desde la necesidad de la (re)construcción de ciudadanía, de lo público, lo colectivo y lo comunitario.

¿Tenemos documentales en América Latina? Sí y no. Hay cerca de dos centenares –en cine y video– sobre la memoria histórica reciente, de distinta calidad, de diferente formato, con discursos diversos, realizados en los últimos veinte años. En general, no hay seriados de documentales sobre una misma temática y menos desde una mirada emancipadora.

Lo que hay no alcanza para hablar de una política de la educación. Hay quienes en América Latina tratan de desarrollar redes de producción y capacitación comunicacional del movimiento indígena y afroamericano, la presencia del movimiento ecologista que revisa la idea de sustentabilidad heredada del Norte, las múltiples –plurales, diversas– miradas sobre los efectos de la globalización y la resistencia de nuestros pueblos; el nacimiento de

desarrollos endógenos; la solidaridad como premisa de la integración; las reformas estructurales de nuestros Estados en busca de la participación ciudadana en una nueva institucionalidad...

Por ejemplo, es necesario seleccionar documentales para que los educandos puedan entender qué nos quieren imponer con la globalización liberal, donde con fines pedagógicos se organice la problemática de una serie de procesos sociopolíticos, culturales, económicos. Y como lo propone la red estatal española, reunirlos en ejes: territorios, migraciones e interculturalidad; violencia, pobreza y derechos humanos; crisis del trabajo, modernización económica y organismos internacionales; medio ambiente, recursos naturales y sustentabilidad; participación, dinámicas comunitarias y movimientos sociales; innovación política y reconstrucción político-estatal.

La metodología de trabajo relaciona la información aportada por los documentales con la generada en el marco académico sobre los mismos procesos que se enmarcan. Los documentales deben ser tomados como fuente de información, a veces más veraz que los textos, que deben ser analizados con una mirada trans-interdisciplinaria, colectiva, de participación. Inclusive de debate de ideas.

Desde la perspectiva de la democratización de la comunicación, se deben buscar articulaciones y alianzas con los medios de comunicación –públicos, privados, comunitarios–, con la producción cultural, con las políticas culturales y con los sistemas educativos para potenciar el acceso a los medios de comunicación y la circulación de productos culturales en mercados políticamente alternativos, elaborados por productores de movimientos y organizaciones sociales, sostiene James Curran.

TELEVISIÓN DIGITAL

*Estos asuntos de economía y finanzas son tan simples
que están al alcance de cualquier niño.*

Solo requieren saber sumar y restar.

*Cuando usted no entiende una cosa, pregunte
hasta que la entienda.*

Si no la entiende es que están tratando de robarlo.

*Cuando usted entienda eso, ya habrá aprendido
a defender la patria en el orden inmaterial
de los conceptos económicos y financieros.*

RAÚL SCALABRINI ORTIZ

Esta vorágine de cambios tecnológicos pareciera no tener fin. Por suerte. El modelo actual de televisión tiene los años contados. En Estados Unidos, Europa y Japón la televisión digital ya es una realidad, y está golpeando la puerta para entrar a nuestra región. El nuevo sistema modificará los hábitos de los televidentes, pero también significará un rediseño del negocio y necesariamente de las normas de control por parte de los Estados.

Tengamos algo en claro: la televisión digital por sí misma no significa, de ninguna forma, la democratización del espectro televisivo o radioeléctrico, si no se cambia el sistema de concesión de frecuencias. La implementación de estos cambios, que las transnacionales presentan como parte de la llamada convergencia mediática, no depende solo de reconversiones tecnológicas, sino principalmente de decisiones políticas.

La decisión sobre la "modulación", la tecnología de transmisión que es el elemento básico de un sistema de TV digital, no pondrá fin a las polémicas, ya que esas cuestiones de política cultural y también económicas serán afectadas por otros dilemas.

La batalla actual en el área de las comunicaciones en el mundo es por adoptar ya o postergar una decisión entre las tres tecnologías de punta existentes (los patrones ISDB, de Japón, DVB, de Europa, y el ATSC, de Estados Unidos), pero el debate sobre la televisión digital comprende varios dilemas y disputas que se prolongarán por años. Se trata de la reconversión de un negocio que posee un mercado regional potencial de 800 millones de personas.

Funcionarios argentinos y brasileños respaldaron durante años la idea de tomar una decisión conjunta o avanzar hacia un sistema común sudamericano, como respaldo al Mercosur. Incluso Brasil invirtió millones de dólares en adelantar un modelo propio. Todo parecía encaminarse hacia un debate constructivo en América Latina hasta que el gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva eligió el modelo desarrollado por Japón.

Las presiones de los gobiernos y empresas transnacionales vinculadas a cada alternativa son fuertes. El modelo que adopte Brasil significará prácticamente conquistar el resto del mercado de

América del Sur, pues es una tecnología que necesita escala y por ello no deja margen de opción a los países vecinos más pequeños. Nuevamente Brasil impone su vieja política de los hechos consumados, elaborada por Golbery do Couto e Silva durante el último gobierno militar.

Algunos países, como México, ya optaron por la norma estadounidense y se fijaron plazo para que en 2012 ningún sistema de televisión, sea cerrado o abierto, se siga transmitiendo en analógico. Por ello la urgencia del gobierno de Vicente Fox de aprobar la llamada Ley Televisa, que aseguraba el duopolio en ese país, pero que en junio de 2007 puso en vereda la propia Corte Suprema de Justicia.

Durante la presidencia de Carlos Menem, el gobierno argentino había optado unilateralmente por la norma estadounidense, pero los sucesivos gobiernos echaron por tierra esa decisión. De todas formas, los dos principales canales de televisión argentinos están realizando pruebas desde hace más de ocho años con el formato estadounidense.

La televisión digital permite optimizar la calidad de imagen y sonido, multiplicar la cantidad de canales de aire disponibles y sumar una plataforma interactiva (pague por ver, mensajes, juegos), está calificada para transmitir datos de todo tipo y personalizar la información, además de brindar la oportunidad de acceder a internet.

Como los sistemas más codiciados en la región son el estadounidense y el europeo, los representantes de los patrones ATSC y DVB enviaron a nuestros países especialistas para presionar a los gobiernos para que adopten las normas que cada uno de ellos auspicia, que en definitiva no es más que un negocio multimillonario a través de la compra de decodificadores o de televisores idóneos para recibir la señal digital.

Para muchas empresas sudamericanas el formato europeo surge como el más conveniente para la televisión abierta (podría brindar cuatro señales por canal y no solo una de alta definición como con el formato estadounidense) y las operadoras de telefonía celular, transnacionales que comenzarían a lucrar también con este

negocio, si los gobiernos no logran coordinar una megaempresa multiestatal que, asimismo, garantice una real democratización del espectro.

Desde los canales de televisión privados no se comprende aún la dimensión de la transformación que la televisión digital va a generar en la industria, con un cambio radical, sobre todo porque la multiplicación de canales significará la necesidad de más y más contenido, que ya ni la industria estadounidense está en condiciones de proporcionar.

No tiene sentido la creación de nuevas plataformas si no somos capaces de generar nuevos contenidos de acuerdo con esas plataformas. Intentar replicar los contenidos existentes en otras plataformas no sirve, y el desafío será producir contenidos específicos para plataformas específicas, para una audiencia que por varios años será de alto nivel adquisitivo y la más ligada a las nuevas tecnologías

Las empresas emisoras en Brasil (en especial Rede Globo), con el apoyo del ministro de Comunicaciones, Helio Costa, estuvieron de acuerdo en la adopción de la tecnología japonesa, argumentando que se trata de la única que asegura alta definición de imagen, interactividad y transmisión a receptores móviles, incluyendo el teléfono celular.

Estos argumentos no ocultan una segunda disputa económica, entre las emisoras de televisión y las empresas de telefonía móvil. La alternativa japonesa permite a la televisión prolongar su sobrevivencia en el proceso de la convergencia entre radiodifusión y telefonía, explicó Carlos Ferraz, director adjunto del Centro de Estudios y Sistemas Avanzados de Recife. Los demás modelos favorecerían a las compañías telefónicas en la transmisión de contenido audiovisual a los teléfonos celulares, un mercado que las redes de televisión –en este caso hablamos de Rede Globo– quieren mantener bajo su dominio.

Según el brasileño Mario Osava, la competencia sería desigual, ya que las firmas de telefonía disponen de mayor poder económico, con una facturación catorce veces superior a las emisoras de TV en

Brasil. Además, las firmas telefónicas son transnacionales, dejando servido un argumento nacionalista a las empresas de televisión, donde la participación extranjera está limitada por la Constitución a un máximo de 30 por ciento del capital accionario. Por ende, la entrada de las empresas telefónicas en el negocio de la televisión exigirá al menos una enmienda constitucional en Brasil, un factor que pesa en la pelea.

Para la agencia de noticias Inter Press Service, de todas formas serán necesarios cambios legales, porque cada emisora solo puede obtener la concesión de un canal, es decir, una faja de seis megahertz de frecuencia electromagnética, y necesitarán por lo menos dos durante la transición, en un período de diez a quince años en la que convivirán transmisiones digitales y analógicas, según estiman los expertos.

Esas cuestiones exigen que se apruebe, antes de una decisión sobre tecnología, un marco regulatorio, incluyendo una ley de comunicaciones que sustituya el sobrepasado código de 1962, o habrá un caos legal en el sector, advirtió la diputada Jandira Feghali.

Sin embargo, el debate se concentró en la opción tecnológica, supeditando los aspectos principales del tema, que es el modelo de explotación de la televisión digital en el país, que definirá el papel de los actores y una política industrial para aprovechar la oportunidad que propiciará la nueva tecnología.

Aprovechar las inmensas posibilidades que ofrece la digitalización televisiva para democratizar las comunicaciones en Brasil, prorrogando el debate para profundizarlo, es la bandera del llamado Frente Nacional por un Sistema Democrático de Radio y TV Digital, conformado por numerosas organizaciones y personalidades que en mayo de 2007 ganó una batalla y recibió el espaldarazo del gobierno, con el lanzamiento de la televisión nacional pública.

Su objetivo es permitir que dispongan de canales de televisión abierta las emisoras estatales, como las que están bajo control del Poder Legislativo, las del área educativa, culturales y comunitarias, hasta ahora excluidas de ese medio de comunicación y arrinconadas en la televisión para abonados (en general de cableras), de audiencia limitada a los sectores ricos de la sociedad.

Las emisoras de televisión, al intentar mantener el casi monopolio de la comunicación audiovisual en Brasil, presionaron a favor del patrón japonés y buscaron mantener el dominio del espectro electromagnético, en desmedro de competidores eventuales y de la sociedad.

PRENSA ALTERNATIVA... ¿A QUÉ?

Aquellos que durante años hemos militado en la concepción de la comunicación alternativa no hemos sabido hacer bien nuestras tareas. Vamos perdiendo –por goleada– la batalla de las ideas, conceptualmente y en el campo de batalla. Pero ya es hora de pensar en grande, de construir medios de comunicación audiovisual hemisféricos que difundan una visión real de nuestra diversidad social y cultural.

Debemos tener en claro que hemos sido entrenados para pensar que comunicación alternativa significa comunicación marginal. Pero hoy debemos cambiar estos paradigmas y asumir que la única forma de plantearse la batalla de las ideas, es con una estrategia comunicacional masiva, que sea realmente alternativa al bombardeo constante, hegemónico, que nos llega desde el Norte.

Los medios comunitarios son un paso en la dirección de la democratización, pero por sí mismos no son suficientes. Podemos tener centenares de medios comunitarios, pero si 93 por ciento de la audiencia está controlada por una estructura monopólica de los medios corporativos, comerciales, será poco lo que habremos avanzado en la dirección de la democratización.

Más allá del soporte utilizado, los llamados medios alternativos se mueven en una franja de modalidades según contemplen mayor o menor participación de los ciudadanos, mayor o menor democracia en su funcionamiento y tipo de relación con elementos potencialmente distorsionadores, como la publicidad y las administraciones.

Muy participativos pueden ser una radio que dé paso con mucha frecuencia a la audiencia o, en internet, un sistema para que los lectores puedan sumar sus artículos o informaciones. En internet, otros han optado por un modelo más moderado de participación, donde los textos son colocados siempre por el colectivo editor, dejando libertad para los comentarios. Un medio alternativo por internet tiene una ventaja –el bajo costo– y una gran desventaja: no llega a las grandes mayorías.

Suena bonito esa participación pero tiene sus inconvenientes: ausencia de control sobre la calidad y autenticidad de los contenidos, y debilidad democrática en la medida en que un grupo

organizado puede tomar el control de la colocación de noticias o de los comentarios. No obstante, es una forma muy valiosa de permitir la expresión de la ciudadanía.

Los medios que no se sirven de Internet tienen el problema histórico de cómo afrontar los gastos de puesta en marcha y funcionamiento, lo que significa definir asimismo la relación con el dinero. Pero ese no es el único problema, porque para sobrevivir un medio alternativo debe dotarse de un modelo organizativo firme y serio. Asimismo, deberá decidir cuál será la forma de selección de noticias, qué relación tendrá con los movimientos o grupos sociales, la calidad de sus contenidos, la línea editorial o ideológica, el ámbito informativo: si quiere dirigirse a los convencidos, al ciudadano medio, a la gente de la comunidad, o al mundo entero.

No cabe duda de que para integrarnos primero debemos conocernos, luego reconocernos.

Los analistas sostienen que estos medios alternativos se caracterizan por estar repletos de panfletos y exabruptos, desahogos y frustraciones. Por eso insisto en la necesidad de ser muy exigentes con los contenidos, con argumentos, investigación, datos, interpretación, análisis, debate. Surge entonces el problema de la pluralidad, una vez definidos los márgenes editoriales, políticos, ideológicos. El problema no es estar de acuerdo con lo que dice el contenido sino en estar de acuerdo en publicar el contenido por su calidad.

Todavía en muchos países de nuestra América se criminaliza a la llamada prensa alternativa y sobre todo a las radios y televisoras comunitarias, independientes, campesinas, indígenas. Pero también hay algunos pasos que los Estados han dado en la primera mitad de 2007, que parecen, al menos, halagüeños.

Por ejemplo, en México, al anular la Suprema Corte de Justicia la subasta pública de las concesiones de radio y televisión, así como el refrendo de las mismas a perpetuidad y con la viabilidad y aseguramiento de las radiodifusoras permissionadas, llámense comunitarias, indigenistas, culturales o del Estado, mandó para siempre a la basura la llamada Ley Televisa.

La corte mexicana canceló por inconstitucional las concesiones a perpetuidad, en una decisión que apunta evidentemente a evitar la concentración de estaciones de radio y canales de televisión en unas poquísimas manos, en el dupolío Televisa-Azteca. Además, por la subasta pública para obtenerlas pudiera llegar el capital extranjero (limpio y *non sancto*) a una industria que hasta ahora presume de ser ciento por ciento mexicana.

La Corte consideró que la subasta era contraria a las libertades de prensa y expresión al concentrar en pocas manos tan valiosos instrumentos de comunicación y, lo más significativo, que con una normatividad se evitaba que los verdaderos comunicadores pudieran acceder a esos medios para que solo por lucro los administraran y explotaran los mercaderes de la comunicación.

Asimismo, el 5 de junio de 2007, el parlamento uruguayo aprobó un proyecto de ley respaldado por radialistas, sindicatos y organizaciones populares, que regula y reconoce la existencia de un tercer sector en la radiodifusión: la radio y TV comunitaria, que será ofrecido por asociaciones civiles sin fines de lucro.

En la ley se destaca el reconocimiento a que la radiodifusión es un soporte técnico para el ejercicio, preexistente a cualquier intervención estatal, del derecho humano a la libertad de expresión y la libertad de información.

El espectro radioeléctrico será considerado como un patrimonio común de la humanidad sujeto a administración de los Estados y por tanto el uso equitativo de las frecuencias de toda la sociedad uruguaya constituye un principio general de su administración, señala la norma.

Entre los principios rectores destaca la promoción de la pluralidad y diversidad como un objetivo estratégico; la no discriminación y garantías para una igualdad de oportunidades para el acceso y la transparencia y publicidad en los procedimientos y condiciones de otorgamiento.

El texto de la ley define a las radios y televisoras comunitarias como servicios no estatales de interés público, prestado por asociaciones civiles sin fines de lucro y orientado a satisfacer las

necesidades de comunicación social y habilitar el ejercicio del derecho a la información y libertad de expresión.

Expresamente señala que no existen limitaciones previas ni arbitrarias al ejercicio de la libertad de expresión por medios comunitarios, tales como potencia, cobertura territorial o de cantidad de emisoras por localidad.

La ley establece por primera vez en Uruguay el otorgamiento a frecuencias por concursos abiertos, transparentes, públicos y no discrecionales, previa audiencia pública, y establece una reserva de espectro para medios comunitarios y otros no comerciales.

Y, siguiendo las buenas prácticas de las legislaciones de Colombia, Ecuador, Venezuela, Bolivia y Perú, no se confunde su carácter no lucrativo con la capacidad de obtener recursos económicos para su funcionamiento.

Para asegurar su derecho a asegurar su sustentabilidad económica, independencia y desarrollo, el texto uruguayo habilita a las emisoras comunitarias a obtener recursos, entre otras fuentes, de donaciones, aportes solidarios, auspicios, patrocinios y publicidad incluso oficial, de la cual no serán discriminadas, los que deberán invertirse en el funcionamiento y mejoras en la prestación del mismo y el desarrollo de los objetivos del Servicio de Radiodifusión Comunitaria.

DESALAMBRAR LATIFUNDIOS MEDIÁTICOS

*Caminar a solas es posible,
pero el buen peregrino sabe que el camino
es largo y requiere compañeros.*

HELDER CÁMARA

Esta América Latina –que bastante ha cambiado en el último lustro– está pariendo nuevas formas de integración, superando los modelos meramente económico-comerciales. Y dentro de todas esas cosas que creíamos imposibles hace apenas unos años, surge un proyecto de integración comunicacional: La Nueva Televisión del Sur, más conocida como Telesur.

Telesur es, sin dudas, un proyecto político y estratégico. Después de décadas de progresivo vaciamiento –y privatización– de los Estados nacionales, estos, impulsados por colectivos cada vez más maduros políticamente, recobraron su papel para impulsar la construcción de un medio de comunicación audiovisual hemisférico, con la misión de difundir una versión real de la diversidad social y cultural de América Latina y el Caribe, para ofrecerla al mundo.

El objetivo es el desarrollo y la puesta en funcionamiento de una estrategia comunicacional televisiva hemisférica de alcance mundial que impulse y consolide los procesos de cambio y la integración regional, como herramienta de la batalla de las ideas contra el proceso hegemónico de globalización.

Telesur es una herramienta para coadyuvar a la integración latinoamericano-caribeña y a la vez la alternativa a la hegemonía comunicacional, al pensamiento y la imagen únicos.

No se trata solo de una herramienta, sino de recobrar la palabra que había sido secuestrada durante más de tres décadas por dictadores, políticos corruptos y genuflexos ante el gran capital, y los eternos “expertos” que convalidaron el saqueo de nuestras naciones y quisieron convencernos de que con la entrega y la globalización todo iba a ir mejor. Gracias a ellos, una enorme parte de los latinoamericanos hoy está excluida de la educación, de la atención sanitaria, de la simple vida ciudadana: son invisibles a las estadísticas y millones de ellos ni siquiera tienen documentación.

Desde hace décadas (la mayoría de) nuestros intelectuales y académicos habían hecho mutis por el foro, se refugiaron en puestos académicos o burocráticos, en parcelas de investigación, y dejaron la cosa pública en manos y, sobre todo en boca, de políticos y “expertos” que impusieron su potencial de ser los únicos profesionales de la

palabra con derechos a dar visiones y versiones de la realidad. O mejor dicho, de una realidad acomodada a los intereses de los poderosos.

Hoy se quiere reducir la realidad a la actualidad de los descontextualizados noticieros de televisión, que cada día se van pareciendo más a las telenovelas. Es que tratan de desprendernos de nuestra historia, quieren borrar nuestras huellas para que no sepamos de dónde venimos. Si no sabemos de dónde venimos no sabremos a dónde ir, ni vamos a enterarnos de cuál es nuestro otro destino posible. Se vende la actualidad como si fuera un destino y es un destino armado, decía, al modo de una telenovela.

El futuro hay que imaginarlo. El fin de la historia nos condenó a padecer el futuro como una repetición del presente. Y nosotros nos oponemos a la mera idea de que los latinoamericanos vayamos a ser apenas sombras de cuerpos ajenos. Aquí la historia no terminó: recién está comenzando.

Estamos convencidos de que no hay ninguna forma de cambiar la realidad si no comenzamos a verla como es, porque para poder transformarla hay que empezar por asumirla. Ese es el problema mayor que tenemos los latinoamericanos: hemos estado ciegos de nosotros mismos. Eduardo Galeano dice que por más de quinientos años hemos sido entrenados para vernos con otros ojos, con ojos de extranjeros.

Hoy comenzamos a vernos con nuestros propios ojos, cansados de que nos expliquen quiénes somos, cómo somos, qué debemos hacer. Desde el Norte nos ven en blanco y negro –sobre todo en negro: solo aparecemos en las noticias si nos ocurre una desgracia– y, en realidad, somos un continente policromático, en *technicolor*. Comenzamos a vernos con nuestros propios ojos, a reconocernos, para poder integrarnos.

Se trata de recobrar la palabra, de recuperar la memoria, las tradiciones, nuestros propios conocimientos ancestrales. Es hora de despertar, de mirarnos al espejo y pasar del eterno diagnóstico inmovilizador a la acción.

Hay quienes dicen que otro mundo es posible. Quizá tengan razón. Pero nosotros, los latinoamericanos y caribeños hace muchos

años que sabemos que otro mundo no es posible sino necesario, imprescindible, y que debemos construirlo todos los días, y todos juntos, unidos. La política de dominación y expoliación, ha sido, por 514 años, la de dividirnos.

Y estamos convencidos que no podemos coadyuvar a este proceso de integración regional que avanza impulsado por nuestros Estados y también por los movimientos sociales que reclaman la unidad, si no nos conocemos entre nosotros.

La cultura contemporánea empuja a la gente a la soledad y a la violencia. Hoy ser niño en una ciudad latinoamericana es muy difícil, porque el que no es preso de la necesidad está preso del miedo. Hay quince millones de niños abandonados en nuestras ciudades, obligados a sobrevivir al delito, que es, según Galeano, la única forma de iniciativa privada que les está permitida.

De cada tres niños que nacen en nuestra región, uno muere antes de los cinco años y la mayoría de los que sobreviven están condenados a ser delincuentes de seis, siete o diez años, a morir de bala o de droga. Y los otros niños están presos del miedo en sus casas, por una televisión que los atrapa en su imposibilidad de hacer, por el miedo de nacer, a vivir, a cambiar, a caminar con las propias piernas. Para Galeano, esta televisión que forma consumidores, te amaestra para la parálisis y después te vende las muletas.

Sabemos que desde el Norte, nos bombardean con una gran cantidad de información-basura que solo sirve para desinformarnos y sentirnos dependientes. Sabemos de Chechenia, pero no conocemos siquiera nuestro reflejo y mucho menos a nuestros vecinos.

No creemos en la esperanza a medida, dogmática. Creemos en la esperanza viva, en la vida. Por eso es necesario, imprescindible, Telesur: un canal para tender nuevos puentes, para construir espacios de integración, de encuentro, de afectos. Es un lugar para descubrirnos, querernos y reinventarnos a través de una lente propia, escapando de los estereotipos que nos han enmarcado las miradas de otros. Con un lenguaje propio, con una identidad visual que nos permita mirarnos desde una perspectiva diferente: la nuestra.

Latinoamérica es un continente en gerundio, en permanente construcción. Es un territorio que ebulle y se inventa, repleto de contradicciones, alegrías, texturas, rosas y colores; de luchas, fracasos, frustraciones y riquezas, de intentos, de historias, de glorias, de verde, de luz, de agua, de dignidad y, sobre todo, de una fuerza vital incontenible.

Insisten en preguntarnos quién garantiza que como empresa multiestatal, Telesur no se vuelva un canal propagandístico, gubernero. Y respondemos que nadie. Nadie más que la credibilidad de unos Estados maduros que reivindican su papel político e histórico para rescatar el espacio público, nadie más que la credibilidad de un proyecto que está sustentado en la diversidad, la pluralidad, la lucha por los cambios y por la integración, como alternativa al mensaje hegemónico y monocorde de las transnacionales de la comunicación.

Frente al intento de imponer un pensamiento, un mensaje, una imagen únicos, Telesur surge en plural, reivindicando el nosotros, el sueño colectivo de una América. Pero, lo grave es tener la verdad y compartirla apenas con uno mismo.

Somos conscientes de que la información que nos llega del Norte está contaminada con una serie de medias verdades demostrables factualmente, tergiversación, manipulación.

Telesur es una estructura de alcance mundial y alta calidad para la transmisión de contenidos progresistas, para ofrecer las realidades del continente de forma inmediata, veraz, creíble, balanceada, contextualizada, que favorezca matrices de opinión favorables a la integración de nuestros pueblos, para difundir perspectivas diversas y plurales en torno a los grandes temas y preocupaciones que afectan a los colectivos, para el fomento del debate y la conciencia crítica ciudadana.

Se trata de promover la diversidad cultural a fin de fortalecer la memoria histórica y la identidad colectiva de nuestros pueblos, de fomentar la participación protagónica, la organización y articulación de los pueblos mediante la creación de espacios para la difusión de las voces de nuestras organizaciones sociales. Se trata

de democratizar la producción de contenidos para garantizar esa diversidad y pluralidad.

Decíamos que hay quienes se “preocupan” por la independencia política y editorial de Telesur. Incluso, la Cámara de Representantes de Estados Unidos dio a conocer una resolución presentada por el representante republicano de Florida, Connie Mack –antes incluso que hubiera programación de Telesur en el aire– descalificando al canal latinoamericano. El mismo legislador que en junio de 2007 insistía en reclamar fondos para bombardear a Venezuela con información *made in Washington* y, quizá tratar de lanzar un Telenorte, un canal desde Estados Unidos disfrazado de latinoamericano.

Lo mismo que vienen haciendo en diversos países de nuestra región los grupos monopólicos y/u oligopólicos, coincidentemente dueños también de los medios comerciales de comunicación social.

Es más, han llegado a perseguir y a amenazar a los periodistas y corresponsales de Telesur por el delito de visibilizar la realidad que ellos insisten en ocultar.

Pero eso era obvio y esperable: comenzamos a desalambrar los latifundios mediáticos latinoamericanos en el camino de la democratización del espectro televisivo en nuestra región. Era obvio y esperable: después de más de cinco siglos se está terminando la afonía de las mayorías, y aquellos que nunca tuvieron voz ni imagen hoy las comienzan a tener.

Sabíamos que otro tipo de comunicación era necesario, imprescindible, urgente. Pero muchos dudaban de que fuera posible. Hoy Telesur es, precisamente, la demostración de la factibilidad de un medio alternativo al mensaje hegemónico del Norte.

Un medio masivo y no marginal. Por ello la meta debe ser crear muchos telesures, en el camino de la democratización del espectro televisivo latinoamericano-caribeño, en la necesidad de afianzar nuestras democracias y hacerlas más justas, equitativas, participativas, diversas y plurales. Democracias con todos y para todos, con ciudadanos informados y con conciencia crítica.

ESPACIO PÚBLICO, INTEGRACIÓN COMUNICACIONAL

La necesidad de romper con el monopolio informativo fue analizada en la decimoctava reunión de la Organización de la Unidad Africana (OUA), que se realizó en 1980. Allí se juzgó inaceptable que las naciones del continente debieran enterarse de lo que acontecía en un país vecino, e incluso en su propio país, mediante despachos periodísticos procesados previamente en Londres, Washington o París.

Allí, el presidente de Tanzania, Julius Nyerere, apuntó con exactitud que a los habitantes del Tercer Mundo debían dejarlos votar en las elecciones de Estados Unidos, porque la opinión pública de esos países estaba saturada de información sobre los candidatos a la Casa Blanca, a un nivel al menos semejante al de los ciudadanos estadounidenses.

A.A.

Siempre, desde la Conquista, se manejó la idea de la necesaria división de América del Sur. En realidad, esta idea nació apenas dos años después del así llamado “descubrimiento”, en 1494, cuando Portugal y España celebraron el Tratado de Tordesillas, trazando una línea de polo a polo 370 leguas al oeste del archipiélago de Cabo Verde. Las tierras que estaban al occidente de la línea pasaban a pertenecer a los reyes de Castilla y Aragón; las que estuvieran al oriente, a Portugal.

Y todas las tierras “descubiertas” después de 1494 se repartieron de esta forma, de antemano. La grieta, la fisura, aparece incluso antes de la existencia formal-occidental, oficial, del continente. Como dice Eugenio Bucci, ex presidente de la estatal brasileña Radiobras, al mejor estilo lacaniano, el muro divisorio en Sudamérica es un trauma originario que, algo desfigurado hoy día, seguía manteniéndose al final del siglo XX: unos hablan español, otros portugués.

Mientras se firmaban los Tratados de Tordesillas en 1494, de Madrid en 1730 y de San Ildefonso en 1777, que dividían territorios entre los imperios de España y Portugal, los bandeirantes ampliaban a sangre y fuego la Amazonia durante los siglos XVII y XVIII, e implantaban fuertes militares en el Tabatinga, para tomar posesión. Y desconocieron los acuerdos sobre devolución de territorios que se fueron firmando en el proceso de demarcación limítrofe.

Esta referencia es un antecedente interesante en las difíciles relaciones que ha tenido Brasil con sus vecinos andino-amazónicos, ya que las querellas habían comenzado con esas avanzadas militares portuguesas sobre los territorios amazónicos españoles. Las disputas continuaron con la política de asentamientos conducida por Brasil en amplios sectores amazónicos, política coronada con negociaciones con Perú (siglo XIX) y Ecuador (siglo XX), donde concretó el reconocimiento de sus incursiones.

Luego, entre 1950 y 1970, aprovechando su poderío militar y la estrecha relación que mantenía con el gobierno de Estados Unidos, Brasil penetró y articuló la Amazonia mediante el Plan Alto Central, que incluía las cuencas hidrográficas del Río de la Plata, el

Amazonas y el San Francisco, y la explotación amazónica intensiva con la instalación de numerosas empresas (muchas de ellas extranjeras): el corolario fue una enorme depredación forestal y amplios desplazamientos de grupos indígenas.

Brasil siempre sostuvo la estrategia de los hechos consumados: mientras negociaba, seguía aplicando sus políticas. El plan de integración vial incluía la vinculación del polo industrial del sudeste (Paraná, Santa Catarina y Rio Grande do Sul) con los principales centros urbanos del noreste, el traslado de la capital a Brasilia y su vinculación por tierra con Belém do Pará, la conversión de Manaus en zona franca y el desarrollo de proyectos agropecuarios en la Amazonia.

Junto a ello se realizó la construcción de la carretera transamazónica paralela al río Amazonas, en dirección este-oeste desde Recife, sobre el Atlántico, hasta Cruzeiro do Sul, cerca del Perú, y de la carretera periférica del norte que bordearía las Guayanas (Guyana, Surinam y Guayana Francesa), Venezuela, Colombia y el noreste de Perú: esta última no llegó a concretarse.

El disgusto de los países andinos y amazónicos con Brasil se agudizó en las décadas de 1960 y 1970 ante el rechazo de parte de este de una carretera marginal de la selva, para unir las regiones selváticas de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, para conectarla con los principales puertos del Pacífico.

Y, como siempre, el disgusto daría lugar nuevamente al temor cuando el alza de los precios del petróleo, en la década de 1970, llevó a Brasil a interesarse nuevamente en sus vecinos andinos, poseedores de recursos energéticos y a hablar de posibilidades para establecer corredores interoceánicos.

La idea de integración en nuestra región, en Sudamérica, aparece mucho después, primero por el lado español, a comienzos del siglo XIX, en las campañas libertadoras del yugo colonial de la mano de Simón Bolívar, José de San Martín, José Artigas, héroes fundadores de esa idea de una sola nación libre. Es la causa libertadora.

Y desde entonces se recrea una dinámica del ser americano polifónica, sin centro preciso y bastante ubicua, basada en

tradiciones históricas, la literatura, la danza, la poesía, el cine, la música, el folclore, la comida y la arquitectura sobre las cuales la identidad colectiva se ha ido tejiendo.

El final del siglo XX nos encontró metidos en la dinámica neoliberal de los mercados, y las inversiones y emprendimientos transnacionales impusieron modificaciones profundas en una América del Sur que debía integrarse comercialmente para poder ser absorbida y dominada desde el Norte. Es la causa capitalista.

El ex presidente argentino Juan Domingo Perón decía –refiriéndose a los pueblos latinoamericanos– que el año 2000 nos encontraría “unidos o dominados”. Uno de sus sucesores, Carlos Menem intentó corregir la máxima peronista por un 2000 “unidos y dominados”, tal como lo quería el neoliberalismo y el gran capital.

Lo cierto es que en casi todos los aspectos, la historia de nuestra colonización es de división, de fragmentación, de aniquilamiento de nacionalidades, en pos de la dominación y la depredación. Por ello, la vertebración de una América del Sur presupone la negociación y configuración tanto de un modelo político de unión como de un modelo de preservación de las identidades culturales.

Lentamente, la aproximación comercial entre los países sudamericanos se va manifestando en el ámbito cultural aunque muy superficialmente, a través de tratados para la producción cinematográfica y festivales de producción audiovisual, pero siempre como expresiones periféricas de un movimiento económico más profundo, que poco tiene que ver realmente con la cultura.

El hecho de que los bienes culturales sean también considerados como mercaderías, y de que su circulación sea condicionada por leyes de mercado, explica la manera como la cultura ha sido registrada como un ítem de producción y consumo.

Bucci señala que la comunicación, entendida no como negocio y mucho menos como tecnología sino como el compartir de sentidos y de significados entre agentes sociales, tampoco ha desempeñado una función de protagonista en estos procesos, lo que no tiene nada de casual.

Casi siempre ha habido desprecio por la cultura y la comunicación. Igual sucede hoy en las negociaciones del Mercosur. Pero hay que tener en cuenta algo: no habrá integración si esta no es consolidada por las relaciones propias de la cultura y de la comunicación.

Esta percepción se torna más grave cuando está en curso el surgimiento de un espacio público internacional en América del Sur, que solo puede existir cuando es amparado por una red de relaciones políticas, económicas y por algún nivel de institucionalización.

El espacio público es una esfera constituida por la formulación compartida de sentidos y significados comunes de sus gentes, sus sujetos, sus ciudadanos, referente a temas que involucran a todos, de forma simultánea. En resumen, un espacio público es un espacio constituido por las relaciones de comunicación y tiene lugar en las prácticas sociales de la cultura.

Y la comunicación se vuelve esencial para estos procesos, llenos de negociaciones regionales, con actores de diversas nacionalidades. Surgen vehículos electrónicos, gráficos, audiovisuales, de naturaleza jurídica pública o privada.

El desafío, ahora, es saber qué carácter tendrá y cuál es la mejor forma de actuar referente a su constitución: si tendrá un repertorio más dedicado a temas y causas públicas, comprometido con la aclaración de los derechos, dedicado a promover las diversidades culturales independientemente de sus valores de mercado, o si será una continuación automática de la gramática comercial de la mayor parte de los medios –comerciales– que actúan hoy en Sudamérica.

Otra interrogante que sigue –lamentablemente– en pie es si el espacio público sudamericano será una invitación a la integración o será apenas un palco para la competencia comercial o política entre países o grupos de países y grandes empresas. Porque de ello depende que no implique dominaciones ocultas, supresión de identidades culturales, obstrucción de oportunidades para ciudadanos de diversas nacionalidades.

Hay algo importante que es la definición de espacio público y la interesada diferenciación que desde sectores académicos se quiere hacer entre lo estatal y lo público. El primer Foro Brasileño de TV

Públicas, finalizado en mayo de 2007 tras nueve meses de debates definió que espacio público es el que integran las televisoras estatales, regionales (estadales, municipales), legislativas, judiciales, universitarias, educativas y también las comunitarias.

El debate, en el que participaron no solo representantes de las televisoras democráticas y apartidarias, sino también cineastas, productores independientes, comunicadores, académicos, usuarios (televidentes), se dio en momentos de la transición a la televisión digital.

Hay quienes temen que el espacio público se convierta en una especie de subglobalización, más o menos salvaje. La integración es un proceso que requiere entendimiento horizontal y reformulación de paradigmas variados en padrones comunes y negociados de convivencia.

Si fuésemos capaces de observar los requisitos para establecer formas de comunicación democráticas entre los pueblos, entre las personas, hombres y mujeres de carne y hueso, lo que supone el libre tránsito de la información, podríamos contribuir e imprimir a este espacio público naciente un carácter menos excluyente y más apto para construir nuevos lazos identitarios entre los sujetos y el espacio ampliado del continente.

Porque el espacio público, independiente de los gobiernos y del mercado, promueve la formación crítica del individuo para el ejercicio de la ciudadanía y de la democracia; garantiza la diversidad de género, étnico-racial, cultural y social, promoviendo el diálogo entre las múltiples identidades de nuestros pueblos

América del Sur puede ser más que un bloque económico para negociaciones internacionales con otros bloques. Puede ser, de hecho, un continente integrado, de ciudadanos que se reconozcan identificados entre sí, tanto en el contexto de la cultura como en el de la comunicación.

Lo que en este momento puede hacer gran diferencia positiva es la creación de canales públicos de comunicación para los sudamericanos, ventanas de acceso estratégico para el contacto de la población con la más vasta gama de bienes y servicios culturales.

Necesitamos una comunicación pública que esté totalmente libre de intereses promocionales de cualquier naturaleza: comercial, partidaria, nacional o religiosa. Ella debe estar comprometida con una sola causa, la de la integración. Y por integración debemos entender la aproximación horizontal entre sujetos sociales de nacionalidades distintas, que compartan proyectos comunes en un ambiente de diversidad y pluralidad.

La comunicación había sido concebida como la forma de promover valores o conceptos de intereses de los gobernantes, como herramienta para la convicción ideológica. La comunicación debe cuidar de informar con objetividad, de reflexionar y promover la diversidad cultural, de asegurar las condiciones para que el ciudadano reflexione y decida con autonomía. Es una comunicación que cree en la inteligencia y en la creatividad del público.

En esta vía, la televisión y las industrias audiovisuales pueden ser un agente poderoso, pero también convertirse en una barrera difícil de superar.

La frustración de los proyectos nacionales del siglo XIX, la dominación imperial que se ejerce horizontalmente y la complicidad pasiva y activa de clases y sectores privilegiados que asumen como propios los valores ideológicos y los intereses de los centros de poder del Norte, explican en parte no solo la dependencia comunicacional sino también un fenómeno mayor, la dependencia política, económica, cultural.

No fue por casualidad que a mediados del siglo XIX comenzaron a consolidarse las primeras agencias internacionales de noticias en cuatro países centrales: Alemania, Inglaterra, Francia y Estados Unidos. En esos momentos el comercio se globalizaba y requería información del mundo periférico y en buena parte todavía colonial, cuyo reparto costó, a la postre, lo que se llamó la Primera Guerra Mundial.

Los países que se asignaban un destino de imperio necesitaban no solamente crear su imagen, sino difundirla. Necesitaban crear estados de opinión, inducir convicción, es decir, crear una nueva cultura. Las potencias determinaron sus zonas de influencia que le

tocaba a cada una. En aquel entonces los monopolios eran ejercidos por Reuters para Gran Bretaña, Wolf para Alemania y Havas para Francia.

Estados Unidos no integraba el grupo monopólico, hasta que Kent Cooper, director de la Associated Press, convenció al gobierno de Washington que “esas agencias (las europeas) presentan a Estados Unidos como un país sumido en las luchas racistas y como escenario de los más terribles accidentes ferroviarios, crímenes, inundaciones y huracanes, transmiten al mundo nuestras guerras contra los indios y los crímenes del hampa y los más desagradables delitos que se cometen en el norte del país, y sin embargo no dicen nada que mejore la imagen de Norteamérica”.

La presión estadounidense para que la AP, aún de incipiente caudal informativo, fuese aceptada entre las agencias monopólicas, fue la causa que en 1890 originó un acuerdo entre las representantes europeas. Así, Reuters se reservó el derecho de distribución informativa en los territorios del imperio británico, América del Norte (previo acuerdo con AP), Egipto y aquellos países ubicados en la vía del Canal de Suez y Lejano Oriente.

A la francesa Havas le correspondió el sureste de Europa, las zonas dominadas por Francia en África y América Latina. Al mismo tiempo la Wolf, en 1887, a instancias del canciller Bismarck, había celebrado una alianza con la italiana *Stefani* y la oficina de corresponsales en Viena, para competir con el poderío de Havas en Europa.

La guerra interimperialista por el control del tráfico informativo internacional se completó en 1893 con el pacto celebrado por la AP con sus competidoras europeas, por el cual la agencia estadounidense renunciaba a extenderse por el resto del mundo, pero accedía al control absoluto de todas las informaciones distribuidas dentro del territorio de su país, aun cuando provinieran del extranjero.

Sin embargo, los estadounidenses se vieron “apretados” en el acuerdo, cuando en 1915 debieron rechazar un pedido del matutino argentino *La Nación*, que deseaba adquirir sus servicios para cubrir el desarrollo de la guerra europea: no era su zona de influencia. Pero

un año después AP encontró el mecanismo para burlar el pacto, al incorporar a un diario mexicano como accionista.

Las dos guerras mundiales del siglo XX trazaron un nuevo mundo. Después de la primera, Alemania perdió sus colonias y su poder imperial, y quedó afuera del club de las grandes agencias internacionales de noticias. El avance estadounidense se hacía imparable. El territorio que abandonó Wolf fue ocupado por Havas (luego France Presse, AFP) y por Reuters que se dividieron Europa, mientras que le cedían a la AP el mercado de América, Filipinas y ciertos enclaves del Pacífico.

Al concluir la Segunda Guerra Mundial, Inglaterra y Francia fueron desplazadas a la categoría de potencias de segunda línea. Associated Press, y el gobierno de Washington, desplazaban a Havas y a Reuters en el mercado sudamericano, porque estas no representaban la vida de los estadounidenses, ni sus aspiraciones.

¿Y qué pasaba en América Latina? Para nuestra región, romper la tradicional campaña de mentiras y desinformación y el exclusivo ángulo noticioso de las agencias transnacionales donde la miseria, la desocupación, el analfabetismo y hasta la desesperación habían sido sustituidos por el silencio, la nota de color mundana o la tergiversación –más grosera– no fue una tarea fácil.

En los años sesenta fue cuando se dieron las bases para la definición de los dos primeros sistemas televisivos heterodoxos de la región: Colombia y Chile. En Colombia se creó Inravisión (1963), un sistema mixto público y privado, y se dio una alianza entre tres programadoras privadas para copar el tiempo de transmisión ofrecido por el Estado a través de Inravisión.

En el caso de Chile el gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei (1964-1970) promulgó la ley que definía la gestión universitaria y estatal de la televisión, con el propósito de garantizar el pluralismo y el nivel cultural de la programación. El gobierno socialista de Allende a través del Estatuto de Garantías Constitucionales, reafirmó este espíritu.

Desde 1945 en adelante comienzan a surgir las agencias nacionales de noticias, pero el desarrollo mayor de estas se verifica

entrada ya la década de 1970. Télam es la agencia de noticias nacional de Argentina, fundada en 1945. Nació con el nombre de Tele-noticiosa Americana el 14 de abril de 1945 a impulso del entonces vicepresidente Juan Domingo Perón, con el objeto de hacer frente a la hegemonía informativa de las agencias estadounidenses United Press International y Associated Press. La agencia no fue completamente estatal en sus inicios, sino que comenzó siendo una empresa mixta entre capitales privados y estatales.

Quizá el primer intento de agencia regional fue el cubano. La primera noticia que transmitió la agencia Prensa Latina, el 16 de julio de 1959, fue sobre América Latina, emitida desde la capital más generadora de informaciones de aquella década, La Habana. La consigna de su primer director, el argentino Jorge Ricardo Masseti fue la de “somos objetivos pero no imparciales”. Masseti tenía a su lado a periodistas de primerísima línea como Carlos María Gutiérrez, y a ese equipo de estrellas se fueron sumando Eduardo Galeano, Gabriel García Márquez, por ejemplo.

Entonces en 1961, gracias a la existencia de PL, a la que desde Washington no daban más que un mes de vida, el mundo pudo conocer la derrota de la invasión estadounidense a Playa Girón (Bahía de Cochinos para los estadounidenses), mientras las agencias transnacionales hablaban incluso de la muerte de Fidel Castro.

Notimex, la agencia de noticias estatal de México, fue creada el 20 de agosto de 1968 con motivo de la celebración de los Juegos Olímpicos de 1968. Entrada la década de los 70, comenzaron a diseñarse los modelos de las agencias noticiosas nacionales en varios de nuestros países, y así surgieron Venpres, la venezolana (hoy Agencia Bolivariana de Noticias), entre otras.

América Latina tiene una particular y contradictoria experiencia en materia de lucha por la democracia y la integración comunicacional. En 1976 la Conferencia Intergubernamental de Comunicación, reunida en Costa Rica, trazó los primeros lineamientos de lo que sería llamado el “nuevo orden internacional de la comunicación y la información”, permitiendo las primeras políticas nacionales y, unos años después, la puesta en marcha de

Alasei, la Agencia Latinoamericana de Servicios Especiales de Información.

Para Martín-Barbero, lo que en la América Latina de los 70 dio fuerza y contenido a la lucha por la democracia comunicativa ha sido la contradicción entre el proyecto de articular la libertad de expresión al fortalecimiento de la esfera pública a la defensa de los derechos ciudadanos y un sistema de medios que desde sus comienzos estuvo casi enteramente controlado por intereses privados. Pero esa contradicción estuvo a su vez cargada de la opacidad que entraña en nuestros países la identificación y confusión de lo público con lo estatal y aún con lo gubernamental.

Así, mientras las políticas nacionales de comunicación apuntaban, en el pensamiento de los investigadores y analistas críticos, a la reformulación del modelo político y económico de los medios para garantizar los derechos de las mayorías, los gobiernos resignificaban esas propuestas en términos de ampliación de su propia presencia en el espacio mediático.

El único gobierno que propició una reforma radical hacia la propiedad pública de los medios, expropiándolos y poniéndolos en manos de grupos sociales, fue el del general Velasco Alvarado en Perú.

El proyecto Alasei mostró a los pocos meses de su existencia la ausencia de una verdadera voluntad política de los Estados que firmaron su acta de fundación: aunque llegó a tener director y oficina en México, la falta de cooperación económica de la mayoría de los gobiernos terminó con ella a los pocos meses de su inauguración. Alasei tuvo una singular estructura directiva en la que estaban representados Unesco, empresarios y comunicadores, los últimos con la presencia de la Federación Latinoamericana de Periodistas (Felap).

Alasei y el Sistema de Información Latinoamericana, efímero, emergieron en los marcos del Sistema Económico Latinoamericana (SELA), pero ambos –y también otros– fueron desgastándose hasta la desaparición, ante el desinterés de algunos gobiernos, y el constante ataque de los medios comerciales.

Las únicas asociaciones internacionales de medios que han tenido vida en América Latina son la Asociación de Sistemas Informativos Nacionales (ASIN), fundada en 1979, que en sus mejores tiempos agrupó a Bolivia, Colombia, Ecuador, México, Nicaragua, Perú, Ecuador, Venezuela, y algunas naciones caribeñas, operando técnicamente en principio desde la agencia Inter Press Service (IPS) con sede en Costa Rica; y Ulcra (Unión Latinoamericana y del Caribe de Radiodifusión) que desde 1985 propiciaba el intercambio de programas de radio entre radioemisoras y algunas televisoras públicas de la región.

Luis Javier Solana, mexicano, presidente de Acción de Sistemas Informativos Nacionales (ASIN), que agrupaba a entidades estatales, proclamaba que “el nuevo orden informativo y de comunicación que reclamamos es, esencialmente, antes que nada, un problema de pluralismo democrático, es, por sobre todo, un problema cualitativo”.

ASIN tuvo un segundo aire entre 1990 y 1992, cuando se estableció una mesa de edición en Caracas y logró tener un servicio de noticias en español e inglés, dirigida entonces por el autor de este texto. Pero la falta de voluntad política, la sepultó nuevamente.

En el orden mundial, en los años 70 del siglo pasado, en correspondencia con la creación del Movimiento de Países No Alineados (NOAL) se inician los esfuerzos por un Nuevo Orden de la Información y la Comunicación (NOIC y luego Nomic), tema que es considerado prioritario por Naciones Unidas y fundamentalmente por Unesco que instala una Comisión Internacional sobre Problemas de la Comunicación.

En realidad, el debate sobre el Nomic es simultáneo con el que se abre acerca de un Nuevo Orden Económico Internacional, ya que ambas áreas están relacionadas. Algunos frutos se obtienen de las denuncias, disputas y propuestas. Nacen el Pool de Agencias de Países No Alineados (Pool-Noal); en África la Agencia de Prensa Panafricana (PANA), en el Caribe, CANA, es decir, Caribbean News Agency.

Fue en la IV Cumbre de los NOAL, en Argel (1973), que la idea del flujo universal de noticias se convirtió en un factor político de primer orden para todos los países en desarrollo. Así dio comienzo una manifestación importante de la lucha ideológica en el ámbito informativo, prolongada con altas y bajas hasta el presente, y que resurgió en la XIV Cumbre de los NOAL en La Habana (2006). La base del pensamiento político sobre la comunicación es que sin autonomía en los mensajes no puede haber independencia social y económica, así como tampoco una verdadera democracia.

La idea original del Movimiento de Países No Alineados era la de expresar inconformidad con la “política de bloques”, iniciada por Estados Unidos con la creación de la OTAN en el año 1949 y la cual tuvo su réplica entonces muy lógica en el Pacto de Varsovia integrado por la URSS y sus aliados europeos.

Artífices de ese movimiento inicial fueron Chou En Lai (ahora Zhou Enlai) de la naciente China Popular, Jawaharlal Nehru de la India, Gamal Abdel Nasser de Egipto y Ahmed Sukarno de Indonesia. A ellos se sumó el año siguiente Josip Broz Tito, de Yugoslavia, extendiendo así el movimiento hacia Europa. Y fue en Belgrado, la capital de este ahora desbaratado país, donde se realizó hace cuarenta y seis años, en septiembre de 1961, la que se conoce como I Cumbre.

Significativamente, allí se incorporó Cuba como miembro pleno, primer país americano en hacerlo, y en cambio China dejó de participar. Parecía ser un movimiento “fuera de bloques”, pero poco a poco Estados Unidos lo fue penetrando con países satélites suyos, llegando al colmo de haber sido aceptada incluso la Venezuela proestadounidense como “no alineada”. De tal modo neutralizaron y desprestigiaron a los tales NOAL.

La desintegración de la URSS significó un fuerte descalabro para los países realmente no alineados, que veían en el poderío soviético un contrapeso que les garantizaba independencia en sus relaciones internacionales.

El concepto mismo de la no alineación perdió su razón de ser, ya que se basaba en lo que se llamó un mundo bipolar, ficción tan engañosa como la de una unipolaridad que no ha existido nunca.

Para impulsar la información entre los países periféricos no es suficiente el desarrollo tecnológico o la transferencia de conocimientos. Hace falta políticas y estrategias que los NOAL han tratado de fortalecer, como es el caso del Pool de Agencias de Noticias, que probó su efectividad durante casi una década.

La lucha por el Nuevo Orden de la Información trascendió al Movimiento NOAL. Su estrategia incluyó al Grupo de los 77 (países en desarrollo: hoy ya superan los 126) y a los organismos multilaterales del sistema de las Naciones Unidas, como la Unesco, el Programa Internacional para el Desarrollo de la Comunicación, la Comisión Política Especial de la ONU y el Comité de Información del propio organismo.

Uno de los momentos culminantes en el proceso de reafirmación del Nuevo Orden Informativo fue la I Conferencia de Ministros de Información del Movimiento NOAL, la cual tuvo lugar en Yakarta, Indonesia, en enero de 1984, donde se adoptaron cuatro fuertes resoluciones, ante lo cual Estados Unidos anunció su abandono de la Unesco.

Para tener una idea del encono que suscitó la posición del Movimiento No Alineado en los gobiernos de Estados Unidos y del Reino Unido, debe recordarse que ocurrieron “misteriosas” incidencias, nunca antes reportadas en el organismo, como dos incendios simultáneos en la imprenta y los archivos, en el tercer piso del famoso edificio parisino.

Ahora el Movimiento NOAL, con 118 países miembros, ha vuelto a transitar por estos caminos en busca de una información liberada y recomienza a verse como necesario el cruzamiento legítimo de datos y novedades, basado en una información efectiva, sin duplicidades y tampoco manipulaciones. De lo que se trata, simplemente, es de la descolonización informativa a la altura del siglo XXI.

La referencia más reciente de esta necesidad es la creación de la Red de Noticias del Movimiento NOAL (NNN), puesta en marcha a principios de 2006 como portal digital (www.namnewsnetwork.org).

El nuevo servicio, patrocinado por la agencia de noticias malasia Bernama (con sede en Kuala Lumpur), sigue los pasos anteriores

del Pool de Agencias de los NOAL, adaptándose a los nuevos requerimientos de la información mundial. En ese momento Malasia ejercía la presidencia del Movimiento NOAL. Cada minuto que se pierde, señaló el ministro Zainudin Maidin, es una hora que no recupera la memoria colectiva. El centro gestor de Kuala Lumpur reiteró que el sistema constituye un mecanismo invaluable para el intercambio y que su fin es que los NOAL puedan difundir con la misma oportunidad de los demás su versión de la realidad en el marco de su propia perspectiva.

Una de las preocupaciones centrales que orientaba estas políticas de búsqueda de un nuevo orden informativo era el contenido nacional de los medios, con cuya regulación se buscaba hacer frente a la erosión de las culturas nacionales y a la penetración descarada o disfrazada del imperialismo cultural del Norte. Pero las reformas no las frustraron solo la cerrada oposición del sector privado y sus intereses mercantiles, sino que ellas mismas estuvieron lastradas por el déficit de sociedad civil y de pluralidad que contenían, según Martín-Barbero.

En la década de 1980, como ningún otro medio la radio se ha ido haciendo plural, vocera de la diversidad campesina y urbana, de la capitalina y de la provinciana, abriéndose a la heterogeneidad de los territorios y las regiones, a sus desigualdades y sus diferencias.

Y también en la televisión emerge una cierta pluralidad, especialmente la que hacen posible los canales regionales, mirados con recelo por los poderes centrales y por los canales privados. El proceso muestra sin embargo que la radicalización de las políticas de privatización amenazó seriamente con transformar la regionalización televisiva en una estratagema de expansión y consolidación de grupos nacionales y transnacionales.

Las televisoras regionales representaron, para una multitud de comunidades y de grupos sociales, la primera oportunidad de construir su propia imagen. Excluidas de la televisión mal llamada nacional, las gentes de las diferentes regiones quieren verse, mirarse en sus colores y sus paisajes, en sus personajes y sus fiestas.

Hoy, la integración de nuestros pueblos se presenta como la respuesta política más adecuada para enfrentar las profundas asimetrías económicas, sociales y políticas del contexto internacional, resultado del rumbo neoliberal de la globalización en los últimos lustros. Una política de integración socialmente orientada, antiimperialista y antihegemónica.

Para lograr una verdadera integración se debe minimizar la vulnerabilidad frente a la intervención de potencias extranjeras, la pérdida de soberanía, la descapitalización económica y humana, los conflictos intestinos, para poder construir sociedades productivas estables y equilibradas, basadas en la solidaridad, la cooperación y la complementariedad regional.

La región –vale la pena recordarlo en un concepto geopolítico– dispone de energéticos renovables y no renovables; grandes reservas minerales, importantes manantiales de agua, enorme potencial de producción de alimentos y una riquísima biodiversidad.

A diferencia de otras zonas del mundo, existen pocos litigios territoriales entre las naciones (heredadas y promovidas por quienes siempre quisieron y apostaron por la división), todos ellos con fuerte posibilidad de resolverse, obviamente por la vía de la negociación pacífica.

Nuestra región es una zona de paz, libre de manifestaciones de intolerancia política, ideológica o religiosa; con enorme vitalidad democrática –en la búsqueda de formas de mayor participación y protagonismo popular–, con un enorme flagelo que la afecta, la exclusión y la enorme desigualdad social.

Quizá sea necesaria la suscripción de un nuevo contrato social latinoamericano como base de un nuevo modelo de integración, articulado en torno a las exigencias sociales de nuestros pueblos, y una nueva institucionalidad que dé cabida a estructuras horizontales guiadas por la complementariedad entre los diferentes niveles políticos territoriales de gobierno y las organizaciones sociales y populares.

Para hablar de integración es necesario reconocer el carácter multiétnico, multicultural y plurilingüe de nuestros pueblos, al

tiempo de reconocer la necesidad de devolver a los pueblos originarios un papel protagónico en los procesos de unión.

Por más que el tema integración se ha tornado recurrente, poco o nada ha modificado la figura de que siendo tan próximos –con una geografía e historia comunes de por medio–, permanecemos distantes y ajenos, pues seguimos mirándonos con ojos de extranjeros que nos impiden conocernos y reconocernos.

Más allá de la falta de voluntad política que ha caracterizado a los fragmentados procesos integracionistas, en tal situación pesa el hecho de que prácticamente no se ha considerado la importancia de la comunicación en tanto factor articulador clave para el reencuentro y la solidaridad de las nacionalidades involucradas, que implica el reconocimiento de un destino común por encima de rivalidades reales o forjadas. En los planes oficiales se suele reducir la comunicación a relaciones públicas o mercadeo, y en el mejor de los casos a la transmisión de información.

Últimamente, nuestras elites, con la mirada fija en el Norte, sistemáticamente han pregonado que no tiene sentido mirar a los lados porque tan solo conlleva a juntar nuestras pobreza para retroceder, cuando de lo que se trata –insisten– es de no perder el tren que va en dirección al Primer Mundo, acatando los dictados de este, en el círculo vicioso que mantiene la dependencia económica, política, social y cultural.

En esta dinámica pesa cada vez más el sistema de información y comunicación del establecimiento –por la creciente importancia de este sector– conformado precisamente bajo los parámetros de subordinación y dependencia. Es así, por ejemplo, que la información que recibimos de los demás países de la región (y del mundo en general) proviene de agencias de prensa y medios masivos transnacionales. Y qué decir de la programación que vehicula la llamada industria del entretenimiento, bajo predominio (más de 92 por ciento) de la producción estadounidense.

En este escenario, los grandes medios de comunicación domésticos, consciente o inconscientemente, han perdido los papeles en materia de integración. En un estudio sobre el tema,

la brasileña María Nazareth Ferreira constata que

La actuación de los media continúa siendo uno de los grandes obstáculos para la integración de América Latina: el sistema instalado en el cuadro de la modernización de la región tenía como principal objetivo integrar los pueblos en proyectos de educación formal y no formal, en políticas de comunicación de los diferentes gobiernos, cuya principal función ha sido desinformar y alienar, a través de la manipulación y la distorsión de la información sobre y para América Latina.

Añade que

otro sería el resultado de las tentativas de unidad e integración de la región si América Latina pudiese contar con TV, radio y periódicos progresistas, autónomos, con agencias de información y de noticias, en fin, todo el complejo que componen los modernos media, al servicio de la información y concientización de sus problemas internos. Si fuese posible revertir la participación de los media, la tarea de la integración se vería facilitada.

Sin dudas, la comunicación es factor articulador clave para el reencuentro y la solidaridad de las nacionalidades involucradas, que implica el reconocimiento de un destino común por encima de rivalidades reales o forjadas.

Por ello se torna indispensable formular –a nivel del Mercosur, de la Unión de Naciones del Sur– una estrategia de cooperación específica para los ámbitos de la información, comunicación, cultura y conocimiento, contemplando acuerdos para potenciar las redes regionales de información y comunicación pública y ciudadanas, con un sentido de equidad respecto a los medios de comunicación, y con la finalidad de contribuir a la formación de una ciudadanía y una identidad común sudamericana.

Mucho costó para que en un documento del Mercosur figurara al menos una cláusula sobre la necesaria integración comunicacional.

Y eso ocurrió recién a finales de 2006: las presiones de las grandes corporaciones transnacionales de la comunicación fueron –y continúan siendo– muy fuertes.

El texto, emanado del sector social, dice:

Consideramos que la comunicación es factor articulador clave para el reencuentro y la solidaridad de las nacionalidades involucradas, que implica el reconocimiento de un destino común por encima de rivalidades reales o forjadas. Por ello se torna indispensable formular una estrategia de cooperación específica para los ámbitos de la información, comunicación, cultura y conocimiento, contemplando acuerdos para potenciar las redes regionales de información y comunicación pública y ciudadanas, con un sentido de equidad respecto a los medios de comunicación, y con la finalidad de contribuir a la formación de una ciudadanía y una identidad común suramericana.

¡Hasta este texto tuvo dificultades para ser incluido!

Parafraseando la proclama de que sin democratización de la comunicación no habrá democracia, ahora podemos decir que un proceso de integración que no se sustente en la democratización de la comunicación podrá ser cualquier cosa, pero no un proceso de integración.

VERACIDAD, AMARILLISMO, GOLPE MEDIÁTICO

*Cuando un delincuente mata por alguna deuda impaga,
la ejecución se llama ajuste de cuentas;
y se llama plan de ajuste la ejecución de un país endeudado,
cuando la tecnocracia internacional decide liquidarlo.*

*El malevaje financiero secuestra países y los cocina
si no pagan el rescate: si se compara, cualquier hampón
resulta más inofensivo que Drácula bajo el sol.*

*La economía mundial es la más eficiente
expresión del crimen organizado, los organismos
internacionales que controlan la moneda, el comercio y el crédito
practican el terrorismo contra los países pobres,
y contra los pobres de todos los países,
con una frialdad profesional y una impunidad
que humillan al mejor de los tirabombas.*

EDUARDO GALEANO

Desde siempre se ha discutido qué es la verdad: los facilistas señalan que es la correspondencia entre dicho y hecho. Pero lo cierto es que esa correspondencia depende de una redacción. Las únicas verdades incondicionales son las tautologías: “Una rosa es una rosa”, pero no informan de nada.

Para los antiguos atenienses, uno puede estar persuadido de que lo que afirma es cierto, pero admite que puede estar equivocado. De allí la libertad de cultos, para que cada uno decidiera quién decía la verdad.

Para la cultura judeo-cristiana-islámica, la única verdad está en el libro sagrado: lo que digo es verdad porque la voz de Dios fluye por mis labios. El problema es que hay demasiados que pretenden interpretar la palabra de Dios y van desatando guerras de religión. Obviamente, cada uno insiste en que tiene la interpretación verdadera de la palabra divina, lo que ha facilitado a preladados, reyes, príncipes, secretarios de Estado, presidentes, imanes y dictadores, amén de papas, decretar la verdad.

En verdad, el Estado no debe tener nada que ver con la definición de veracidad. Sería excelente que todos los medios fueran veraces, pero no hay nadie que pueda decidir qué es lo veraz, sobre todo cuando hay un periodista en el medio, que también tiene derecho de equivocarse.

En eso de la veracidad, es la gente, es cada uno el que debe decidirlo.

No se puede desperdiciar unas declaraciones del chileno-estadounidense José Miguel Vivanco, director de Human Rights Watch: “Los medios de comunicación en Venezuela no tienen la obligación de ser imparciales. Ni el derecho interno ni el derecho internacional los obliga a ser equitativos en sus informaciones, análisis y opiniones. Si los medios desean asumir el papel de la oposición en Venezuela lo pueden hacer perfectamente, amparados en el derecho internacional.”

Obviamente, Vivanco no leyó nunca la Constitución venezolana, que su artículo 58 señala que “toda persona tiene derecho a la información oportuna, veraz e imparcial”. Además la Ley de Ejercicio del

Periodismo incluye entre las violaciones de la ética profesional del periodista que pueden ser conocidas y sancionadas por los tribunales disciplinarios correspondientes, las siguientes: "apartarse deliberadamente de la objetividad en las informaciones sobre sucesos y personas". Vivanco debiera saber también que la ignorancia de la ley no excusa su cumplimiento.

En 1897 el editor estadounidense William Randolph Hearst añoraba una buena guerra para aumentar la circulación de sus periódicos, más decisiva en esa época que la publicidad. Lanzó entonces una campaña contra el entonces gobierno español en Cuba y contra el de Estados Unidos, por no intervenir.

Hearst gastaba fortunas enviando reporteros a Cuba. Pero cuando su enviado especial Frederick Remington llegó a Cuba se encontró con que no había guerra. Telegrafió al editor para pedir permiso para regresar. Hearst respondió: "Pongan las imágenes, que yo pongo la guerra." El 15 de febrero del año siguiente alguna mano de interés estadounidense puso una bomba en el barco también estadounidense *Maine*, en el puerto de La Habana, provocación, hoy evidente pero entonces imperceptible, que desató la Guerra Hispanoamericana que quitó a España sus colonias de Cuba, Filipinas y Puerto Rico.

Como en todo amarillismo, Hearst acusó y sentenció sin pruebas ni defensa. Se iniciaba así la guerra mediática, es decir, la profecía autocumplida y recursiva: instigar una guerra para generar la noticia, que a su vez sostiene la guerra. Sí, suena familiar. Sí, se llama terrorismo.

Hearst afinó y tecnicizó el manual del perfecto amarillista, pero fracasó cuando Orson Welles hizo su famosa película *El ciudadano Kane*, inspirada en él. Hoy nadie recuerda a Hearst sino la personificación de Welles.

El amarillismo de Hearst era ingenuo al lado del actual. Promovió y respaldó guerras, pero el amarillismo de hoy puede llevar a conflagraciones mayores. El amarillismo contemporáneo todo lo torna virtual pues, como dice Jean Baudrillard, la realidad ha sido asesinada.

En Venezuela, *los medios* siempre han partido del dominio de los medios. Dicen que dominar la red de comunicaciones es dominar el sistema nervioso central de un país. Venezuela, donde se destaca como en ningún otro país el integrismo de los medios, vive la aventura comunicacional con singular intensidad: prensa escrita, radio y televisión comerciales son vanguardia de una voluntad de poder absoluto, que arrolla la división de poderes de Montesquieu y el concepto de democracia como principio de organización humana.

Son medios que actúan como partidos políticos, como tribunales, como jueces y partes, como legisladores que validan o no constituciones o leyes. Todo a la vez. Son publicaciones o programas audiovisuales que llaman al golpe de Estado, a la guerra civil, a la discriminación racial y étnica.

Son canales de televisión que confiscan lo político, nombran y destituyen a las dirigencias partidistas, crean y desaparecen partidos como por arte de magia, les redactan estrategias y programas. Mantienen como rehén a la libertad de expresión y siguen buscando recuperar un mando ilimitado e irresponsable.

En julio de 2002 –cuando en Caracas lanzamos el mensuario *Question*– sosteníamos que en Venezuela es cada vez más difícil acceder a una comunicación masiva, plural, profunda y de contexto, que diga las cosas por su nombre.

La cartelización de los medios de comunicación privados –evidenciada en la bochornosa jornada del 13 de abril cuando se abstuvieron de dar la información de lo que sucedía en el país–, la falta de mensajes claros por parte del Estado (que carece aún hoy de una política informativa), impiden una comunicación que incite al reconocimiento de la problemática del país y la búsqueda de horizontes prospectivos para la sociedad.

El de Venezuela no era un caso aislado, atípico, sino sintomático, donde estaba en juego el orden constitucional, la democracia y el estado de derecho. De lo que pasara en Venezuela dependería, en buena medida, el futuro de una América Latina soberana, independiente. Y por eso, desde diciembre de 2001 es víctima de un plan desestabilizador permanente, de un golpe continuado.

Hasta ahora, a algunos sectores de nuestras sociedades les había sido fácil defender el estado de derecho, porque este no se metía con los intereses económicos de las corporaciones. Pero aquellos intereses que se sintieron perjudicados por la Constitución de 1999 y por la serie de nuevas leyes, organizaron, apoyaron, financiaron y aplaudieron el golpe de Estado contra la institucionalidad y, sobre todo, cualquier proceso de cambio que significara desconocer los privilegios de tantas décadas.

A mediados de abril de 2002, si bien se evitó una guerra civil, cayeron muchas máscaras, tanto en el mundo civil –político, empresarial, sindical– como en el religioso y castrense. Ni una sola institución salió indemne y casi todas quedaron fracturadas.

Hay quienes en las crisis prefieren ver la desazón, el caos, y hay otros que preferimos ver los dolores de parto de una nueva sociedad. “No hay ninguna fórmula que te permita cambiar la realidad si no empiezas a verla como es. Para poder transformarla hay que comenzar por asumirla”, decía Eduardo Galeano.

Cuando el teniente coronel Hugo Chávez intentó un golpe de Estado el 4 de febrero de 1992, la acción fue decidida a favor del presidente Carlos Andrés Pérez (destituido por corrupción poco después) cuando logró salir al aire por el canal privado Venevisión. Ese frustrado golpe, como el siguiente intento del 27 de noviembre del mismo año, no tuvieron éxito quizá porque los sublevados fallaron en el tema de comunicaciones.

Y lo singular de lo ocurrido en Venezuela en abril de 2002 es que lo esencial giró alrededor de los medios de comunicación, ya que estos fueron el campo de batalla y el arma de lucha. Ese abril marcó la entrada de la violencia política organizada en la vida venezolana. Una violencia que no era espontánea sino que venía preparada con detenimiento, que contaba con laboratorios de guerra sucia, que era gradual, e intentaba preparar a la población para una “inevitable” confrontación mayor, final.

Alcaldes opositores incitan por la prensa a habitantes de sus urbanizaciones de clases media y alta (las clases populares viven en barrios, según el clasista vocabulario venezolano) a armarse y

conformar grupos de autodefensa, mientras periodistas se aprovechaban de su estatus y de la impunidad imperante para todo aquel que quisiera atentar contra el hilo constitucional, para difundir documentos o grabaciones de supuestos grupos paramilitares declarando objetivo militar a cualquiera que no comulgara con sus ideas e intenciones fascistas.

Los medios de comunicación modernos se han convertido, en todas partes del mundo, en una nueva Inquisición. En 2002 Venezuela se convirtió en un enorme laboratorio internacional de guerra sucia mediática, militar, política, económica y cultural, cuando los partidos que abandonaron a las masas pero ya habían sido abandonados por ellas y los grandes capitales apostaban a la solución final de la antipolítica, a través del sicariato de un gremio de patronos mediáticos sindicalizados.

Estos medios comerciales cartelizados tergiversan la información y estafan al público haciendo pasar suposiciones, opiniones, medias verdades y deseos por noticias, omitiendo hechos y suplantando a los actores políticos en una especie de secuestro de la democracia. Y, en lo interno, proscriben, cesantean o censuran a comunicadores cuando desacatan la línea impuesta, en una clara purga ideológica: la disidencia está prohibida y la libertad de expresión y sobre todo de creación ha sido secuestrada por ellos.

Los medios acusaron y sentenciaron al presidente constitucional Hugo Chávez de los asesinatos del 11 de abril y del 6 de diciembre de 2002, sin promover pruebas, sin derecho a la defensa, sin apelación. Y el que osara o pretendiera discutirles era acusado de atentar contra la libertad de expresión. Para los medios comerciales venezolanos, respetar la libertad de expresión significa aceptar incondicionalmente todo lo que les dé la gana decir, aun cuando lo digan con fines distintos a los de informar y orientar, como es su deber de servicio público.

El mundo contempló atónito cómo la televisión venezolana introdujo constantemente señales subliminales de violencia política en la programación para niños; cómo desquiciaron la salud mental de multitudes enardecidas, cómo acusaron y condenaron

sin promover pruebas ni consentir el derecho a la defensa, ni el del debido proceso.

Podemos decir que en Venezuela se desató una guerrilla mediática. La guerrilla se propone desgastar y desmoralizar al enemigo con ataques por sorpresa, hostigamiento. La situación venezolana era similar, aun cuando simbólica, es decir, una guerra psicológica clásica. Los medios masivos de comunicación comerciales pusieron en marcha un dispositivo de agresión sistemática para ir debilitando al gobierno, que solo supo (o pudo) ofrecer respuestas espasmódicas a este bombardeo

Cinco años y una decena de elecciones después siguen tratando de mostrar que la venezolana es una tiranía (sin presos ni perseguidos ni torturados ni exiliados ni medios cerrados). O sea que usan la mayor libertad de expresión del mundo para decir, gritar, que no hay libertad de expresión.

Es una técnica bien conocida del fascismo ordinario de Hitler, Joseph Goebbels y Mussolini, usada desde entonces por el fascismo extraordinario de los medios de comunicación en todas partes del mundo, con la perversión de repetir una mentira hasta que se transmuta en verdad.

Y esto es peligrosísimo, como se demostró cuando Goebbels convenció a Alemania y a Austria, sociedades tan aparentemente alejadas de la barbarie, de que había que exterminar a los judíos. Pero, como decía Roberto Hernández Montoya (quizá uno de los pocos intelectuales venezolanos): en Venezuela se estaba, además, en un período *mediático orwelliano*, en que la mentira es la verdad y la verdad mentira.

Para ellos, la libertad de dar un golpe es la opresión y la opresión obscenamente exhibida durante el brevísimo gobierno de Pedro Carmona Estanga es la libertad. "Difícil ser más *orwelliano* que usar la libertad de expresión para decir que no hay libertad de expresión. Es también un período *wellesiano*, pues, como Orson Welles, con su versión radial de *La guerra de los mundos*, crean un estado de pánico. Pero peor aún, porque aquel programa se terminó y todo volvió a la normalidad. En este

tiempo de asonadas mediáticas el golpe se puede prolongar durante años.”

Pero era de esperarse este bombardeo contra el gobierno de Chávez, porque se trata de la reacción de sectores que perdieron el control del Estado, nada menos, y los cuantiosos recursos –el equivalente a quince planes Marshall, decía el escritor Arturo Uslar Pietri (con un plan Marshall se reconstruyó Europa después de la llamada Segunda Guerra Mundial)– que durante casi medio siglo robaron, vilipendiaron y usaron en su favor esos mismos sectores.

Los mismos medios de comunicación manipulan encuestas para demostrar que ya el pueblo no apoyaba a Chávez, manipulan a la clase media –cuyo nivel emocional es uno de los más bajos en el mundo, lo que causa graves perjuicios a su nivel intelectual–, tratan de manipular al ejército, buscando un Augusto Pinochet tropical. Y, mientras tanto se oculta la realidad. Durante más de un año en Venezuela todos los días hubo un nuevo *show* montado por los medios.

Hernández Montoya señala que esta campaña de inquisición mediática cumplió con los fundamentos básicos de la Inquisición católica: a) La acusación equivale a la condena. Los medios declaran la culpa de alguien y ese alguien es ya sentenciado por ese mismo acto, porque, b) no hay derecho a la defensa, pues no se cumple el principio (constitucional en Venezuela) del derecho a réplica y rectificación, c) es un tribunal de excepción, pues no tienen vigencia los principios básicos del derecho: debido proceso, acusación formal, promoción de pruebas, defensa, etc; d) incoan procesos de intención. Chantajea, aterroriza, difama basados en que cualquiera que ellos escojan arbitrariamente tiene la *intención* de aliarse con la guerrilla, de cerrar medios, de cubanizar, de proteger al asesor de seguridad del ex presidente peruano Alberto Fujimori (Montesinos), etc.

Los medios conciben la libertad de expresión como *su* libertad discrecional para arruinar o encumbrar a quien sea. El poder absoluto, aquel que según Lord Acton corrompe absolutamente. Los medios comerciales de comunicación han incautado la libertad

de expresión y la han, precisamente, aprisionado para usarla como rehén. Ante ese poder los individuos no valen nada. Los medios se han vuelto despóticos y despiadados, como nunca lo llegó a ser reyezuelo o dictadorzuelo alguno.

Además, agrega el venezolano, e) crean un clima de terror porque nadie sabe cuándo lo van a destrozar vivo. Nadie está seguro con este poder mediático despótico y que dictamina que el déspota es su víctima. Igual hacía la Inquisición; f) no hay derecho de apelación. Una vez que acusan-condenan no hay modo de apelar ante nadie. ¿Ante quién apelar? Supongamos que un tribunal sentencia en favor del acusado-condenado. ¿Quién se entera si el medio se rehúsa a publicar la sentencia absolutoria entre otras cosas porque eso no vende, no le conviene quedar mal luego de haber difamado a su víctima? ¿Qué lo obliga a publicarla? Y aun publicándola ya quedó sembrada la duda en la opinión pública, manipulada en sus peores instintos hasta conducirla al linchamiento.

El escritor, dramaturgo y ensayista venezolano Luis Britto García señala (en *Investigación de unos medios por encima de toda sospecha*) que hasta ahora en Venezuela no ha prevalecido la fracción –o facción– de propietarios de los medios de comunicación social contra la mayoría electoral, ni el golpe de Estado contra el pueblo, ni el *rating* contra la Constitución. “Por el contrario, en el intento de usurpar una función que no le corresponde, un sector de los medios ha puesto en entredicho su confiabilidad” y su credibilidad, que debiera ser su activo esencial.

Con el inicio del Tercer Milenio de la cristiandad, comienza en Venezuela una guerra mediática para la apropiación de las mayores reservas de hidrocarburos del mundo, y de paso de la industria que las explota. Y como el capital venezolano no es capaz de financiar ni gerenciar este colosal negocio, su plan es entregarlo al capital transnacional.

Hace décadas que se trabaja en la privatización y transnacionalización de Petróleos de Venezuela (Pdvsa). *El Caracazo* de 1989 –levantamiento popular contra una serie de medidas neoliberales aplicadas por el entonces presidente Carlos Andrés Pérez– lo

impidió. La apertura petrolera realizada durante la gestión de Rafael Caldera (1993-99) fue un paso hacia la desnacionalización de la principal industria venezolana.

El intento de 2002, que incluyó un golpe de Estado contra el gobierno constitucional de Hugo Chávez, suponía un modelo corporativo de poder estatal concentrado en una dictadura del gremio patronal, reservando la tarea de mediación política a los medios comerciales de comunicación. Previamente, los medios habían sacado del juego a los otrora verdaderos actores, entre ellos los partidos políticos que ellos mismos desacreditaron.

El golpe castrense iba acompañado por la constitución de un Estado paralelo, un gobierno virtual, a cargo de los medios de comunicación comerciales. Los partidos políticos tradicionales debían ser sustituidos por partidos mediáticos –agencias de publicidad más asesorías de imagen– basados en la audiencia como proyección social. Los medios son quienes fabrican dirigentes, deciden quién es el protagonista y quién el antagonista, redactan plataformas y programas y establecen consignas y líneas de acción.

Asumen, en definitiva, un poder político operante, pretendiendo derogar leyes (anulación de 49 leyes habilitantes, lo que los estadounidenses llaman *fast track*), fraguar actos ejecutivos (la supuesta renuncia de Chávez) o decretar la inexistencia de actos reales, como los resultados del referendo revocatorio de agosto de 2004. Intentan dictar sentencias fulminantes, pasando por encima de tribunales, imponer la realidad virtual a la realidad real.

Nada de imparcialidad o veracidad, aunque ello sea una obligación tanto ética como constitucional, sino censura y veto a quienes tengan una voz, un mensaje diferente a la unanimidad que imponen los patrones. Insisten en que están más allá de las leyes y aspiran a la consagración de un estatuto de impunidad e inimputabilidad por sus actos. No aspiran a ser un Estado dentro del Estado, sino también un Estado por encima del propio Estado.

Durante décadas los medios de comunicación social comerciales venezolanos han instigado a la discriminación étnica y

descalificado a la mayoría mestiza del país (incluyendo al presidente Chávez), pero ahora predicán el magnicidio, la guerra civil, el atentado a las instituciones y a la Constitución.

Luis Britto señala que las movilizaciones de clase media que acompañaron el golpe del 11 de abril de 2002 y el cierre patronal de diciembre del mismo año fueron instigadas y mantenidas por verdaderos operativos de histeria comunicacional.

Es difícil hacer un manual para la derrota, pero lo cierto es que pareciera que la oposición al presidente Hugo Chávez no solo lo ha escrito sino que lo ha seguido a pie juntillas. Puso en escena un golpe de Estado y perdió su ascendencia en las Fuerzas Armadas. Decidió el antinacional sabotaje a la industria petrolera, y la ensoberbecida élite tecnócrata de Petróleos de Venezuela quedó fuera del negocio (y la oposición sin otro financiamiento), mientras la empresa quedaba en manos –por primera vez– del Estado. Trató de realizar un sabotaje a la distribución de alimentos y obligó a que el Estado diseñara un aparato de seguridad alimentaria.

Y en mayo de 2007 se dio una nueva versión de ese golpe continuado, cuando con la excusa del fin de la concesión de la señal abierta de una televisora privada –Radio Caracas Televisión (RCTV)– se puso en marcha un renovado plan de desestabilización al mejor estilo serbio. Los papeles se renovaron: la dirigencia opositora tradicional pasó a un segundo o tercer plano, un canal de televisión asumió la conducción política y se provocó al gobierno en busca de una respuesta que los victimizara ante la opinión pública –nacional e internacional– y el lanzamiento como protagonistas (y carne de cañón) de los estudiantes, en especial de las universidades privadas.

Enseguida comenzó la polémica, que dejó en claro la forma de operar de las derechas latinoamericanas que consiste en repetir los mismos argumentos que expiden las usinas globales de Estados Unidos y Europa.

Si bien la argumentación de la no renovación de la concesión de RCTV ha pasado al avance de un nuevo capítulo del golpe continuado, hay también el argumento absolutamente comprobable para la no renovación: no hay más espacio en la franja de VHF,

que es la frecuencia más comercial, y que mayor alcance tiene, es la del canal 2. Por eso el Estado decide cumplir en esa frecuencia el mandato constitucional de desarrollar una televisora de servicio público, TVes, que es la que sustituyó a RCTV.

La no prórroga de la concesión a los dueños de RCTV –tan democrática como el acto de concesión misma, como dijera el presidente Lula– abrió un debate que tímidamente ha aparecido en otros momentos entre gente de la comunicación, como es el referido al equilibrio mediático entre el sector público y el sector privado, una vez terminado el argumento de la falta de libertad de expresión, ya que RCTV comenzó a transmitir por cable desde el 15 de julio, seis semanas después.

Al pasar ese canal a ser administrado por el Estado, razonaban, esa correlación cambiaba a favor del gobierno, lo que afectaba la libertad de expresión y era una señal de que en breve el Estado controlará toda posibilidad de comunicar, pues se estaría cocinando una ley de prensa.

De lo que se trata, según voceros oficiales, es de construir un sistema de medios que permita que lo público sea lo predominante, de la mano de organizaciones sociales y populares y de productores independientes, que no implique un ataque a la libertad de expresión. Se intenta ir a la división entre el medio y el mensaje.

Cabe señalar que UHF es una frecuencia que para sintonizarla se necesita otro tipo de antena, y su alcance es más limitado que VHF. Por ello se debe tener varias frecuencias para captar el mismo canal en todo el país.

Es plausible, decía el veterano periodista Eleazar Díaz Rangel, el interés por preservar un equilibrio que nunca ha existido, pero ocurre que esos mismos expertos no se preocuparon cuando el sector público apenas tenía el Canal 8 (VTV), con disminuido alcance y el *rating* en los tobillos, mientras el sector privado dominaba más de 90 por ciento. Una desproporción similar existía en la radio y en prensa gráfica, y los expertos guardaban silencio. Ni siquiera hablaron cuando fueron cerrados la comunitaria Catia TV y VTV.

Díaz Rangel, ex director de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela, recordaba que cuando la campaña mediática, que incluía a casi todos los medios impresos, fue el factor decisivo para crear las condiciones que alentaron el golpe de Estado de abril, y en ese mismo año desataron una feroz ofensiva para promover, estimular y mantener el paro nacional y el sabotaje petrolero, ese desequilibrio se mantenía: en el año 2000 el sector público tenía un canal de TV VHF frente a 19 del sector privado, y la proporción en la TV UHF era de 2 a 28. En la radio AM la relación era 36 a 143 y en FM 3 a 365, con el sector privado con desproporcionada mayoría siempre.

A ninguno de ellos le preocupó ni llamó la atención sobre tan injusta disparidad, no obstante que todo ese poder fue utilizado para desestabilizar al gobierno, para derrocarlo, aplaudir a los golpistas, y en momento crítico silenciar la reacción popular y militar que regresó a Chávez al poder.

Pero, ¿se ha roto ese equilibrio a favor del gobierno? Hasta el 2006, en efecto, esa relación había cambiado. En la TV VHF seguía siendo 1 a 20, pero en la UHF el sector privado tenía 28, seis el público y 44 el comunitario, aunque la audiencia la dominaba de lejos el sector privado. En la radio AM la proporción era igual a la del año 2000: 36 a 143, pero en FM el privado tenía 440, comunitario 167 y público 10. Sin embargo, es de hacer notar que el alcance de las radios comunitarias es enormemente menor. En resumen, el sector privado es propietario de 75 por ciento del espectro radioeléctrico. En cuanto a los medios impresos, la mayoría sigue con posiciones antigobierno, con matices.

Por supuesto, ahora hay que restar el canal 2 al sector privado de televisión abierta, que en este caso era vanguardia de las posiciones intransigentemente opositoras. Lo que se trata es de hacer una televisión de servicio público, en la que tanto insistieron estos mismos “comunicólogos” que hoy se oponen a esta conquista, quizá solo porque no estén ellos en la dirección. Como dijera el mexicano Pacheco, hoy se han convertido en todo aquello contra lo que peleaban treinta años atrás.

Una TV de servicio público significa una programación, un contenido, una orientación plural, con participación de toda la sociedad, cuya concreción todavía está por verse.

Díaz Rangel recuerda que en abril de 2007, el gobierno de Alan García cerró en Perú dos canales televisivos y tres emisoras de radio, por incumplir la Ley de Radio y TV, licencias vencidas o utilización de equipos no homologados. Antes, en diciembre, el gobierno del presidente uruguayo Tabaré Vázquez revocó los permisos a las emisoras 94.5 FM y a Concierto FM Montevideo. Y se pregunta cuál fue la reacción de los mismos organismos internacionales que emergieron enardecidos en defensa de la supuestamente vulnerada libertad de expresión en Venezuela. ¿Dijeron algo (los sectores derechistas y proempresariales de) el Senado de EE.UU., el de Brasil o el de Chile o la Unión Europea? ¿Cuál fue el tratamiento de las agencias transnacionales de noticias? ¿Cómo reaccionaron la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, la patronal Sociedad Interamericana de Prensa, la eurocentrista Federación Internacional de Periodistas, la Asociación Interamericana de Radiodifusión, etc? Simplemente no reaccionaron.

Para Raúl Zibechi, no pueden sorprender las opiniones de estos analistas del Sur, que muestran lo que verdaderamente son: repetidores de las ideas difundidas por los *think tanks* del Norte. A veces olvidan que la libertad de expresión tiene una larga y triste historia en este continente e incluye un amplio abanico de violaciones que incluye desde periodistas desaparecidos hasta ese pertinaz goteo de despidos de trabajadores de los medios de comunicación comerciales.

Hasta ahora eran los centros de estudios de Estados Unidos los que mayor influencia tenían en la región, lo que parece estar cambiando, con la influencia de, por ejemplo, la española Fundación de Análisis y Estudios Sociales (FAES) desde donde el ex presidente español José María Aznar influye en los partidos de derecha –liberales, democristianos y conservadores– de América Latina.

La llamada Agenda de Libertad presentada a fines de mayo de 2007 en las ciudades de Buenos Aires y Sao Paulo, señala que los

problemas de este continente son el populismo revolucionario, el neoestatismo, el indigenismo racista y el militarismo nacionalista. El informe, que defiende que Estados Unidos tenga una presencia más activa en América Latina, sostiene que la derecha latinoamericana debe plantearse el objetivo común de derrotar democráticamente el Socialismo del Siglo XXI.

Es interesante el exhaustivo informe del periodista español David Carracedo, en el que muestra que en los últimos años 293 medios de todo el mundo sufrieron clausura, revocación o no renovación de sus licencias: 77 emisoras de televisión y 159 radios en 21 países. Solo en Colombia, setenta y seis radios comunitarias fueron clausuradas. En marzo de 2007 TeleAsturias (España) vio revocada su onda de transmisión por "motivos técnicos".

Para estos analistas, la tan mentada libertad de expresión es apenas una excusa para atacar y derribar gobiernos que buscan salir del modelo neoliberal. Y que, huérfanos de apoyo popular, solo pueden hacerlo provocando situaciones de gran inestabilidad que crean las condiciones para golpes de Estado. Es la estrategia diseñada por Aznar, fiel amigo de George Bush, Tony Blair y, ahora, de Nicolás Sarkozy.

La medida gubernamental venezolana, totalmente legal y ajustada a derecho, evidenció una situación que se mantiene latente en Venezuela: la confrontación creciente entre las grandes mayorías de la sociedad, que reiteradamente respaldan al gobierno en las urnas, y elementos de las elites antes dominantes, manipuladoras con relativa eficacia de sectores medios, receptores de un discurso racista y antidemocrático.

La salida del aire de un canal de televisión abierta despertó las iras de la derecha como si se tratara de una expropiación de bienes y propiedades, simplemente porque de esa manera se les recorta la posibilidad de contar, en forma impune, con una maquinaria propagandística que les permite crear discursos convalidantes de sus privilegios, como si estos fueran inmutables o de orden natural.

En esta nueva ofensiva desestabilizadora venezolana, la vanguardia de la protesta la asumen estudiantes de universidades

privadas, algunos medios privados, periodistas y artistas de las plantas televisivas.

La movilización política de calle se establece a través de un vínculo emocional –y no racional–: la supuesta lucha por la pérdida de un patrimonio cultural de los venezolanos, con lo que se disfraza la defensa de una empresa que durante cincuenta y tres años realizara todo tipo de violaciones.

Sin duda, hay una dramatización estudiada del hecho político. El refuerzo emocional a la protesta se produce a través de un fenómeno de victimización: imágenes nostálgicas de la historia del canal, uso intensivo de actores lacrimógenos, supuesto drama laboral para tres mil familias (no hubo cierre, sino la no renovación de una concesión), manipulación de grupos de estudiantes.

La protesta es dirigida nuevamente a acciones violentas en busca de una escalada de la situación que, eventualmente, pudiera producir hechos sangrientos que justifiquen hechos de mayor envergadura contra el gobierno, que muestren a este como violador de los derechos humanos. El fin pareciera ser llevar a Venezuela a algún banquillo en instancia internacional al imponer la matriz de que el gobierno venezolano es ilegítimo, que ha violado la libertad de expresión y de los derechos a la protesta.

Se quiere generar una simbología sobre la existencia de una agresión del gobierno a la ciudadanía, a esa llamada “sociedad civil”, para justificar en ello la supuesta resistencia, porque los verdaderos actores no dan la cara. Y otra vez son los medios de comunicación los que encabezan la estrategia de desestabilización continua, quizá en la comprensión real de lo que es la guerra asimétrica.

Y nuevamente parecen aparecer en la escena, al igual que tres lustros atrás en el este europeo –un golpe al estilo *Otpor* en Serbia–, las organizaciones de la llamada “sociedad civil”, que muchas veces siguen más los criterios de democracia impuestos por los donantes extranjeros que las necesidades de los ciudadanos.

En Europa oriental estas organizaciones desplazaron a los partidos políticos en nombre de la gobernabilidad, la libertad y la democracia, y organizaron las *revueltas de colores*, verdaderos

fraudes electorales (Georgia 2003, o en Ucrania 2004) ampliamente reseñadas y apoyadas por los medios de comunicación del Norte, que aseguraron la adopción de medidas neoliberales y dependientes del gran capital en cada una de esas naciones.

“Hubo enormes flujos financieros internacionales en apoyo a las organizaciones de la sociedad civil de la era post-soviética... Hoy los directivos de esas organizaciones se han volcado a integrar la estructura gubernamental y muchos donantes buscan con desesperación iniciativas (negocios) oficiales”, señalaba en mayo de 2007 a IPS Paata Papava, del Centro de Capacitación y Asesoramiento de Georgia.

“Quizá tengamos dinero para información y revoluciones, pero no para formar una sociedad democrática”, agregaba el rumano Dmitri Savelau.

Por eso no extraña la insistencia en Venezuela de que sea la “sociedad civil” la que dé la cara, y que a nadie sorprenda que organizaciones del gobierno estadounidense, como la NED, son las que financien a periodistas y grupos opositores para que realicen su tarea de desestabilización.

Detrás de esta nueva oleada desestabilizadora parece estar una conocida ONG de derecha estadounidense, el Albert Einstein Institute, sindicado como una fachada de la CIA, liderado por Gene Sharp, con distintas experiencias en lo que es la resistencia cívica y cómo usarla para fomentar cambios políticos.

Y ¿por qué Albert Einstein? Se trata de un nombre que sirve para evitar las sospechas. El primer libro de Gene Sharp sobre el estudio de los métodos de Gandhi, comienza por un prefacio firmado por Albert Einstein. Pero, la obra fue redactada en 1960, cinco años después de la muerte del sabio. Por consiguiente, Albert Einstein no escribió el texto para la obra de Sharp. Este último no hizo más que reproducir en su libro un artículo del científico sobre la no violencia.

Desconocido para el público, Sharp elaboró una teoría sobre la no violencia como arma política. Por cuenta de la OTAN y más tarde de la CIA, formó a los líderes de los golpes de Estado “suaves” de los

últimos quince años. Desde los años 1950 Sharp estudió la teoría de la desobediencia civil de Henry D. Thoreau y Mohandas K. Gandhi, para quienes obediencia y desobediencia son cuestiones morales o religiosas antes que políticas. Ambos oponen una ley superior a un orden civil.

Sin embargo, la práctica de sus convicciones tuvo consecuencias políticas, de manera que lo que consideraban como un fin en sí puede ser percibido como un medio. La desobediencia civil puede ser considerada entonces como una técnica de acción política, incluso militar, señala el francés Thierry Meyssan.

En 1983, Sharp creó el Programa sobre las Sanciones No Violentas en el Centro de Asuntos Internacionales de la Universidad de Harvard, donde desarrolló investigaciones en ciencias sociales sobre el posible uso de la desobediencia civil por parte de la población de Europa occidental ante una hipotética invasión de las tropas del Pacto de Varsovia.

Paralelamente, fundó en Boston la Albert Einstein Institution –que desde 1987 cuenta con subvenciones del Instituto de EE.UU. por la Paz (US Institute for Peace)– con la misión de financiar sus investigaciones universitarias y de aplicar sus modelos a situaciones concretas. En 1985 publicó *Cómo hacer que Europa sea inconquistable*, cuya edición europea incluye un prefacio de George F. Kennan, padre de la Guerra Fría.

El instituto –integrado por el general Edward Atkeson a la red *stay-behind* de injerencia en los países amigos– organiza seminarios para adiestrar a los llamados “aliados” en la defensa, mediante la desobediencia civil ante un ocupante comunista y es el general Georges Fricaud-Chagnaud quien introduce el concepto de “disuasión civil” en la Fundación de Estudios de la Defensa Nacional.

La focalización sobre el carácter moral de los medios de acción permite evacuar todo debate sobre la legitimidad de la acción. La no violencia, que se admite como buena en sí misma y se asimila a la democracia, da un aspecto respetable a acciones antidemocráticas.

A comienzos de la década de 1990, al darse cuenta del potencial que representa la Albert Einstein Institution (AEI), la CIA destacó

ante ella a un especialista en acción clandestina, el coronel Robert Helvey, decano de la Escuela de Formación de Agregados Militares de Embajadas, quien introduce a Gene Sharp en Birmania para que dé una formación ideológica a la oposición sobre la premisa de una oposición no violenta a la junta militar más sanguinaria del mundo.

Posteriormente, Sharp y su asistente Bruce Jenkins llegan a Pekín en junio de 1989, dos semanas antes de los sucesos de Tiananmen. Ambos fueron expulsados por las autoridades chinas. En febrero de 1990, el instituto organiza una Conferencia sobre las Sanciones No Violentas que reúne a 185 especialistas de dieciséis países alrededor de los coroneles Robert Helvey y Reuven Gal, de la inteligencia israelí. Nace así el principio de una internacional de la lucha anticomunista que movilice las poblaciones en una acción no violenta.

El instituto dispone de abundante financiamiento del International Republican Institute (IRI), una de las ramas de la National Endowment for Democracy (NED).

Cuando Estados Unidos comienza su rearme, en 1998, la Albert Einstein Institution se convierte en un instrumento más de una estrategia expansionista. Provee ideología y técnica a *Otpor* (Resistencia), un grupo de jóvenes opositores al presidente yugoslavo Slobodan Milosevic, e interviene en la provincia de Kosovo para orientar al LDK de Ibrahim Rugova. Rugova resulta inútil, señala Meyssan, pero *Otpor* aparece rápidamente como una alternativa para derrocar a Milosevic, más popular que nunca después de haber resistido a la OTAN.

En septiembre de 2002, Gene Sharp se encuentra en La Haya para adiestrar a los miembros del Iraqi National Council que se preparan para regresar a Irak en la estela del ejército estadounidense. En septiembre de 2003 es también la AEI la que aconseja a la oposición poner en tela de juicio el resultado de las elecciones y organizar manifestaciones hasta obtener la renuncia de Eduard Shevarnadze, durante la llamada "revolución de las rosas", en Georgia.

Sharp fracasa en Bielorrusia y Zimbabwe al no haber podido reclutar y adoctrinar a tiempo la cantidad de manifestantes

necesaria. Durante la llamada “revolución naranja”, en noviembre de 2004, el coronel Robert Helvey estaba en Kiev. ¿Casuales casualidades?

Cuando el golpe de Estado fomentado por la CIA fracasa en Venezuela, en abril de 2002, el Departamento de Estado recurre también a la AEI. Esta aconseja a los dueños de empresas durante la organización del referendo revocatorio contra el presidente Hugo Chávez. Gene Sharp y su equipo guían a los dirigentes de Súmate –una empresa con patente de ONG que intentó suplantar a los partidos políticos de oposición, con la bendición de George Bush– durante las manifestaciones de agosto de 2004.

Y la táctica se repitió en Venezuela en el 2007. Hasta que, nuevamente, el pueblo movilizado dio la respuesta de repaldo masivo a las decisiones de su gobierno. Hoy pareciera que la capacidad operativa y de éxito de los medios de comunicación comerciales es inversamente proporcional a las energías y logros que los movimientos sociales tengan en cuanto a dinámica y organización.

Sobre el escenario venezolano se despliegan todos los efectos de esa tensión. Observatorios específicos –como el realizado por la Asociación Latinoamericana para la Comunicación Social (Comunican) en torno a la jornada electoral del 3 de diciembre de 2006–, monitoreos y comprobaciones hechas sobre el comportamiento de los principales medios privados arrojaron como resultado que la campaña de mentiras contra el gobierno de Chávez no solo es una constante local sino que se articula con los discursos emitidos desde el entramado corporativo mediático internacional.

En ese sentido, basta con seguir de cerca la campaña desinformativa que despliegan las varias veces denunciadas cadenas estadounidenses CNN y Fox News.

Sin embargo, ese mismo escenario sirve como ejemplo concreto de la capacidad de éxito relativo que tiene la manipulación mediática, pues la decisión de soberanía y democracia comunicacional adoptada por el gobierno de Chávez en el caso RCTV fue posible por el alto grado de movilización social de los más amplios sectores

del pueblo venezolano, base desde la cual el presidente bolivariano pudo desplegar todo su coraje político.

Víctor Ego señala que será entonces la organización y la movilización social la que pueda detener la dictadura mediática del grupo Televisa en México, de la Rede Globo de Brasil, del Grupo Clarín y otros menores en Argentina, país este en el que la sociedad es sometida a una realidad comunicacional tan reaccionaria y obscena que, por ejemplo, el fenómeno mundial del mercado televisivo llamado *Gran Hermano* llegó a incluir entre sus protagonistas a figuras de la farándula vinculadas a torturadores de la última dictadura militar, los que, dicho sea de paso, en su abrumadora mayoría aún gozan de total impunidad.

En Bolivia, otro de los países que están en la mira de las campañas de la mentira, ya se podía afirmar en 2005 que el fenómeno de la desconfianza hacia los medios bien puede ser visto específicamente desde la construcción del discurso periodístico, en el que se advierte una tendencia casi constante, en los últimos años, a la criminalización de la protesta, según explicaba el libro *De enteros y medios de comunicación*, de Adalid Contreras Baspinero, hoy alto dirigente de la Comunidad Andina.

Con la irrupción del gobierno transformador de Evo Morales, la corporación mediática se concentró en la generación de discursos descalificadores del presidente y tergiversadores de los acontecimientos sociales, económicos y políticos que se registran en el país. Esa tendencia se había impuesto ya, en forma descarnada, durante el proceso electoral que condujo a Morales a la primera magistratura, según se comprueba en los observatorios de Comunican.

Tales conductas de los medios hegemónicos en el plano simbólico se apoyan sobre una economía política con altos índices de concentración corporativa, señalan los investigadores argentinos Guillermo Mastrini y Martín Becerra en el libro *Periodistas y magnates: estructura y concentración de las industrias culturales en América Latina*: los procesos de concentración de medios en esa región no son nuevos ni desconocidos. En la década del 90 se llevó a cabo un proceso de privatización que, con la excepción de Uruguay,

determinó que el conjunto de las empresas de telecomunicaciones pasaran a estar controladas por capitales privados, en muchos casos extranjeros, oligopolios privados.

En prácticamente la totalidad de las industrias analizadas y en casi todos los países, la suma de los cuatro primeros operadores de medios de comunicación supera 50 por ciento del mercado. Esta cifra puede ser ponderada si se contempla que en la industria farmacéutica, que manifiesta tradicionalmente una propensión marcada a la concentración y al dominio de pocas firmas, los cinco actores del mercado mundial acaparan 20,6 por ciento de la producción de unidades y 24,5 por ciento de la facturación, en tanto que los diez primeros grupos controlan 34 por ciento de la producción y 40,3 por ciento de la facturación, concluye el trabajo de los investigadores argentinos, que incluye los casos de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, México, Perú, Uruguay y Venezuela.

Es obvio que el tema de los medios de comunicación tiene que ver con el futuro de nuestras democracias. Hoy, la dictadura mediática quiere suplantarse a la dictadura militar.

Los derechos humanos no pueden existir sin la libertad de palabra, de prensa, de información, de expresión. La transformación de esas libertades en un derecho individual o colectivo más amplio, a comunicar, es un principio evolutivo en el proceso de democratización.

No cabe la menor duda a nadie que el espectro radioeléctrico es un patrimonio de la humanidad y los Estados son soberanos en su administración, en función del interés nacional y general. Es falaz la idea de que –como quieren mostrar los medios comerciales de comunicación– son propietarios del espacio radioeléctrico las empresas, nacionales y/o transnacionales, que tienen la concesión de una frecuencia.

Hoy en día, la lucha por la democratización pasa por la reconstrucción del espacio público sudamericano –que reúna a los medios estatales, regionales, educativos, universitarios, legislativos y comunitarios–, que fuera privatizado y vaciado durante décadas.

Y lo que temen los analistas-repetidores y los empresarios que durante décadas detentaron el poder mediático en América Latina, es que después de esta no renovación de la concesión de RCTV en Venezuela, se suceda el efecto dominó: el temor es por lo que vendrá... en Ecuador, Bolivia, Argentina, Nicaragua, y por qué no, en Brasil.

Como vemos, es cada vez más necesaria la permanente movilización ciudadana, y también la auditoría social de los medios de comunicación, que se han convertido en el principal poder, por encima de los otros tres clásicos ejecutivo, judicial y legislativo. Se debe crear el quinto poder, el del ciudadano, para fiscalizar a los cuatro anteriores.

En Venezuela, como en otros países latinoamericanos, es enorme la concentración en manos privadas de los medios radioeléctricos de Venezuela. No se puede llamar mixto al sistema de radiodifusión que impera en el país, cuando hay una coexistencia en desigualdad del régimen privado-competitivo y del público gubernamental, lo que tiene su origen desde que los gobiernos de Eleazar López Contreras (1936-1941) y Marcos Pérez Jiménez (1952-1958) otorgaron veintisiete permisos de radiodifusión sonora y cuatro de televisión a sectores privados, respectivamente.

Los dueños reales del espectro radioeléctrico venezolano eran las plantas RCTV y Venevisión que concentraban 85 por ciento de la inversión publicitaria en medios de comunicación en el país, detentaban 66 por ciento del poder de transmisión, dominaban las redes transmisoras y de difusión de la señal y 80 por ciento de la producción y elaboración de contenidos que se difunden en Venezuela.

Los principales grupos del poder mediático son encabezados largamente por la Organización Diego Cisneros (ODC), dueña de Venevisión, un *holding* con tendencia global e inversiones en distintas áreas económicas. Solo la industria del espectáculo le reportó ganancias de cinco mil millones de dólares anuales. La ODC tiene participación importante en Chilevisión (Chile), Caracol (Colombia), el Caribe (Caribbean Communication Network) además de Venevisión, y es el mayor accionista de la cadena estadounidense

Univisión y la señal de Galavisión para el público de habla hispana en Estados Unidos.

También es accionista en AOL Latinoamérica, junto con América On Line, uno de los principales proveedores de internet, controlando importantes portales. Además es dueño de ochenta empresas a nivel nacional e internacional en sectores todos estratégicos. El grupo Cisneros controla, además, 47,5 por ciento del canal de señal abierta Vale y participa en otras empresas como FM Center Concesionaria, cuya junta directiva forma parte de ODC.

En segundo lugar se ubicaba 1BC.RCTV que se dio a conocer como Grupo Phelps ocho décadas atrás. En 1929 se constituía como *el holding* empresarial Sindicato Phelps. En 1930 incursionó en comunicaciones, apoyado por RCA –productora de aparatos radiofónicos que Phelps distribuía en Venezuela– fundando la 1 Broadcasting Caracas (1BC), la primera emisora comercial en el país, que en 1936 asumió la nominación de Radio Caracas Radio (RCR) y en 1953 aparece Radio Caracas Televisión (RCTV).

El grupo, encabezado por Peter Bottome, principal accionista, Marcel Granier, integrantes de la familia Phelps y otros, posee más de 80 por ciento del capital social de cinco empresas que operan en Venezuela como RCTV, FM, RCR, Recordland y Línea Aérea Aereotuy. Las empresas donde el grupo no posee el ciento por ciento, están asociadas a la razón jurídica extranjera Coral Sea Inc. Coral Pictures, ubicada en Miami, comercializa a nivel mundial 1BC y en menor potencia posee la misma estructura de concentración de propiedad que ODC.

En el tercer puesto se cita al Grupo Núñez, Zuloaga, Mezerhane y Ravell, de Globovisión. Sus dueños, encabezados por Luis Teófilo Núñez poseen 89,9 por ciento del capital social del operador de señal abierta Globovisión y Monserrat S.A. el resto. Inició operaciones en 1994 y es especializado en información y, además, vinculado con prensa escrita, nexos bancarios, turísticos, cuyas acciones pertenecen a la extranjera Humboldt International Limited.

En el cuarto lugar los investigadores ubican al Bloque de Armas –encabezados principalmente por Andrés, Armando y Martín de

Armas Silva— ciento por ciento operador de Meridiano TV (canal deportivo), siendo el resto del capital social de Overseas Trading Investment S.A. Tiene periódicos y revistas de deportes, entretenimiento y la Editorial Primavera S.A., que imprime textos y diarios (Meridiano, 2001) y revistas.

Siguiendo este esquema está el Grupo Imagen La Tele, encabezado por Fernando Fraíz Trapote, Elías Tarbay Assad y otros cuatro socios, varios de los cuales están, a su vez, en la Junta Directiva de la Operadora Cablevisión SA, a pesar de que 100% de las acciones pertenecen a la extranjera Telecom Trading Corporation, vinculada a Airtel.

Este grupo es operador de TV, en señal abierta UHF con La Tele, que inició operaciones en diciembre de 2002 y está vinculado a diversas empresas, entre ellas varias de publicidad.

El Grupo Camero posee el canal Televen, integrado por Inversiones Cuatro Treinta CA, con 94,4 por ciento, y asociada a Marbrid, empresa con sede en Panamá (3,5 por ciento).

Aunque resumido, este es el esquema del poder mediático que impera en Venezuela, que forma parte del poder económico con multimillonarias ganancias incrementadas ahora con aportes desde Washington en la guerra sucia informativa contra el gobierno venezolano.

De acuerdo con los datos de la Comisión Nacional de Telecomunicaciones (Conatel), 78 por ciento de las estaciones de televisión en VHF son utilizadas por el sector privado, mientras que solo 22 por ciento por el sector público; y en la banda UHF 82 por ciento son operadas por privados; 7 por ciento por el sector público y 11 por ciento por operadores de servicios comunitarios.

LA EXPERIENCIA COLOMBIANA

Para vender sus guerras, el Mercado siembra miedo. Y el miedo crea clima.

*La televisión se ocupa de que las torres de Nueva York
vuelvan a derrumbarse todos los días.*

*¿Qué quedó del pánico al ántrax? No sólo una investigación
oficial, que poco o nada averiguó sobre aquellas
cartas mortales: también quedó un espectacular aumento
del presupuesto militar de Estados Unidos.*

*Y la millonada que ese país destina a la industria
de la muerte no es moco de pavo.*

*Apenas un mes y medio de esos gastos bastaría para
acabar con la miseria en el mundo, si no mienten
los numeritos de Naciones Unidas.*

EDUARDO GALEANO

Colombia comparte con Brasil lo que constituye su segunda frontera en extensión, a diferencia de la más extensa, que lo separa y comunica con Venezuela. A esta coincidencia limítrofe, para llamarla de alguna forma, el Estado colombiano no le ha otorgado la relevancia que merece. Colombia está ubicada en una región tan estratégica como la Amazonia –no obstante el enorme peso geopolítico de su vecino–, pese a que algunas áreas de esa frontera han estado y siguen estando articuladas a flujos internacionales y globales.

Así, Brasilia y Bogotá se comportan como vecinos distantes, desconocidos y a veces hasta temerosos, y solo se han acercado urgidos por problemas de seguridad y motivados por el interés comercial. La relación real, carnal, fraternal, con más de 2 mil 200 kilómetros de frontera sigue siendo la de Colombia y Venezuela, hijos ambos de la Gran Colombia bolivariana.

Algunos datos para entrar en el tema: durante el primer gobierno del presidente colombiano Álvaro Uribe (2002-2006) fueron asesinados dieciocho periodistas; siete de octubre de 2002 a octubre de 2003; cinco a octubre de 2004; dos a octubre de 2005 y tres a octubre de 2006. Muchos periodistas colombianos han optado por el exilio como única forma de preservar sus vidas ante las amenazas de muerte, como en los recientes casos de Fernando Garavito y Daniel Coronell. Casi una treintena de periodistas está bajo la protección del DAS (la policía secreta) para que puedan cumplir con sus labores, muchos fueron asesinados. ¿De qué democracia, de qué libertad de expresión estamos hablando?

El célebre periodista colombiano Juan Gossaín, de RCN Radio, le preguntó al presidente Álvaro Uribe: “La expresión que usted hizo sobre su respeto a la libertad de prensa me lleva a suponer que por ejemplo usted no le quitaría la licencia de funcionamiento a Radio Caracas”. Y el mandatario respondió enseguida: “A nadie. Mejor dicho, que ejerzan el periodismo sin licencia, que digan lo que quieran, que hablen en cualquier parte.”

Lo cierto es que Uribe no puede cerrar canales de TV opo-
sitos, porque no existen. Sin embargo, puso fin en octubre de 2004

al estatal Instituto de Radio y Televisión (Inravisión), que manejaba tres señales abiertas con franjas educativas y culturales, un programa diario de entrevistas sobre el movimiento social y documentales con contenidos a menudo incómodos para el gobierno.

Este mandatario hizo el anuncio un lunes, y el jueves siguiente “entró la policía y desalojó a los trabajadores esa misma noche”, dijo a IPS el sociólogo Milciades Vizcaíno, quien trabajó casi veintisiete años en el área de televisión educativa, que fue eliminada.

El gobierno adujo que Inravisión era ineficiente. Pero el trasfondo fue la fuerza que tenía el sindicato, sostuvo Vizcaíno, autor del libro *Universidad y medios de comunicación. Del estado de bienestar al mercado*, donde analiza el proceso inverso al que se introdujo en Venezuela al destinar la onda de RCTV a una emisora pública.

Inravisión fue reemplazado por Radio Televisión de Colombia (RTVC), que terceriza actividades mediante contratos de concesión, evitando la creación de un sindicato, con lo que ahorra 72 por ciento de costos operativos. Además, los transmisores son manejados por otra empresa, Telecom.

En octubre de 2006, durante el debate del senador opositor Gustavo Petro sobre vínculos de paramilitares derechistas y políticos de los departamentos de Sucre y Córdoba, la señal del Canal Institucional, ahora a cargo de RTVC y que frecuentemente retransmite desde el parlamento, desapareció en ambos territorios del Norte.

No solo la televisión pública, sino operadores privados de televisión por cable suspendieron la señal en algunos sectores de Bogotá y en ciudades principales, como Cúcuta (nororiente) y nunca dieron explicaciones, informó la ciudadanía a los congresistas al día siguiente.

Cabe recordar también, que en Colombia la Fiscalía tiene una dirección de Protección a Periodistas, que se la brinda con vehículos y escoltas armados a los trabajadores de la prensa amenazados por el paramilitarismo. Y el propio DAS certifica, en una inusual aclaración, que protege a veintiocho periodistas amenazados. Muchos trabajadores de la prensa (además de sindicalistas,

defensores de los derechos humanos, campesinos) fueron asesinados y otros debieron salir del país para preservar sus vidas y las de sus familiares.

Claro: en Colombia, hay una violencia cotidiana, reproducida en los medios, que llega a sectores como el de mujeres, trabajadores, indígenas, negros, pobres, árabes, izquierdistas, campesinos, sindicalistas. Y en una guerra, la primera víctima es la verdad. ¿Verdad?

En una nación sumida desde hace casi cinco décadas en un conflicto social y político de expresión no solo violenta sino también armada, es evidente que la peor parte de esa política de satanización de los medios corre por cuenta del eslabón más débil de la cadena: los medios no comerciales, alternativos o independientes, étnicos y/o comunitarios. Y la mejor parte, hasta hace poco, la llevó por varias décadas una alta burguesía que, en su afán por el lucro, siempre se opuso a una política de paz que mermara sus ganancias.

Quizás por temor a los cambios democráticos y sobre todo por temor a ser afectados en sus intereses económicos y de influencia en la llamada opinión pública, es que los dueños de los medios de comunicación han definido una línea adversa a las negociaciones de paz y hostil a toda iniciativa y propuesta de la guerrilla. La solución política no pasa, desde su óptica limitada, por los cambios estructurales que erradiquen las causas que originaron el conflicto social armado.

La llamada gran prensa, la comercial, tiende a mostrar como único camino el de la paz romana o la paz de los sepulcros, que no es otra que defender la guerra para vencer a la insurgencia y llevarla en condiciones de derrota a la claudicación en la mesa de diálogo. El actual vicepresidente Francisco Santos, ex editor del diario *El Tiempo*, sostuvo que los medios de comunicación “crearon una caja de resonancia a los hechos terroristas que sin duda fueron más efectivos que la misma utilización de explosivos por parte de estos grupos ilegales”. Su primo Juan Manuel, también de la casa *El Tiempo*, es ministro de Defensa.

No cabe duda que no es causal la ausencia de una política pública de comunicación que reconozca en los sectores sociales

populares, étnicos, organizaciones no gubernamentales y demás expresiones de la sociedad civil, los sujetos capaces de emitir e intercambiar información, con el derecho a trascender los espacios locales y acceder a la comunicación global de sus intereses y representaciones culturales.

Los analistas colombianos señalan que, al igual que en otros países de la región, existe una tendencia deliberada y evidente en la legislación colombiana para favorecer los intereses económicos de los grandes monopolios de la información y el entretenimiento, y mantener a los medios independientes en una situación de subdesarrollo con respecto de sus posibilidades de acceso al espacio electromagnético, a áreas de cobertura de sus medios y posibilidades de autosostenimiento.

Es más: hay un solo diario de alcance nacional (*El Tiempo*).

Dentro de este contexto hay que destacar que los grupos paramilitares vienen dándole singular importancia a la intimidación de los medios y periodistas alternativos, pues los medios comerciales son regulados por otras vías, incluida la autocensura. Además, el paramilitarismo, a través de empresas fantasmas y de testaferros, se ha venido haciendo del control de las televisoras locales o por parabólicas, hasta el extremo de trabajar por incidir en la composición de la Comisión Nacional de Televisión.

Colombia vive una crisis institucional. Dos centenares de dirigentes políticos del oficialismo colombiano acaban de admitir haber suscrito un documento en respaldo a una propuesta de los líderes paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Una decena de parlamentarios han sido acusados por la Suprema Corte de Justicia de delitos cometidos –incluso el genocidio– en alianza con los paramilitares, entre ellos apoyar, financiar, pertenecer o cooperar con estos grupos. Y también destacados jefes de las fuerzas armadas y el propio ex director del DAS.

La idea difundida por el gobierno y la gran prensa es que el Plan Colombia, auspiciado por Estados Unidos, es contra el narcotráfico y para la inversión social. Ningún medio comercial registra, por ejemplo, que de la “ayuda” norteamericana de 1.300 millones de

dólares, 84 por ciento es para la guerra; y que a pesar que se basa en que es dirigido en lo fundamental para sustituir los cultivos ilícitos, para este fin apenas destine el 9 por ciento de la cuantiosa suma.

Hay algo más grave en Colombia: pareciera que ahora, lamentablemente, no hay ninguna diferencia entre la información que brindan los medios nacionales y los internacionales. Antes, los internacionales cubrían parte del conflicto, ahora no cubren nada, se han acomodado al igual que los medios nacionales, han aceptado la intimidación y/o autocensura. Con Uribe, el conflicto colombiano ya no vende. Pareciera que lo único que se quiere vender es el producto que ofreció Uribe: la (inexistente) paz, la entrega de armas de los paramilitares, la negación misma del conflicto, la que se desmiente por su misma existencia.

“Nunca antes en Colombia la prensa ha sido tan presionada desde el Ejecutivo, pese a que nunca ha sido tan sumisa”, señala un editor de la más prestigiosa revista colombiana.

Con la complicidad de la gran prensa comercial, el gobierno supo vender bien por un largo tiempo la estrategia de seguridad democrática: recuperación del territorio ocupado por la guerrilla mediante el fortalecimiento de las fuerzas armadas y una mayor dotación militar y policial. Quien no es amigo del Plan Colombia pasa a ser enemigo del Estado, hasta que pueda demostrar lo contrario.

Y cuando surgen voces denunciantes, discordantes con el libreto recitado desde el gobierno, desde la cúpula misma del poder se levantan otras acusando al osado periodista o legislador de tener estrechos lazos con los movimientos insurgentes, convirtiéndolo *ipso facto* en blanco-móvil o en un (otro) exiliado.

Hay un mejoramiento de la seguridad en las grandes ciudades y un deterioro creciente en las zonas de conflicto, que se han vuelto cada vez más vulnerables. La intensificación del conflicto como aplicación de la estrategia de seguridad democrática ha significado el aumento de los riesgos para los periodistas, sobre todo para los pocos –cada vez menos– que cubren, poniendo siempre en riesgo su propia seguridad (y vida) zonas en conflicto militar.

La autocensura que muchos periodistas se han visto obligados a adoptar para sobrevivir ha adquirido formas como la negativa a viajar a zonas de conflicto intenso, en la que se producen la mayoría de los abusos y violaciones de los derechos humanos, o su reticencia a buscar fuentes de información alternativas e independientes que puedan exigir el desplazamiento a zonas peligrosas y, entonces, todo se basa en la información oficial.

Hay un hecho que también detectamos en Colombia, y que está bastante lejos de la ética: la farandulización de la violencia. A lo sumo, como en la taquillera película de Hollywood, *Mujer bonita*, se lanza el cuento de que la puta se casa con el *broker* millonario sin escrúpulos...

Decía Galeano en *Las venas abiertas de América Latina*, que el hambre es el genocidio silencioso de América Latina. No por silencioso es menos genocidio. Hay una violencia estructural detrás del poder escondido y el poder invisible que, por ser latente y por estar interiorizado, no se refleja, pero que causa estragos mayores que los tsunamis e, incluso, que las invasiones.

Con los medios azuzando al consumo de violencia, el resultado es que los muertos, como en las películas, no tienen rostro. Como en *La guerra de las galaxias*: cuando hay muchos muertos, la genética humana no soporta reconocer tantos cadáveres. Sin cara, los muertos son menos muertos.

De todas formas, la irracionalidad de mostrar la violencia sin contexto crea más irracionalidad. La imagen final es que los pueblos en guerra son todos unos locos que se matan sin sentido. Meter un poco de etnicidad culmina el análisis (esos pueblos bárbaros son así). Por tanto, bien muertos están. Es una generalización del culmen del fascismo: cuando detienen o matan a alguien, los cobardes dicen: algo habrá hecho.

La estrategia del gobierno colombiano ha sido la de invisibilizar el conflicto: si no difundo lo que sucede, puedo hacer creer que este no existe. Que nadie se entere de lo que pasa en América Latina, así podemos estigmatizar los movimientos sociales, disfrazar de seguridad pública a las más burdas represiones, olvidarnos

de los millones y millones de excluidos. Y, a la vez, montar supuestas acciones terroristas para endilgárselas a la guerrilla.

La grosera prisión el 19 de noviembre de 2006 del corresponsal de Telesur en Colombia, Fredy Muñoz, un dedicado, joven, acucioso periodista de 36 años, puso de manifiesto que, una vez más el periodismo independiente, libre y crítico es agredido por quienes insisten en utilizar la coacción, el amedrentamiento, la mentira y la fuerza para doblegarlo. Muñoz fue acusado de rebelión y terrorismo por supuestos actos realizados en 2002.

Tras ser liberado por falta de pruebas, la Fiscalía General difunde por los medios una fotografía de Muñoz en un campamento guerrillero, “casualmente” encontrada en uno de los ocho morrales abandonados por los insurgentes tras la “liberación” del ex ministro (y luego canciller) Fernando Araujo. La foto copiada –en un disco compacto– fue encontrada por la inteligencia naval un mes después de la aparición de Araujo y de que el Ejército hubiera peinado toda la zona sin mayores resultados. No se libró una orden de captura primero, no se informó a los abogados defensores, se intentó crear una matriz de opinión adversa al periodista. Se intentó destruirlo moralmente, mediáticamente, en clara demostración de que se trataba de un montaje y de una agresión a Muñoz y, sobre todo, a Telesur.

Todo indica que lo que se pretendió con esta detención es criminalizar a Telesur y el trabajo de la corresponsalía en Bogotá, fundamentado en el rigor y la veracidad periodística. Quizá hubiera gente que buscaba provocar una nueva crisis entre Colombia y Venezuela, apenas unos días antes de las elecciones presidenciales en este país y, a la vez, poner una cortina de humo ante la grave crisis institucional que se vivía en Colombia.

Aquellos que vivimos en el Sur sabemos que el caso de Muñoz no es aislado. Son centenares los periodistas honestos que pagaron y pagan con cárcel, persecución, amenazas y violencia su ética, su dedicación a informar con la verdad. Sabemos de sobra de decenas de periodistas desaparecidos, asesinados, torturados y sacrificados para silenciar el terrorismo de Estado, la barbarie y la miseria.

Los testigos reunidos por la Fiscalía en la causa contra Fredy Muñoz señalaron que el alias que le han atribuido los organismos de seguridad, había sido afectado por la explosión accidental de una bomba, que le habría causado graves quemaduras en una de sus extremidades superiores y en una de sus orejas, lesiones que no presenta el periodista, lo que corrobora el examen médico-legal-, pese a lo cual la Fiscalía insiste en señalarlo como ese delincuente.

El testigo, Yainer Rodríguez Vázquez, señaló asimismo ante la Fiscal Myriam Martínez Palomino y el Procurador Penal Juan Carlos Cabarcas, que también fue amenazado por la Inteligencia de la Armada de Colombia, para que rindiera declaraciones contra personas que no conoce, entre ellos Fredy Muñoz. Añadió que el alias que le atribuyen –Jorge Eliécer– corresponde a un guerrillero muerto por las Autodefensas (paramilitares) años atrás.

Yainer Rodríguez, condenado a doce años de prisión, acusado de los delitos de rebelión y terrorismo, dijo a la Fiscal que a ella le consta que él también fue víctima de sus presiones en ese mismo despacho –si no declaraba lo que ella quería, se le amenazaba de extenderle la pena a 30 o 40 años de prisión–, y que también lo presionaron en la base militar de Bocagrande, donde estaba recluido.

Interrogado por el Procurador, el testigo señaló que no puede seguir acusando a gente que no conoce y manifestó que ya le había comunicado a la Fiscal que el Jorge Eliécer que él conocía desertó de la guerrilla y lo mataron las autodefensas en Ñanguma. ¿De qué justicia hablamos?

No cabe ninguna duda, que más allá de firmar un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, que ni sus propios empresarios quieren, Colombia vive hoy una grave crisis institucional, con la sucesión de escándalos derivados de que personeros del paramilitarismo –incluso algún senador sindicado de haber alentado actos de genocidio– detentan altísimos cargos en el gobierno.

Hay que tener claro que hay gente en las altas esferas de Colombia –quizá con asesoramiento extranjero– capaz de poner una bomba en la Escuela de Guerra para paralizar los acuerdos de

canje humanitario del gobierno y la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

Los últimos hechos ocurridos en Colombia en 2006 –y visibilizados por la corresponsalía de Telesur– incluyen un falso atentado con carro bomba en la zona sur de Bogotá el 14 de julio, poco antes de las elecciones que terminaron con la reelección del presidente Álvaro Uribe. La Fiscalía General colombiana calificó de “grosero montaje” la realización de este acto terrorista –atribuido en su momento a la guerrilla– por parte de un mayor y un capitán del ejército para escalar posiciones. Sin duda, como este, el de Fredy Muñoz es otro grosero, artero montaje, en el que participa la policía secreta DAS y la regional del Caribe de la llamada “inteligencia” naval.

Pero eso no es todo. Porque ese es apenas uno de los cinco incidentes de los llamados “falsos positivos”: atentados denunciados como de autoría de la guerrilla que en realidad fueron realizados por las fuerzas de seguridad. Y por lo cual, el partido Liberal, de oposición, pidió la cabeza de Juan Manuel Santos, el ministro de Defensa, otro representante de la empresa de *El Tiempo*.

¿Será que de pronto todos se volvieron locos? No. Hoy la prensa colombiana parece recobrar –con intermitencia, claro– la memoria y trae a la mesa el choque entre militares y policías en Guaitarilla, la muerte de campesinos en Cajamarca, la presentación de civiles como guerrilleros muertos, la matanza de una unidad de élite de la Policía por una unidad del Ejército en Jamundí, la participación de militares en un supuesto ajuste de cuentas entre narcotraficantes en el departamento de Atlántico. Estos hechos, como muchos ellos de la conflictiva cotidianidad colombiana, fueron visibilizados por Telesur.

Desde el Congreso colombiano, desde las bancadas del liberalismo y sobre todo del Polo Democrático Alternativo, surgen duras críticas sobre la dudosa desmovilización de las paramilitares Auto-defensas, que quiere presentarse como sustentada sobre la legalidad y la paz. Según una investigación del DAS, la policía secreta, actualmente operan cuarenta y cuatro nuevos grupos paramilitares en distintos puntos del país.

En el Senado se hizo notar que entre 2003 y 2006 los miembros de las bandas paramilitares tuvieron un crecimiento exponencial, pasando de 15 mil a 41 mil integrantes.

En el Congreso se denunció asimismo que muchos campesinos desempleados y sumidos en la miseria han sido utilizados para hacerlos pasar como paramilitares y de esa manera cobrar el sustento mensual que les brinda el Estado, auxilio que asciende en los últimos dos años a cien millones de dólares, que obviamente sale de los impuestos que pagan todos los colombianos.

Mientras el Estado subsidia esta maquinaria paramilitar, los principales cabecillas de las Autodefensas, acogidos a la mal llamada Ley de Justicia y Paz, están alojados (supuestamente detenidos) en el centro vacacional de La Ceja, en Antioquia. Para juristas colombianos, esta ley es un instrumento de impunidad con el cual se pretende, incluso, burlar una posible intervención de la Corte Penal Internacional, catalogando a las Autodefensas dentro del esquema de delito político.

El senador Parmenio Cuéllar recordó que los delincuentes políticos son aquellos que se rebelan contra el Estado. Obviamente, los paramilitares no están luchando por derribar el orden establecido, por derribar al gobierno. La Comisión Colombiana de Juristas ha demostrado que en los dos años de esta política de “desmovilización” los distintos bloques paramilitares han cometido más de tres mil asesinatos, en su gran mayoría de campesinos indefensos, dirigentes sociales, sindicales y políticos, y también de empresarios en el afán de quedarse con sus negocios.

Solo el bloque Norte de las Autodefensas ha perpetrado 558 asesinatos, cifra confirmada por el computador incautado al jefe paramilitar “Jorge 40”, y denunciados en el Senado el 18 de octubre de 2006. Al mismo tiempo, las Autodefensas siguen narcotraficando y mantienen dominio territorial, político y económico en amplias zonas del país.

Pero quizá las denuncias más fuertes fueron las realizadas por el senador Gustavo Petro, a mediados de abril de 2007, cuando afirmó que cuando era gobernador, el presidente Álvaro Uribe autorizó la

fundación de una cooperativa de fuerzas de seguridad (Convivir) a Salvatore Mancuso, máximo jefe paramilitar de las Autodefensas Unidas de Colombia, Enilece *La Gata* López y Jesús Ignacio *Monoleche* Roldán Pérez, también de las AUC.

Petro reveló que Mancuso conformó, por autorización de Uribe, *Horizontes*, una de las 82 cooperativas Convivir, que fueron creadas y promovidas en el departamento de Antioquia durante la gobernación de Uribe (1995-1997), con la excusa de que los campesinos y hacendados defendieran sus propias tierras ante la amenaza de los grupos guerrilleros.

Varios jefes de las Autodefensas fueron mencionados por Petro como miembros de estas asociaciones. Habló de Salvatore Mancuso, que pertenecía a las Convivir Horizonte y Guaymaral; de “Monoleche”, que hacía parte de Abibe; de “Cadena”, que integraba Nuevo Amanecer; de Salomón Feris Chadid, alias “08”, de Orden y Desarrollo, y de Juancho Prada, de Los Arrayanes. También mencionó al esposo de “La Gata”, Héctor Julio Alfonso, de la Convivir Esperanza Futura, y al hijo, Jorge Luis Alfonso, de Orden y Desarrollo.

Estas asociaciones fueron creadas entre 1994 y 1997, y si bien para ese entonces los mencionados no eran conocidos como paramilitares, al menos Mancuso y “Chepe Barrera” actuaban como miembros de las Autodefensas. El primero, al lado del desaparecido Carlos Castaño en las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, y “Chepe Barrera” en los Llanos. Precisamente llama la atención que este paramilitar hoy prófugo haya creado una Convivir en Antioquia.

Petro mostró testimonios que tienen en su poder organismos de investigación, según los cuales los paramilitares protegían al menos una hacienda de la familia del presidente Uribe y denunció que en la finca Las Guacharacas, propiedad de la familia del Presidente, se ejecutaron guerrilleros. Dijo, asimismo, que allí operaba la Convivir Cóndor, dirigida por Juan Villegas Uribe, quien tenía contacto permanente con alias Lucas, un reconocido jefe paramilitar de la zona, y señaló que en la finca La Carolina, también propiedad de la familia Uribe, los paramilitares tuvieron una base para cometer sus acciones.

Con base en testimonios judiciales, Petro aseguró que varios altos oficiales militares y policiales mantuvieron relaciones con los desaparecidos jefes mafiosos Pablo Escobar y Gonzalo Rodríguez, del antiguo cartel de Medellín y aseguró que el actual comandante de la Policía en Bogotá, general Daniel Castiblanco, se reunió en 1992 con Pablo Escobar en su finca Nápoles, así como también lo hizo el coronel del Ejército Gabriel Díaz, ahora general en retiro.

Petro afirmó que el general Daniel Ernesto Castiblanco, actual comandante de la Policía Metropolitana de Bogotá, se reunía con los narcotraficantes y paramilitares como Pablo Escobar, Gonzalo Rodríguez Gacha, Víctor Carranza, Ramón Isaza y alias "Ariel Otero".

Según el senador, la información fue entregada a la ex embajadora de Estados Unidos en Colombia, Anne Patterson, en un documento suscrito por el capitán de la policía, Gilberto Cárdenas, oficial de inteligencia.

Petro denunció, asimismo, que el 30 abril de 1998, las autoridades capturaron a Jacinto Alberto Soto Toro, jefe de finanzas de la organización de Carlos Castaño y Salvatore Mancuso, quien estaba en el estacionamiento Padilla, en Medellín, en compañía de dos secretarías, que le ayudaban a destruir documentos sobre la organización financiera de las Autodefensas, incluida la contabilidad de la fundación Funpazcor, a través de la cual se canalizaban dineros para varios bloques de las AUC.

Por su parte, el gobierno calificó el debate sobre la parapolítica como novelón de Petro e historia llena de falsedades. El ministro del Interior, Carlos Holguín, dijo que el anunciado debate se tradujo en ataques contra la dignidad del Presidente, y fustigó a Petro por lo que denominó una actitud para desacreditar a Colombia en el extranjero, pero reveló que solo treinta y ocho personas que hicieron parte de las Convivir tienen antecedentes y que seis de las cooperativas que funcionaron degeneraron en grupos paramilitares.

El consejero presidencial José Obdulio Gaviria rechazó los términos utilizados por el senador y no dejó de mencionar el indulto que recibió el Movimiento 19 de Abril (M-19), al que pertenecía

Petro, y afirmó que el debate mostró “un deseo profundo de sabotear procesos de paz distintos a los que beneficiaron a él y a sus amigos”.

Poco después fue el propio Mancuso quien prendió el ventilador y, sorpresivamente, golpeó la credibilidad del presidente Uribe. ¿Sorpresivamente? No, a Uribe le queda poco en el gobierno. Lo que intentaba hacer Mancuso era salvar a varios altos jerarcas, entre ellos el ministro de Defensa, con más futuro según los escenarios de la CIA, que un Uribe políticamente derrotado, atrapado en su laberinto de canje humanitario y relaciones con las FARC.

Otro de los hechos que conmovió a la opinión pública colombiana en este último tiempo, fue la divulgación por parte del diario de Miami el *Nuevo Herald* de un video en el que aparece Álvaro Uribe junto al paramilitar de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), Fremio Sánchez, alias Esteban. Las imágenes fueron tomadas en octubre de 2001 durante un acto proselitista, que el por entonces candidato realizó en la ciudad de Puerto Berrío, Antioquia.

El Secretario de Prensa de la Presidencia, César Velásquez, envió una carta al diario estadounidense donde señalaba que si tienen alguna acusación concreta en contra del gobierno, la denuncien formalmente. La respuesta desde Estados Unidos no tardó. Un abogado, Daniel Kovalik, quien representa a tres empleados de la compañía estadounidense Drummond asesinados en Colombia en el 2001, le envió una carta a la Secretaria de Estado Condoleezza Rice pidiéndole que investigue los posibles nexos entre la administración uribista y los siniestros grupos paramilitares.

Desde México, en declaraciones a la revista *Semana*, el narcotraficante Fabio Ochoa Vasco reveló que a fines de 2001 los principales jerarcas de las AUC pusieron una importante suma de dinero para apoyar la primera candidatura presidencial de Uribe. A cambio de un proceso de paz muy favorable para los paramilitares.

“Cuando Uribe comenzó a repuntar en las encuestas, yo estaba conversando con Mancuso, cuando llegó una camioneta Hilux y se bajaron dos hombres que venían de Bogotá. Los vi cinco minutos

cuando Mancuso les dio la orden a sus hombres de que subieran al carro tres maletas llenas de billetes de 100 dólares. Es más, de esa plata yo aporté 150 mil dólares”, aseveró Fabio Ochoa.

El gobierno respondió ante este nuevo embate con un comunicado donde señaló que durante las campañas de 2002 y 2006 “nunca se solicitó, recibió o se utilizó dineros provenientes de narcotraficantes o paramilitares”.

Sin duda Telesur incomoda a las élites tradicionales, a los detentadores del poder en muchos de nuestros países. Y por eso quieren silenciar su voz, para que siga la afonía de la que muy pocos se beneficiaron durante tantos (514) años. Porque el canal multiestatal latinoamericano apenas cumple con el cometido de todo periodista: visibiliza, hace público, transmite a todo el continente y al resto del mundo, lo que medios comerciales muchas veces coaccionados, amedrentados –hasta que aplican la autocensura– no difunden sobre las realidades de nuestro continente.

No se puede permitir la estigmatización, la descalificación artera. Porque más allá de nuestras pequeñeces, Telesur somos todos. Todos aquellos que creemos (y luchamos) por el proceso de integración, que creemos en la democracia, en la diversidad, en la pluralidad. Más allá del alcance de su señal, hoy Telesur es ejemplo de un periodismo masivo y alternativo (al mensaje hegemónico), y no solo en América Latina.

LA (PEN) ÚLTIMA PALABRA

*No sé decirte nada más,
pero tú debes comprender que
yo aún estoy en el camino.*

JUAN GOYTISOLO

Así como el lenguaje orienta, también puede desorientar y de allí que hay que tomar precauciones sobre el uso ciego de las palabras y de los conceptos. El pensador portugués Boaventura de Souza Santos dice que se debe someter a crítica palabras de uso corriente como democracia, transparencia, política, capital social, corrupción, gobernabilidad, gobernanza, globalización, socialismo, legitimidad, entre muchas otras, porque los conceptos son hoy uno de los principales campos de batalla ideológico y del actual momento político de nuestra región.

Sin duda, la política, expresión de la vida pública donde repercute la tensión entre el individuo y el colectivo, es un imperativo ciudadano. Pero se le trata de quitar valor o importancia para limitar su ejercicio a unos pocos, para que lo ejerza una pequeña elite.

Estemos claros: poner nombres a las cosas es ejercer poder, es designar al mundo a imagen y semejanza de quien lo nombra, hacerlo a su medida, a su tamaño. Para el que tiene la posibilidad de nombrar las cosas, lo que excluya de la lista existe a medias, a oscuras, o simplemente no se reconocerá.

La humanidad tiene la capacidad de inventar. La creencia, el dogmatismo, ha permitido a la llamada civilización occidental dar por ciertos algunos conceptos que son pilares de la modernidad. Esa posición es llevada al extremo por el realismo, que sostiene que las cosas existen sin importar cómo las llamemos. En el otro extremo está el idealismo, que sostiene la imposibilidad de alcanzar la esencia de las cosas y por eso los nombres expresan apenas una parte de lo que son.

Lo real bien puede definirse como una potestad colectiva y participada. El catedrático español Juan Carlos Monedero indica que como ocurre con la democracia deliberativa, cuya premisa es que participen en la deliberación los afectados, en la tarea de redonomi-nación social deben participar todos los miembros de la sociedad. "El derecho al alfabeto está en la base de la democracia", afirma.

No sabemos lo que nos pasa: eso es lo que nos pasa, solía escribir Ortega y Gasset. En plena etapa de cambios, estamos perplejos porque los viejos mapas no nos sirven para orientarnos y

funcionamos sobre la base de prueba y error. Para algunos la modernidad fue una frustración o que solo se registró parcialmente, en algunos lugares. Otros indican que es una aspiración permanente de todos los pueblos y que jamás se llegará a ella como la imaginamos ahora. Albert Einstein decía que lo que caracterizaba la modernidad era la perfección de los medios y la confusión de los fines.

Para que exista un vínculo social que organice la vida colectiva se necesita una base cultural que fusione pasado, presente y futuro, ahora que ya no es tan convincente un origen divino del mundo y un orden social natural, concepto que compite con pensamientos simbólicos, raciales, ideológicos y con la idea de un porvenir, que incluye la pervivencia de la familia, el grupo, la comunidad, la patria, la Patria Grande.

Las sociedades cambian. Carlos Marx señalaba que el cambio se da por la lucha de clases ligada a los cambios tecnológicos. Según Weber, se produce por la racionalización y el desencantamiento del mundo; según Duckheim por la especialización funcional de las personas y los grupos sociales y, según Tönnies, por el paso de comunidades a sociedades. No se trata de un compendio de citas célebres, sino que a través de ellas podemos ir vislumbrando el cambio en nuestra sociedad actual, donde renace el concepto de socialismo, el concepto de solidaridad.

Hoy no tiene sentido argumentar que el comunismo soviético no sirvió porque se desplomó. Sobre todo porque estamos hablando de un modelo lejano a nuestra idiosincrasia, a nuestras expectativas, a nuestras realidades. La desaparición del referente comunista no significa ni el fin de la historia ni el choque de civilizaciones. Lo cierto es que inspirarse en un presente que solo mira al pasado es la mejor expresión del conservadurismo. Inspirarse en un presente que solo mira al presente es mero reformismo, y en un presente que mira el presente y espera solo al futuro, es apenas rebeldía, señala Monedero.

Claro, que mucho peor es pensar en un futuro que mira al pasado, porque eso sí es reaccionario. De lo que se trata es de buscar en el pasado aquellos aspectos que ayuden hoy a construir un futuro que

nos emancipe, un porvenir para todos. Rescatar la memoria para saber de dónde venimos, para saber hacia dónde vamos; para que no nos sigan imponiendo nuestro destino desde afuera. Tenemos el deber moral de apostar por el futuro de nuestros pueblos.

Si la realidad es representativa, la creación de palabras que signifiquen y posibiliten la emancipación es otro de los requisitos para la creación de democracia. Para ello es necesaria una sociedad donde la información sea creada y administrada desde los intereses colectivos.

Monedero señala que los que hoy defienden el individualismo, creen que es posible vivir como Robinson Crusoe, que sin duda sobrevivió porque rescató del barco los instrumentos que las sociedades habían construido a lo largo de la historia. La globalización sin reglas es como una isla desierta, sin responsabilidades porque no hay pobladores.

Quizá haya que desconfiar de las palabras. En este escenario, dice el catedrático español, el concepto de gobernanza no favorece el encuentro entre revolución, reforma y rebelión y se pone a favor de la hegemonía neoliberal cuando erradica el conflicto, la disidencia social y la crítica radical. La crítica es una herramienta imprescindible para el desarrollo social. Incluso la gobernanza actúa como concepto reaccionario cuando habla contra la migración y a favor de la justeza de algunas guerras, facilita la precarización laboral, cuando se pone a un mismo nivel al Estado, al mercado y la comunidad o lo que el *establishment* suele llamar sociedad civil.

Si los procesos de comunicación (entendiendo por comunicación la bilateral, antropológica) y de información (unilateral, cibernética), son esencialmente inherentes a la estructura social, y si su género más próximo es el de la dimensión sociopolítica, ellos entonces no son por esencia ni meros fenómenos propagandísticos o mercantil-publicitarios.

Y tampoco son instrumentos privilegiados de la industria cultural, ni facilitadores de procesos económicos, ni formas marginales de la actividad terciaria o de servicios, ni estimuladores acrílicos del desarrollo y la modernización; aunque de facto y sobre todo en

muchos países latinoamericanos ellos no desempeñan casi otra función.

Indicaba el comunicólogo venezolano Antonio Pasquali que, de hecho, casi toda la tecnología de comunicación e información ha sido y está siendo instrumentalizada con fines de dominio y según un craso desconocimiento de sus leyes propias, de sus consecuencias sociales y su mismo crecimiento autónomo.

La existencia o posesión del instrumento no es mala, sino su *uso* o desuso, y la neutralidad originaria del instrumento en sí, una vez convertido en extensión de alguna capacidad humana, no revierte necesariamente en neutralidad o positividad en su empleo o manejo.

E.B. Parker, de la Universidad de Stanford, muestra en su *Social implication of computer/telecommunication systems*, el advenimiento de una sociedad de la información como la única posibilidad realizada de la era posindustrial, y señala que en Estados Unidos el número de personas empleadas en labores de comunicación/información superaba aritméticamente (el libro es de 1975) al de todos los demás empleados en actividades de los sectores primario, secundario y terciario juntos.

Este hecho significa que los centros de poder, de autoridad y de capacidad decisional se están desplazando de sus polos tradicionales (políticos, religiosos, militares, industriales), para condensarse en las nuevas oligarquías de la comunicación y de la información.

Sin dudas, señala Pasquali, este nuevo "sector cuaternario" de la comunicación/información tenderá necesariamente a producir aún más valor agregado que el sector terciario tradicional, por prescindir siempre más de soportes significativos en materia-energía, y llegará a producir acumulación de plusvalía jamás soñada por sociedades agrícolas, extractoras o industriales.

Hablando en lenguaje geopolítico, este hecho generará enormes concentraciones de poder real en sociedades privilegiadas, sometiendo aún más a las economías nacionales vinculadas a actividades primarias y secundarias. La expansión cuantitativa de la comunicación/información genera un salto cualitativo de la

competitividad a la sociabilidad; pero esa espontaneidad intrínseca es desviada por las viejas formas del autoritarismo. Los países en vía de desarrollo necesitan socializar y desprivatizar sus sistemas de comunicación e información.

Pasquali reseña que un análisis de la realidad sociocultural latinoamericana en términos de comunicación/información deja en claro que así como coexisten en nuestra región núcleos de concentración industrial con focos de la más dramática marginalidad, coexisten también una evidente atrofia informativa típica de un subdesarrollo básico (estamos muy bajos en el reparto mundial de computadoras y bancos de datos), con una hipertrofia más típica de una sociedad de la información ya desarrollada, pero impuesta artificialmente con evidentes fines de dominio social, económico y político.

La mercantilización de todo, incluidos los seres humanos que son tratados como consumidores, clientes, y no como ciudadanos, significa una desestimación del planeta. La plaza pública, lugar de encuentro entre iguales, se sustituye por un gran supermercado donde muchos son consumidores y apenas uno es vendedor.

La presencia de algunos periodistas con discurso nacionalista, progresista y aún revolucionario, no cambia la condición de servidores del gran capital de dichos medios. Más bien sirve para legitimarlos. Algunas de las viejas categorías analíticas de la sociología crítica –concentración del capital, poder, opresión, dominación– quizá no nos sirvan ya para develar el rol jugado por unos medios monopolizados. Necesitamos nuevas cajas de herramientas para lo conceptual, para analizar este aparente caos informativo, esa catarata de imágenes que se superpone sobre el espectador televisivo, por ejemplo.

La principal herramienta en el complejo proceso de construcción de la dominación es comunicacional, ya que como en toda etapa histórica, la opresión se funda en la aceptación por parte de las víctimas de su condición subordinada. De allí que se inviertan millones y millones de dólares en industrias culturales que aparentan ser apenas de entretenimiento, pero que en realidad son un

mecanismo político e ideológico decisivo para la continuidad del proceso de explotación y marginalidad.

Pasando por el pasatismo y la diversión, así se llega a la farandulización y casi a la ficcionalización de hechos de la realidad. El argentino Raúl Isman sostiene que las megaindustrias culturales del entretenimiento –los monopolios que tienen mayor poder económico, cultural y simbólico–, persiguen no solo que pasemos hambre, frío, sed, sino que nos exigen que además estemos alegres, contentos por eso.

La televisión comercial está llena de programas al estilo *Al Rojo Vivo* y/o *Ocurrió Así*, donde el poder transforma a las víctimas más débiles de su accionar en sujetos pasibles de recibir la brutal arbitrariedad con que las clases dominantes procesan las contradicciones de nuestra sociedad. A este tipo de programas, el filósofo argentino José Pablo Feinman lo denomina “tevé-vómito”.

Las sociedades contemporáneas, más aún en esta etapa de la globalización posmoderna, son de un carácter marcadamente mediático. Tal como afirma el sociólogo español Manuel Castells, es un sistema de retroalimentación entre espejos distorsionantes: los medios de comunicación son la expresión de nuestra cultura, y nuestra cultura penetra primordialmente mediante los materiales proporcionados por los medios de comunicación.

Los medios agigantan su función hasta confundirse con la sociedad misma, hecho legitimado por las personas que viven su vida a través de ellos, fantaseando con convertirse en héroes de hazañas guerreras, deportivas –o por qué no– de alcoba. En un complejo proceso de prestidigitación catódica el suceso de la vida real se convierte en folletín televisivo de aristas escabrosas o más bien en *thriller* erótico, señala Isman.

Este proceso ostenta ribetes que estimulan la imaginación del espectador más chismoso (ese que todos llevamos dentro). Algunos componentes que se están volviendo habituales en la sala hogareña y en la mesa familiar: han invadido el espacio de ocio.

Crímenes violentos y más aún si cuentan con aristas sexuales, forman parte de la cotidianidad policial y judicial en cualquier

horario, pero cuando los muertos son pobres no alcanzan ni siquiera la condición de número para el espectáculo televisivo. Si el asesinado es alguien de buena posición y/o de familia de renombre, los espacios dedicados al occiso dan un salto cuantitativo y también cualitativo, ya que el tratamiento de la cuestión excede largamente la sección policial y/o judicial, para ser parte del espectáculo del canal, concitando además la atención de opinólogos y toda la fauna que la televisión comercial suele convocar.

La vida de los sectores más pobres carece de valor, el asesinato de una mujer blanca toma dimensiones que nunca lograría una mujer pobre o de tez más oscura e incluso un hombre de igual condición que la primera. Para Isman, se cruzan aquí varias formas de segmentar la sociedad, de carácter social, sexual, étnica, y el espectador se acostumbra a no diferenciar la riqueza conceptual de las distintas intervenciones, subsumiéndolas bajo el común "lo dijo la tele".

Nadie duda que la educación, en nuestros países, se halla en una profunda crisis: el sitio donde antes ocupaban escuelas y universidades en la formación ciudadana, en la formación de nuestra cultura, tiende ahora a ser ocupado por los medios masivos de comunicación, donde se diseñan no solo buena parte de la agenda pública, sino moldean la percepción que muchas, muchas personas tienen de todo lo que ocurre en la vida social y el modo en que esto debe ser interpretado.

Por ejemplo, a imagen de la revista española *¡HOLA!*, contamos con varias publicaciones en la región que tienen el estilo en señalar a las personas, en especial a las más humildes, la necesidad de admirar el lujo y el boato en que viven los poderosos. Un aprendizaje que los pobres, los sujetos subalternos de acuerdo a las necesidades dictadas desde el poder, deben sortear como modo de soporitar su propia existencia plagada de desdichas.

Muchas veces no solo se trata de consolarse con las casas que los ricos, famosos, impunes y poderosos ostentan impudicamente, sino incluso suspirar por la vida sexual de estos.

En la sociología de la comunicación se suele analizar a las personas que, mediáticamente tocadas, se prestan a todo tipo de

manipulaciones, de las más diversas, con el solo fin de disfrutar de algunos segundos de figuración. Así se cumplen también algunas necesidades del poder: los ciudadanos quedan divididos entre ignotos y famosos (aunque sea visibles por unos segundos en la pantalla). Mucha gente común sueña con que le llegue esos cinco minutos de gloria, tocados por la varita mágica del hada televisiva.

Los medios utilizan cualquier tema para instalar en la percepción colectiva su particular visión manipuladora, donde las víctimas son culpables y los victimarios invisibilizados, apuntando a naturalizar las desigualdades sociales, de género o de acceso a bienes fundamentales. Se alienta así la creencia en que la única igualdad posible reside en la eventualidad de aparecer frente a la pantalla, sostiene Isman.

Obviamente, si los subordinados emplean toda su energía en alcanzar su igualdad ante las pantallas, no intentarán otras equidades más acuciantes, urgentes, necesarias, colectivas, ¿no?

CRISIS, GLOBALIZACIÓN Y SOCIALISMOS

Solía decir el político, pedagogo, filósofo y teórico marxista italiano Antonio Gramsci que una época de crisis es aquella en donde lo viejo no termina de marcharse y lo nuevo no termina de llegar. Lo viejo parece estar a punto de resquebrajarse: hoy sentimos que nos movemos sobre arenas movedizas.

Muchos hablan de etapas de transición que, como dice el académico español Juan Carlos Monedero, están atravesadas de dilemas que paralizan, de urgencias que angustian, de tecnologías con implicaciones económicas y morales que desbordan, de pequeñas variaciones que generan consecuencias enormes e imprevisibles, de paradigmas que se despiden y de otros que se anuncian.

Pero sumemos otro problema: no hay consenso en la definición de la época que se va, y menos aún sobre la que viene o tratamos de crear.

Es hora de parar la máquina y ponerse a pensar en el desarrollo del capitalismo, la modernidad y el estado-centrismo. Es época de cambios, y también de cambio de lenguaje, de redefiniciones, de abandono de vocablos y conceptos supuestamente perimidos y la necesidad de crear nuevas expresiones para definir lo que buscamos. Nación, Estado, democracia, poder, significan realidades diferentes de acuerdo al contexto histórico y cultural donde se apliquen y resultados del conflicto social de cada época. Mientras alguien que se aferra al *statu quo* vea la democracia como una representación y la globalización como meta, desde el sector popular se ve la democracia como participativa y la globalización neoliberal como el gran riesgo. Mientras, cabe recordar que el concepto de Estado-nación tiene apenas poco más de 200 años.

Lo nuevo no termina de parir ni lo viejo termina de abortarse. Toda sociedad ha vivido momentos de crisis, y aquello de que todo pasado fue mejor tampoco es cierto. Sabemos, quizá, de dónde venimos, pero no sabemos hacia dónde vamos (quizá sí a dónde queremos ir), y por eso se hace necesario ser cautelosos. Puede ser que estemos confundidos, pero también puede ser que lo que nos aqueja mayormente es la carencia de modelos.

El discurso dominante hace de la mundialización una obligación absoluta, una ley incuestionable contra la que no se puede

hacer nada. Aún más, la mundialización solo tendría un aspecto, la que se nos propone en su nombre, siendo todas las demás forzosamente utopías. Pero lo que llamamos globalización consiste en una serie de relaciones sociales y conforme estas cambian también lo hace la globalización. No hay una globalización, hay globalizaciones, paquetes de relaciones sociales que implican conflictos, de donde surge la idea de vencedores y derrotados. Un rasgo del discurso de la globalización es, precisamente, la impotencia de las transformaciones.

Para los países del Sur no resulta muy reconfortante que se diga que el sistema mundial existente atraviesa por una crisis estructural, y que nos encontramos en una transición de entre veinticinco y cincuenta años hacia algún otro sistema mundial, porque les urge mejorar la suerte de sus ciudadanos.

Para Immanuel Wallerstein, el escenario para los próximos veinticinco o cincuenta años tiene dos dimensiones: el colapso de nuestro sistema histórico existente, y la incertidumbre sobre lo que lo reemplace. Este es un período de transición en el que el sistema existente está muy lejos del equilibrio, con oscilaciones violentas y caóticas en todos sus dominios. El objetivo de “desarrollo”, que países y académicos han venido buscando durante unos cincuenta años, es más realizable durante los próximos veinticinco a cincuenta años de lo que nunca fue hasta ahora. Sin embargo, por supuesto que no hay garantías, porque el desenlace es incierto.

En la escena geopolítica existen hoy tres procesos de fragmentación principales: la lucha entre Estados Unidos, Europa Occidental y Japón/Asia Oriental por ser el principal centro de acumulación de capital en la economía capitalista mundial; la larga lucha entre el Norte y el Sur por la distribución de la plusvalía mundial, y la nueva lucha que gira en torno a la crisis estructural del sistema capitalista mundial y se centra en cuál de los dos caminos posibles de la encrucijada tomará el mundo al completar la transición a un nuevo sistema, entre la ruptura del espíritu de Davos y el de Porto Alegre. Estas son opciones morales básicas.

Siguiendo el pensamiento del portugués Boaventura de Souza Santos, el cuento de la globalización pareciera ser el recuento de los vencedores en su propia versión, donde su victoria es aparentemente tan absoluta que los vencidos terminan desapareciendo por completo del cuadro.

Ya decía Carlos Marx que la naturaleza del capitalismo se hace visible en una crisis, que permite ver cosas que permanecían ocultas, como que el sistema todo gira en torno a las ganancias y no a las necesidades humanas. Y entonces surge un nuevo concepto, el del socialismo del siglo XXI, lo que significa la necesidad de nuevas definiciones de contenidos, en busca de que el pasado que se supera sirva para mirar firmemente hacia adelante. Estamos seguros de que no podemos hablar de un socialismo sino de varios socialismos del siglo XXI, que parten de las experiencias anteriores y que debemos estudiar a fondo sin ninguna duda.

Quizá exista la globalización porque hablamos de la globalización: es un concepto cuya comprensión hegemónica ayuda principalmente a los intereses del Norte, que no tiene una comprensión única y que pese a todo el refuerzo mediático que ha recibido, atraviesa hoy por el conflicto, controversias y debates, académicos y políticos y, sobre todo, por parte de los movimientos sociales en el Norte y en el Sur.

El peruano Aníbal Quijano señala que usamos el concepto importando una mirada del Norte, rasgo igualmente de la capacidad colonial de los conceptos occidentales para permear el análisis del mundo.

Y luego de la globalización hegemónica surgió el concepto de globalización contrahegemónica, alternativa, organizada desde las bases hacia la cumbre de las sociedades, constituida por las redes y alianzas transfronterizas entre movimientos, luchas y organizaciones locales, nacionales o regionales, que se movilizan contra la exclusión social, la precarización del trabajo, el declive de las políticas públicas, la destrucción del medio ambiente y la biodiversidad, el desempleo, las violaciones de los derechos humanos, las pandemias, los odios interétnicos producidos directa o indirectamente por la globalización neoliberal.

Y, para tratar de seguir siendo sensatos, hay que recordar que hay problemas en las sociedades de nuestros países producto de problemas institucionales mal resueltos, a elites atentas solo a su estricto privilegio y la incapacidad popular, y no siempre achacables a la globalización. Estos problemas, dice Monedero, convierten a los problemas en franquicias de clase, preñados de insuficiencias estructurales de aspectos básicos como educación, salud y seguridad, a lo que hay que añadir todos aquellos conflictos –guerra, violencia en las grandes urbes, impunidad policial– que frenan el desarrollo.

En estas décadas de desconcierto, hay muchas cosas que dejamos de hacer, como conocer el lenguaje y también las ideas del enemigo. Decía el cubano Ricardo Alarcón que no basta que los izquierdistas, los socialistas, los revolucionarios y los que pensamos como tales profundicemos y meditamos solo entre nosotros, porque para entender lo que ocurrió en la Unión Soviética hay que leer, por ejemplo, las memorias de Margaret Thatcher –*The Path to Power* y *The Downing Street Years*–, que hablan directamente en el lenguaje del enemigo y donde la ex primera ministra explica lo decisiva que fue la estrategia acordada entre ella y el entonces presidente estadounidense Ronald Reagan.

Esta estrategia le dio un giro a la Guerra Fría y la carrera armamentista con la llamada Guerra de las Galaxias, que le causó una herida mortal a la URSS, y obligó a la sociedad soviética, que quería ser socialista, a invertir desenfrenadamente en la defensa ante una guerra nada menos que desde el espacio: lograron identificar las lagunas que tendría la sociedad y descubrieron que tenían que obligar a los soviéticos a derrochar recursos e inteligencias en objetivos que no eran socialistas.

Thatcher, en sus memorias, reconoce que la Guerra de las Galaxias le pareció al principio una locura, pero después comprendió que este era un objetivo principal para poner fin al socialismo soviético y a la Guerra Fría. Y así fue. Por ello tenemos que comprender que no solo es útil mirarnos a nosotros mismos, desde nosotros mismos, sino estudiar lo que

el adversario en ese mismo momento hace y dice. Esto tiene otro problema y es que a veces hay que esperar decenios para conocer textos claves donde se detalla qué hace el enemigo, como lo que debe estar haciendo ahora mismo. Pero debemos no solo dejar de vernos con ojos extranjeros, sino que debemos aprender a ver todo el mundo, todo lo que sucede, desde nuestras propias perspectivas. Dejar de estar ciegos de nosotros mismos, al decir de Eduardo Galeano. Hay un documento elaborado por la Agencia Central de Inteligencia estadounidense que explica como esta ve el mundo y el futuro, algo que con la mejor imaginación seríamos incapaces de pergeñar. En el análisis titulado *Tendencias Globales hacia el 2010 (Global Trends 2010)*, que en el 2000 actualizaron hasta el 2015 (*Global Trends 2015*), proyectaron cuatro escenarios de la posible evolución del mundo, teniendo en cuenta todos los factores: económico, político, tecnológico, e informaciones de muy diversas fuentes científicas del planeta antes de los famosos atentados del 11 de septiembre de 2001. Estos cuatro escenarios, con diferentes posibilidades de desarrollo del capitalismo neoliberal globalizado, cierran en un mismo punto: la influencia de Estados Unidos continuará declinando. Y seguramente los conservadores estadounidenses leyeron ese informe y lo que tratan de hacer es, precisamente, frenar ese declive que ellos saben inevitable y revertir la marcha de la historia.

Francis Fukuyama fue posiblemente el hombre más citado en la última década del siglo pasado, desde que en 1992 publicó el ensayo *El fin de la historia*. Pero esperó apenas una década para hacerse una seria autocrítica y una crítica al pensamiento neoconservador, para admitir que a pesar de haber emergido victoriosa y como única superpotencia, Estados Unidos no puede gobernar el mundo, como Fukuyama mismo creía a inicios de los 90.

El austroestadounidense Joseph Schumpeter, publicó un libro en 1942 –*Capitalism, Socialism and Democracy*–, donde formuló una declaración desconcertante para sus coacadémicos: “una forma de socialismo surgirá inevitablemente de la también inevitable descomposición del capitalismo”.

Pero estamos seguros de que no surgirá solo una forma de socialismo. En América Latina vivimos una etapa que nos permite no solo avanzar con formas independientes del socialismo, sino que somos un punto de referencia para otros que también empiezan a darse cuenta de que no fue tan real la victoria del capitalismo, ni se había detenido la historia tan abruptamente como dijera Fukuyama.

Alarcón señala que una de las grandes ironías del siglo XX es que la confrontación Este-Oeste, la gran batalla que significó la Guerra Fría –que nunca llegó a desatarse pero que puso al mundo en zozobra constante–, la ganó el imperialismo estadounidense, y sin embargo, al ganarla comenzó a remontar su fase de derrota.

Quizá sea necesario recordar al paradigma de los revolucionarios latinoamericanos, al peruano José Carlos Mariátegui, quien señaló que el socialismo en América no será calco ni copia, sino creación heroica. Si es creación, no puede ser uno solo, tiene que ser diverso, debe fundar con heroísmo un socialismo aquí y otro allá. El presidente ecuatoriano Rafael Correa lo dijo en sus palabras: “estamos viviendo no una época de cambio, sino un cambio de época”, que tiene que ver con esta fase declinante del imperialismo.

O recordar al cubano Julio Antonio Mella, quien no quería comunistas que siguieran la línea de otro partido, sino contar con seres humanos pensantes, que no fueran dirigidos, ni domesticados, ni disciplinados por otros, sino “seres pensantes; no seres conducidos; personas, no bestias”.

Indudablemente nos hace falta una teoría para la fase del capitalismo globalizado neoliberal que intenta detener su caída y reimponerse sobre el mundo. Para explicar por qué Estados Unidos gasta hoy mucho más en recursos militares que todos los países juntos, más que cuando había Guerra Fría. Obviamente no es para atacar a la Unión Soviética ni a lo que llama el Eje del Mal. Seguramente es el reflejo de una economía enferma en una sociedad enferma.

Thatcher sabía que aquel armamentismo irracional precipitaría la destrucción de la URSS, mientras que para Estados Unidos y Gran Bretaña significaba más ganancias para los monopolios y la industria armamentista, y si hoy se producen estas ofensivas tan violentas que

reproducen los mecanismos de la época de la Guerra Fría, quizá sea porque están a la defensiva, cercados ante el avance de los pueblos. Goran Therborn identificó cinco olas globalizadoras a lo largo de la historia, seguida alguna de ellas de contraolas antiglobalizadoras. Monedero habla de seis. La primera, la difusión de las religiones mundiales (judeo-cristianismo, hinduismo, islamismo), entre los siglos III y VII; la segunda, la conquista colonial europea desde 1492, caracterizada por el comercio de especias, el saqueo, la extracción de metales preciosos y las plantaciones de esclavos que conllevaron la desarticulación de América y África.

La tercera, la generalización de la imprenta de Gutenberg y las primeras guerras globales, articuladas por los conflictos de poder entre Francia e Inglaterra y sus respectivos aliados, en los siglos XVII y XVIII; la cuarta, el momento estelar del imperialismo europeo, desde el siglo XVIII hasta 1918, con incremento del comercio, grandes migraciones transoceánicas, las nuevas posibilidades de transporte y comunicación, el poder de las cañoneras y el patrón oro.

La quinta, la secuela de la Segunda Guerra Mundial, especialmente la Guerra Fría, que globalizaron ideológicamente el mundo obligando a posicionarse respecto a los dos grandes bloques (militar, política y económicamente), el terror al uso de la bomba atómica y la generalización del deterioro económico; y la sexta, a partir de 1980, cuando con la ruptura del sistema de Bretton Woods se da una globalización financiera y cultural que coincide con el fracaso de los llamados populismos latinoamericanos, el hundimiento soviético y la hegemonía neoliberal, con la desregulación, abolición de controles estatales, privatizaciones y flexibilización laboral.

Y ahora se registra una migración diferente a la de cuarta ola, llegando a Europa occidental y Estados Unidos contingentes provenientes de África, Asia, Europa oriental y América Latina, que comienza a transformar el panorama cultural preexistente. Pero, sobre todo, se constata la existencia de medios de comunicación en inglés, cartelizados, de alcance y poder global instantáneo y satelital, que se une desde el campo militar a un medio tecnológico

revolucionario, internet, un espacio que ya es lugar de conflicto de los derechos de la ciudadanía.

Varios estudiosos coinciden en que el actual mito de la globalización junto a todos los cambios reales se lanzaron a la desenfrenada desintegración del espacio y el tiempo: forzando a la eliminación real o simbólica de fronteras (espacio) y dando la posibilidad a una elite a vivir simultáneamente en muchas partes a la vez (tiempo).

De todas formas, las justificaciones sobre el fin de los Estados nacionales son más ideológicas que científicas, que sirve como excusa neoliberal para justificar el fin de la regulación política y su sustitución por la (auto) regulación mercantil.

Una reflexión sobre el Estado en la primera década del siglo XXI no puede dejar de considerar las transformaciones telúricas de los años 90 como la revolución informática y comunicacional, la caída de la URSS, la aceleración de los procesos de transnacionalización, el auge de los nacionalismos y de las identidades excluyentes, hegemonía económica del neoliberalismo, crisis de la deuda y de la exclusión social en el tercer mundo, incremento de la brecha entre el Norte y el Sur, polarización de la riqueza en todos los países y la transformación de los conflictos de Estado en conflicto de intereses y/o guerras civiles.

Creo que hay que comenzar por interpretar a la globalización no por el lado de la regulación sino por el lado de la emancipación.

Los primeros llamamientos se lanzaban desde los distintos escenarios de ese gran paraguas contrahegemónico que es el Foro Social Mundial (FSM). Desde los movimientos sociales, quizá la verdadera izquierda de hoy en el mundo, que se han convertido en el principal elemento para la construcción de una globalización alternativa.

La lucha no se refiere a si estamos o no a favor del capitalismo como sistema mundial, sino si el sistema de reemplazo será jerárquico y polarizante (esto es, igual o peor que el sistema actual) o será en cambio relativamente democrático e igualitario. Los contornos de los actores políticos de nuestro tiempo aún son imprecisos.

Hay que tener en cuenta que el lado del espíritu de Porto Alegre tiene sus problemas. Los integrantes del FSM constituyen una alianza sin consolidar de una amplia variedad de movimientos dispersos por todo el mundo que carecen de una estrategia definida, pero tienen un gran apoyo de base, y una gran claridad en cuanto a aquello a lo que se oponen.

El pensador egipcio Samir Amin, uno de los propulsores del FSM, señala que el socialismo mundial –la única respuesta humana al desafío– no es para mañana, hay que actuar en un sentido que facilite una evolución favorable a más largo plazo, saber insertarse en los márgenes de acción posibles, por tenués que sean, para reforzar las capacidades de elección en un futuro, que son diferentes en cada país, pero se inscriben en una misma perspectiva porque, en definitiva, las políticas del capital son las mismas al Norte que al Sur: en todas parten producen el paro, la pobreza y la exclusión. Existe pues una base objetiva sobre la cual puede y debe erigirse el internacionalismo de los pueblos, frente al del capital.

Si el mundo no puede gestionarse como un mercado mundial, el hecho de lo que la mundialización representa no puede ya ser rechazado y negado. Nunca es posible remontar en reversa el curso de la historia, porque volver a los modelos de la expansión de posguerra implicaría insostenibles regresiones económicas y de otros tipos. Las ideologías del pasado que niegan el carácter irreversible de la evolución recorrida, necesariamente son llamadas a funcionar como fascismos, es decir, a someterse de hecho a las exigencias de las nuevas condiciones impuestas por la mundialización mientras que se pretende liberarse de las mismas.

Según Amin, están fundadas sobre el engaño y la mentira, y es por lo que únicamente pueden funcionar mediante la negación de la democracia, y por ello están abocadas a movilizar a las sociedades sobre falsos problemas –la emigración, la pureza étnica, la sumisión a leyes supuestamente religiosas– y a instrumentalizar estos métodos para imponer sus dictaduras mediante el terror o la manipulación del chovinismo.

Hay que partir de una evidencia banal: el mundo es a la vez único y diverso. Pero la diversidad no es únicamente cultural, sino que hay una diversidad mayor, la de las posiciones ocupadas en la jerarquía económica del capitalismo mundializado. Es a esta última a la que hay que combatir en primer lugar, y se manifiesta en las desigualdades entre los pueblos y también en las desigualdades sociales internas. No habrá solución a la crisis en tanto que no sean reforzadas las posiciones de todos los débiles del sistema: los pueblos de las periferias, las clases sociales dominadas en todos los países de los centros y de las periferias; salir del colonialismo global y de los mitos liberales, rechazar los repliegues neofascistas ilusorios.

Para Samir Amin, estos son los grandes principios a partir de los cuales se puede desarrollar una reflexión útil para la construcción de un contraproyecto humanista, universalista y preocupado por respetar las diversidades (pero no las desigualdades), un proyecto democrático.

El otro mundo posible que hoy reclama el movimiento popular a nivel mundial ¿deberá ser una nueva forma de socialismo o un capitalismo con rostro humano y respeto por las diferencias? ¿Será un nuevo poder revolucionario, anticapitalista y antiimperialista, como piensa el Che Guevara, o será una “democracia radical” al estilo de Ernesto Laclau, una “democracia absoluta” en la versión de Toni Negri o quizás una “tercera vía” según la prosa del inglés Anthony Giddens?

El italiano Antonio Negri emerge de la Academia Francesa y se limita a reclamar, con timidez, “un salario social garantizado” y “una ciudadanía global”. Es posible que inmediatamente después que se publicó *Imperio* algún lector desprevenido pueda repetir acriticamente con Negri, que “Estados Unidos no constituyen -e, incluso, ningún Estado-nación puede hoy constituir- el centro de un proyecto imperialista”.

Sin embargo, es casi seguro que, después de la invasión de Afganistán, de Irak, del Plan Colombia y la intervención militar en ese país, del ALCA, de la virtual descomposición de las Naciones

Unidas, de las amenazas de invasión a Cuba, a Venezuela, a Corea del Norte y a Irán y los amagos de ejercicios contrainsurgentes de los militares estadounidenses en Argentina, muy poca gente siga creyendo en esa ficción literaria.

En su libro, Negri plantea el supuesto fin del imperialismo y de la clase trabajadora como sujeto de los cambios revolucionarios. El marxista argentino Néstor Kohan dice que al partir de una periodización eurocéntrica del capitalismo, Negri reemplaza al imperialismo por el Imperio supranacional, sin sede fija, que controla el orden global; a las clases sociales las sustituye por el concepto de la multitud. Estas y otras nuevas teorías y conceptualizaciones lo conducen a una visión apologética de la globalización e indulgente con la hegemonía de Estados Unidos.

Lo cierto es que no basta con criticar el paradigma hegemónico, dominante, sino que debemos definir, inventar, crear, el paradigma emergente. Reglobalización o barbarie, es lo que están proponiendo los pueblos sudamericanos, tras las victorias ciudadanas que visten de esperanza los sueños casi castrados por cinco siglos de sometimiento y silencio. Para Boaventura de Souza Santos, solo hay una solución: la utopía.

Wallerstein sostiene que el mayor problema de corto plazo es el continuo empeño de los globalizadores neoliberales para alcanzar una expansión unilateral de las fronteras abiertas –abiertas en el Sur, pero no abiertas realmente en el Norte. Este es el corazón del persistente debate en el seno de la OMC, y de todas las discusiones bilaterales (tratados de libre comercio) que están siendo llevadas a cabo de manera más evidente en Estados Unidos, pero también de manera secundaria por parte de la Unión Europea y sus integrantes. Aquello por lo que presiona Estados Unidos consiste en garantías para sus monopolios (la llamada propiedad intelectual) y acceso para sus instituciones financieras, a cambio de concesiones tarifarias limitadas para productos agropecuarios y bienes industriales de bajo valor producidos en países del Sur.

Recuerda que la ofensiva dentro de la OMC se vio estancada ante una sencilla demanda del Sur: si el Norte desea que le abramos

nuestras fronteras, deben abrirnos sus fronteras a nosotros. Pero el Norte es básicamente incapaz de aceptar este tipo de arreglo porque daría lugar a un incremento considerable del desempleo y una caída del ingreso en los países del Norte, y para los bloques del Norte no resulta claro cuál de ellos recibirá el mayor beneficio, o las menores pérdidas, como consecuencia de tales acuerdos.

Un problema consiste en lo que realmente deberían hacer los que comparten el espíritu de Porto Alegre para acercar ese otro mundo posible. Y este problema tiene dos aspectos: qué deberían hacer aquellos gobiernos que comparten su visión, así sea parcialmente, y qué deberían hacer los múltiples movimientos. Los gobiernos encaran con los temas de corto plazo. Los movimientos pueden lidiar tanto con los problemas de corto plazo como con los de mediano plazo. Ambos tipos de problemas afectan el proceso, más largo, de la transición. Y los de corto plazo afectan de inmediato nuestra vida cotidiana. Una estrategia política inteligente debería moverse en todos los frentes a la vez.

Son los movimientos los que pueden hacer más que los gobiernos, si bien los movimientos deben mantener a gobiernos mínimamente progresistas en el poder, y no enzarzarse en críticas infantiles de izquierda sobre la falta de logros que no es posible obtener. Y aquí debemos señalar un importante elemento que a menudo se pierde de vista. El conflicto entre el espíritu de Davos y el de Porto Alegre no tiene geografía. Corta de través a todo el planeta, como lo hacen los movimientos. Es una lucha de clases, una lucha moral, pero no una lucha geográfica. Encontrar fórmulas viables requerirá de mucha experimentación, la que ya está ocurriendo dentro de un ambiente básicamente hostil, en el que actúan presiones sistémicas que buscan minar cualquiera de tales intentos, y que pueden corromper a los participantes sin mayor dificultad.

De lo que se trata es de consensuar la fórmula de una propuesta que supere los marcos del capitalismo depredador, del estatismo que se ve como autoritario y castrador y la llamada modernidad, colonialista, patriarcal, productivista. Es la búsqueda –y más que la

búsqueda la creación– de nuevos caminos, nuevas lógicas, nuevos paradigmas, nuevos horizontes, nuevos lenguajes.

Como pilares de la reconstrucción aparecen los reclamos de participación y protagonismo popular, respeto a la diversidad étnica, social y cultural, preservación del medio ambiente y la biodiversidad, respeto de todos los derechos humanos y ciudadanos (desde el elemental derecho a alimentarse), reestructura del Estado y del orden internacional con fórmulas institucionales nuevas, superación de las asimetrías, lucha contra la inequidad y por la inclusión social, y la cooperación, complementaridad y solidaridad entre los pueblos.

Y, justamente, la propuesta que hiciera el presidente boliviano Evo Morales –el primer mandatario indígena de América– en noviembre de 2006 en la cumbre de la Unión de Naciones Suramericanas recogía esos reclamos, esas bases para la reconstrucción. Era la expresión de recuperación de la soberanía, de la necesidad de redefinir desde los propios países, desde sus ciudadanías, los objetivos políticos que hasta ese momento se dictaban desde los países más ricos, en especial desde Estados Unidos.

Quizá venga bien, nuevamente, leer al enemigo. John Gray, asesor de Margaret Thatcher, en *Las dos caras del liberalismo*, señala que el libre mercado operó como una tenaza que apretó a las clases medias, enriqueció a una pequeña minoría y aumentó el tamaño de la subclase de los excluidos, infligió serios daños a los vehículos políticos a través de los cuales fue aplicado, usó los poderes del Estado sin escrúpulos, pero corrompió y de alguna manera deslegitimó las instituciones estatales, y dividió a las sociedades.

En las últimas dos décadas del siglo XX, el neoliberalismo rompió el orden existente con un nuevo orden criminal, y dejó irrumpir nuevamente los fantasmas que se habían sosegado tras el acuerdo social de la posguerra.

Los retos a los que los pueblos se enfrentan hoy día son, sin duda, diferentes a los de ayer. Hay novedades. Son el resultado del conjunto de la transformación que han sufrido las relaciones sociales y las relaciones internacionales.

Inventamos o erramos, decía el venezolano Simón Rodríguez. De eso se trata, de reinventar el futuro, tras esta crisis de paradigmas epistemológicos, políticos, sociales y culturales que estamos comenzando a vivir. El problema no radica en cuál será la solución mágica para los dilemas de nuestro sistema mundial, sino en las bases sobre las que crearemos el próximo sistema mundial, abriendo nuestra mente a alternativas radicales para el futuro.

**DOS NOTAS SOBRE
EL GOLPE EN VENEZUELA**

Un golpe con olor a hamburguesa, jamón y petróleo

(Nota escrita el domingo 21 de abril de 2002 para la prensa internacional)

Un periodista español decía, tras el frustrado golpe de Estado contra el gobierno constitucional de Hugo Chávez: “¡Qué olor a hamburguesa, jabugo (jamón serrano) y petróleo!” Obviamente, el hombre sabía de qué hablaba: de la participación de funcionarios estadounidenses, españoles y salvadoreños en la asonada encabezada por el líder empresarial Pedro Carmona.

Ninguna de estas afirmaciones parecen hoy descabelladas, ya que los propios embajadores de Estados Unidos y España, Charles Shapiro (quien antes manejó el escritorio Cuba en el Departamento de Estado), y Manuel Viturro, se reunieron con el presidente de facto Pedro Carmona, después de que este disolviera la Asamblea y las principales instituciones.

De acuerdo con investigaciones privadas, una de las consecuencias del golpe era la desnacionalización del petróleo: privatización de Petróleos de Venezuela, S.A (Pdvsa), para dejarlo en manos de una empresa estadounidense ligada al presidente George Bush y a la Repsol española; vender la filial estadounidense de Pdvsa, Citgo, a Gustavo Cisneros y sus socios del mismo país norteamericano, y fin de la reserva del Estado venezolano sobre el subsuelo.

Para ello había que desconocer la Constitución de 1999 y aprovecharse del conflicto en la empresa estatal, donde la alta gerencia jugó de acuerdo con las directivas enviadas desde el Norte por su ex presidente, Luis Giusti. Y para ello se contaba, asimismo, con la activa participación en el golpe y en el financiamiento del mismo, del empresario Isaac Pérez Recao, del cual Carmona era empleado en la petrolera Venoco.

Una alta fuente militar amplió a la agencia France Presse lo que ya había publicado la prensa local: que Pérez Recao ordenaba a un pequeño grupo “extremista de derecha, que estaba fuertemente armado, incluso con fusiles lanza-granadas, [...] bajo la conducción operacional del contralmirante Carlos Molina Tamayo”, uno de los oficiales que ya se había rebelado públicamente contra Chávez

en febrero pasado, y que ya estaba a cargo de la Casa Militar de Carmona.

Según la fuente, este grupo “pertenecía a una empresa de seguridad, propiedad de ex agentes del Mossad” (servicios israelíes de seguridad, terrorismo y espionaje), lo que no significaría que Israel estuviera implicada en el complot.

Esta aseveración tampoco llamó la atención: el personaje con cara y armamento de Rambo que custodiaba personalmente a Carmona era Marcelo Sarabia, vinculado con organismos y empresas de seguridad –alguna de ellas franquicia del Mossad–, que solía jactarse de pernoctar en el *bunker* de la embajada estadounidense. Él se fue con Pérez Recao el mismo sábado 13, su novia dos días después abandonó la televisora Televen para unirse a él.

La agencia privada de inteligencia estadounidense Stratfor denunció que la CIA “tenía conocimiento de los planes [golpistas], e incluso pudo haber apoyado a los civiles y oficiales militares de extrema derecha que intentaron, sin éxito, apoderarse del gobierno interino”, tras citar a militantes del Opus Dei y a oficiales vinculados con el general retirado Rubén Pérez Pérez –yerno del ex presidente Rafael Caldera– como participantes en el golpe.

Lo que sí quedó confirmado es que el avión en el que se quería sacar del país a Chávez desde la isla de La Orchila pertenecía al banquero de origen paraguayo Víctor Gill (TotalBank). ¿El destino? Según personal de la aeronave matriculada en Estados Unidos, el plan de vuelo era a Puerto Rico, territorio de Estados Unidos.

La intervención de los estadounidenses no solamente estuvo en los “consejos” de altos funcionarios en Washington, como Rogelio Pardo Maurer –a cargo de operaciones especiales y conflictos de baja intensidad en Latinoamérica en el Pentágono–, Otto Reich y/o John Maisto, sino que el teniente coronel James Rodger, adscrito a la agregaduría militar de la embajada de Estados Unidos en Caracas, secundó con su presencia la sublevación, instalado en el quinto piso de la Comandancia del Ejército, desde donde asesoró a los generales sublevados.

Reich, encargado de los asuntos latinoamericanos en el Departamento de Estado, afirmó que habló “dos o tres veces” durante el golpe con Gustavo Cisneros, compañero de pesca de altura del ex presidente George Bush y máxima cabeza de un imperio empresarial que se extiende desde Estados Unidos a la Patagonia (DirectTV, Venevisión, Coca-Cola, Televisa). Y dijo a la revista norteamericana *Newsweek* que solo buscaba información, no alentar o dirigir a los organizadores. “No tuvimos absolutamente nada que ver con eso”, añadió.

Quizá llame la atención el caso de dos salvadoreños detenidos tras los incidentes del 11 de abril y que, según fuentes de inteligencia local, formarían parte de un escuadrón de la muerte entrenado para realizar atentados en diversos países latinoamericanos (antes en Cuba y Panamá, ahora en Venezuela). Los vínculos que señalan estas fuentes son los del ex embajador en San Salvador, el demócrata cristiano Leopoldo Castillo, hoy comentarista radial y asesor de la central empresarial.

En Venevisión se reunieron los complotados la tarde del golpe, entre ellos Carmona. “Ese gobierno fue armado en las oficinas de Gustavo Cisneros”, dijo el diputado opositor Pedro Pablo Alcántara (Acción Democrática), quien se hiciera famoso por ser uno de los censores enviados en 1992 a la prensa por el entonces presidente Carlos Andrés Pérez. Quien leyó el decreto de Carmona y fue nombrado Procurador General por este, Daniel Romero, fue sindicado como secretario privado de Pérez y funcionario de la Organización Cisneros.

Las repercusiones del frustrado golpe comenzaron en Washington y amenazan con convertirse en el primer escándalo público de la administración Bush en política exterior. No se descarta que el Comité de Relaciones Exteriores del Senado estadounidense ordene la requisa de documentos que detallen contactos de ciudadanos venezolanos –como el ex presidente de la estatal petrolera Pdvsa, Luis Giusti– con funcionarios de Estados Unidos del más alto nivel civil y militar.

Después de que el gobierno plutocrático de Carmona disolviera la Asamblea Nacional y desconociera la Constitución, tras

comprobar el malestar producido entre los jefes de Estado del Grupo de Río reunido en Costa Rica, en buena parte del generalato y en la oposición civil a Chávez, se comienza a hablar de una junta de gobierno pluralista, que respetara la vigencia del Congreso, gobernadores y alcaldes.

Numerosas llamadas se realizaron entre la noche del viernes y el mediodía del sábado entre Caracas y Washington. Desde el Pentágono se le comunica al general Efraín Vázquez, principal mando durante la breve interinidad de Carmona, el cumplimiento de una serie de puntos, que son transmitidos en la capital estadounidense por funcionarios del Departamento de Estado al encargado de negocios de Venezuela, Luis Herrera Marcano, a Carmona por el propio Shapiro y a los mandos castrenses por el coronel Harkins, también asentado en la delegación de Estados Unidos en Caracas.

En su huida del Palacio de Miraflores, los golpistas dejaron un suntuoso almuerzo sin servir y varios documentos en el despacho presidencial. Uno de ellos, enviado por Luis Herrera Marcano, a quien sin duda era el enlace de los golpistas con el gobierno estadounidense, el contralmirante Molina Tamayo (comunicación 913, extrañamente con el membrete de Embajada de Venezuela y no de la República Bolivariana de Venezuela), que dice textualmente:

“En la mañana de hoy se comunicó telefónicamente conmigo el señor Philip Chicola, del Departamento de Estado, para pedirme que comunicara urgentemente al Gobierno Venezolano los siguientes puntos de vista del Gobierno de Estados Unidos:

1. Dado que los Estados Unidos suscribieron y apoyan la plena vigencia de la Carta Democrática Interamericana, que condena cualquier ruptura de la legalidad constitucional, es necesario que la transición que está operando actualmente en Venezuela, que comprenden y con la cual simpatizan, conserve las formas constitucionales. A ese fin consideran indispensable que se logre la aprobación de la Asamblea Nacional a la renuncia del presidente Chávez y que, de haber recurso al Tribunal Supremo, este también se pronuncie afirmativamente. El señor Chicola dejó muy

claro que no se trataba de una imposición, sino antes bien de una exhortación a facilitarles a ellos dar formalmente el apoyo a las nuevas autoridades. Indicó que no solamente estaban obligados por las disposiciones de la Carta Democrática, sino que también estaban sometidos a normas legales que les obligan a dar cuenta al Congreso de cualquier interrupción en la legalidad constitucional de un país del Continente y, eventualmente, a suspender todas las actividades de cooperación.

2. En este mismo orden de cosas sugirió el señor Chicola que el nuevo Gobierno dirigiera cuanto antes una comunicación al Gobierno de Estados Unidos en la cual se expresara formalmente el compromiso de llamar a elecciones en un plazo razonable, indicando que en esas elecciones serían bienvenidos los observadores de la OEA.
3. Indicó igualmente que era de gran importancia que se les hiciera llegar una copia de la renuncia firmada por el presidente Chávez.
4. Finalmente señaló su esperanza de que fuera prontamente sustituido el actual Representante Permanente de Venezuela ante la OEA. Insistió en que se trataba de una sugerencia amistosa, en bien de Venezuela, y no una declaratoria de 'persona non grata'.

Finalmente expresó el señor Chicola que este mismo mensaje sería transmitido por el Embajador de Estados Unidos en Venezuela."

¿Injerencia? ¿Sugerencia?

El libreto ya había sido aprendido por los representantes en el Consejo Permanente de la OEA. Allí César Gaviria, el colombiano Secretario General había sugerido que como el gobierno de Chávez había sido depuesto, el embajador Valero no debía entrar a la reunión. La noticia se la transmitió el representante chileno Esteban Tomic y la presidenta del Consejo, la salvadoreña Margarita Escobar. Estados Unidos, Ecuador, El Salvador, Costa Rica, Nicaragua y Colombia hacían esfuerzos para que se reconociera el gobierno de facto, mientras que México, Argentina y Brasil –con el apoyo unánime de los países caribeños– insistían en el estreno

de la Carta Democrática. Estos países se molestaron por segunda vez con Gavia cuando notificó que el gobierno de Carmona había destituido a Valero, y fue el representante de Barbados quien le increpó por servir de enlace entre los golpistas y la OEA, y por ordenar el cese de funciones de un embajador sin que se cumplieran los respectivos trámites.

Uno de los apresurados a apoyar el gobierno de Carmona fue Santiago Cantón, relator de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, quien ese sábado 13 envió una comunicación dirigida al “excelentísimo señor ministro de Relaciones Exteriores, José Rodríguez Iturbe”.

Por el lado español la algarabía no la pudo disimular ni el canciller Josep Piqué ni los funcionarios de la embajada en Caracas. Algunos empresarios españoles que se llevan mejor con Chávez que con la embajada, afirmaban que hubo un pozo de 500 millones de bolívares (poco más de medio millón de dólares) para cofinanciar la huelga general y el golpe, con dinero de grandes consorcios como Repsol y bancos, pero nada de esto ha sido posible confirmarlo.

De todas formas, Viturro reunió a todo el personal español de alto rango el domingo pasado, para dejar en claro cuál será la estrategia que seguirán de aquí en adelante: insistir por todos los medios en la necesidad de un referéndum o que Chávez llame a nuevas elecciones en el corto plazo. Exactamente la misma estrategia lanzada por Shapiro desde el *bunker* de Valle Arriba, al sudeste de Caracas, a los periodistas anglohablantes acreditados en el país.

El “santo” camino al poder

(Nota escrita 12 de julio de 2002 en la portada del mensuario Question)

El hombre, setentón, calvo, estaba sentado la noche del 11 de abril (de 2002) en el quinto piso de la Inspectoría General del Ejército, en Fuerte Tiuna. El hombre, eminente abogado constitucionalista, con negocios en el sector minero, había sido trasladado allí en

un carro con patente del Ministerio de Defensa, manejado por un soldado. Un coronel lo atendía solícitamente.

Pero hete aquí que pasaban los minutos y el eminente jurista, dicen que con clara vinculación con el Opus Dei, releía una y otra vez su juramentación –llena de pomposos galimatías y latines– y los primeros decretos que iba a dar a conocer unos minutos después, cuando fuera proclamado Presidente transitorio.

A apenas cinco pasos suyos, estaba el general Efraín Vázquez Velasco, en su despacho de comandante del Ejército. Era el hombre fuerte de ese momento, el que tenía el poder en sus manos. El coronel le filtraba una cantidad de llamados por dos celulares: a algunos les negaba que el general estuviese en Fuerte Tiuna, a otros les decía que llamaran más tarde, y a los más escasos los comunicaba con el general.

El hombre setentón, guardó sus papeles en el bolsillo derecho de su traje oscuro, se arregló la corbata, guardó sus anteojos y, ya molesto, le preguntó al coronel por qué se demoraba el general.

–Es que el general está ocupado, hablando con unas personas –le dijo el coronel.

–*¿Con qué personas está hablando, se puede saber?* –le respondió el veterano jurista.

–El general está hablando con el doctor Carmona...

–*¡Pero qué se ha creído!* –dijo el hombre indignado– *Por favor, coronel, regréseme a mi casa.*

Y el hombre, setentón, eminente constitucionalista vinculado al negocio minero, se secó la transpiración de su calva cabeza, se echó su coraje aristocrático al hombro, recobró toda su dignidad católica, guardó su juramento y sus decretos –¿para alguna otra ocasión?– y, conducido nuevamente por el soldado que lo había llevado a Fuerte Tiuna, regresó a su casa. Cuentan que su nombre fue borrado del libro de guardia.

Adentro del despacho del comandante del Ejército, Efraín Vázquez Velasco y Pedro Carmona repartían la torta y comenzaban el baile, sin estar demasiados seguros de que la orquesta les fuera a acompañar en su aventura. La primera traición había sido

consumada. Luego, vendrían otras. Y otras.

Si bien nadie pude asegurar que el Opus Dei intervino orgánicamente en el golpe de Estado, eso no significa que al menos importantes cuadros –civiles, castrenses– de esta Orden hayan participado en el frustrado intento.

(El setentón, calvo, fue identificado luego como el abogado y empresario minero Enrique Tejera París)

UNA HISTORIA QUE PROMETÍ CONTAR

Alguna vez prometí –no recuerdo si sobrio o no– contar la génesis de Telesur. El problema radicaba –cuando hice esa promesa– en que a Telesur le salieron tantas madres y padres que dejaban como falsa aquella sentencia de *mater sempre certa*...

Es que ni siquiera puedo hablar del nacimiento de Telesur, sin faltar a la verdad. Porque Telesur ni siquiera existía en nuestras calenturientas mentes. Lo del nombre digo. Pero la idea sí, claro, a pesar de lo extraño del reconocimiento de paternidades –cosa que me han dicho–, no es común en nuestro continente, salvo en las telenovelas.

Resulta que al gremio de periodistas de Cuba, allá por noviembre de 2000, se le dio por rescatar la Federación Latinoamericana de Periodistas (Felap), y organizó un congreso en La Habana. Y al mismo concurrimos “apenas” unos 450 periodistas y comunicadores sociales de toda América. Ojo: digo toda América, porque había compañeros de Estados Unidos y de Canadá (aún hoy recordamos la anécdota de un dirigente gremial panameño de nombre Hitler: él no tenía la culpa, claro).

En ese congreso confluimos mucha gente, entre ellos los que nos habíamos desencontrado durante demasiados años. Y los desayunos del hotel Palco –y las sesiones y conversaciones de pasillos– del

Palacio de las Convenciones de La Habana, sirvieron para que reanudáramos viejas amistades y complicidades. Fue tanto el trabajo (para decirlo de alguna forma) que Compay Segundo no cantó el final de Congreso, porque las discusiones se demoraban mucho (mientras nosotros insistíamos que no había nada más importante que escuchar quizá por única y última vez –en vivo– al veterano sonero).

Pero allí estaban los compañeros Tubal Páez y “el paquidermo” Pepe de los Santos para ponernos en orden. O en el orden del día al menos, en una reunión tan formal como informal, donde Fidel se despachó en los pasillos con informaciones y declaraciones que me pararon los pelos (obviamente ya sabrán que soy calvo), y que sirvieron para que mi amiga Ana de Skalom y su consorte, Miguel Bonasso, se hicieran amigos del líder cubano... Con Miguel nos conocemos desde hace demasiados años: él fue el director (en Buenos Aires, en 1973) de uno de los mejores diarios que haya conocido, *Noticias*, cotidiano donde participé garantizando su salida diaria (con la gran capacidad de que los investigadores lo hayan obviado).

Allí recomenzamos a recitar nuestros argumentos de la necesidad de una integración comunicacional pero, en realidad, lo que hicimos, durante horas y horas los cuatrocientos y pico de periodistas fue repetir un diagnóstico de la información y la comunicación en América Latina.

Al final del Congreso, y mientras Compay Segundo dormía en los bancos, era hora del cierre de Fidel. La verdad es que casi todos estábamos reventados: cansados y semidormidos, cuando sin consideración ninguna, el presidente cubano nos despertó con una frase que yo recuerdo que sonaba como esta: “ustedes se pasaron tres días haciendo diagnósticos sobre nuestra realidad a nivel comunicacional, hablando de revolución. De ese tema, compañeros, nosotros sabemos casi todo... Pero ninguno de ustedes hizo alguna propuesta... a nadie se le ocurrió, por ejemplo, crear una CNN latinoamericana...”

Obviamente, a esa hora (eran como las tres de la mañana o por lo menos a mí me parecía así), todos largamos una larga carcajada colectiva: ¡qué ocurrencias tiene este Fidel!

Fin del primer acto.

Uno, que lleva más de cuatro décadas escuchando los discursos de Fidel, sabe que no da puntada sin hilo. Apenas finalizado el congreso hablamos con varios compañeros presentes en el mismo, y también con mis amigos cubanos. Y en semanas posteriores comenzamos a analizar la provocación de Fidel. Anita, Miguel, Marcelo Larrea, Quique Pezoa, Beto Almeida. Muchos creían que había sido una estratagema de Fidel para hacernos reaccionar, y nada más.

Pocos creímos que era un puntapié que nos daba a aquellos que seguíamos creyendo en la necesidad de una integración comunicacional, en darle voz a quienes nunca tuvieron voz, en la necesidad de asaltar los medios masivos.

Y allí comenzó la tarea: demostrar que era posible volver realidad ese viejo sueño, de tener un canal de televisión latinoamericano, que trascendiera los proyectos de intercambio de información y/o contenidos, que sirviera realmente como alternativa al mensaje hegemónico.

Comenzaron las labores de definición conceptual y de realización del proyecto con los pies sobre la tierra. Comenzaban a sembrarse las semillas de la nueva América Latina y, paralelamente, a disminuir los precios de la tecnología. Hubo necesidad de adelantar muchas definiciones conceptuales, programáticas y también tecnológicas. En lo conceptual estuvieron respaldando el proyecto Ana de Skalom (con Miguel Bonasso) y Beto Almeida y en lo tecnológico y financiero trabajando intensamente con Ricardo Font, mi socio en el mensuario *Question*, sumando la colaboración de Juan José Feler y de Carlitos Rodríguez en lo que respecta a transmisiones y tecnología.

Y el proyecto primario estuvo listo y tuvo su primer nombre: *TodaméricaTV*. Algunos lo archivaron en sus gavetas burocráticas, otros –incluso amigos europeos– se rieron en nuestras caras por perseguir una utopía, y otros más, cuando vieron que la idea iba ganando adeptos y hasta podía convertirse en realidad, intentaron adueñarse del mismo.

Comenzamos a trabajar la idea con Jesse Chacón, desde que era director de la venezolana Comisión Nacional de Telecomunicaciones hasta que fue ministro de Comunicación e Información. En la Cumbre del Grupo de los 15, a mediados de 2003, el presidente venezolano Hugo Chávez manifestó a sus pares la necesidad de tener medios de comunicación del Sur e instó a formar televisoras en Sudamérica y también para el resto de los países latinoamericanos.

Desde allí se sucedieron algunas reuniones con Chávez y Chacón, fuimos buscando “cuadros” para el proyecto y, por ejemplo, creímos en que era acertado ofrecerle la Dirección de Información a un joven que se había formado profesionalmente en el Norte, Andrés Izarra.

Las reuniones, los contactos, siguieron hasta que el mandatario venezolano decidió aupar el proyecto, creo, sobre todo, porque la gente que lo presentaba eran profesionales con vocación integradora y que habían ganado su credibilidad.

Incluso hasta inicios de 2005, cuando comienza a materializarse el proyecto tras el decreto de creación de La Nueva Televisión del Sur el 28 de enero de 2005, la idea era de una pequeña televisora que iba a ir creciendo poco a poco. Y aquí, cabe reconocerlo, contamos con la inestimable ayuda de los compañeros cubanos, quienes “se fajaron” con nosotros en toda la etapa del parto (y hasta ahora, claro).

Pero Izarra ya no era el desempleado del canal 2, quien renunciara cuando el golpe de Estado contra Chávez: ya era ministro de Información y Comunicación, y desde allí comenzaba a montarse en el proyecto, ahora como primer presidente de La Nueva Televisión del Sur. En el primer directorio estuvieron aquellos que comenzamos esta historia: Ana de Skalom, Ricardo Font, Beto Almeida, Jorge Enrique Botero (un periodista colombiano que puso en marcha el Departamento de Información), y se sumó Ovidio Cabrera, en representación del Instituto Cubano de Radio y Televisión.

Comenzaba como empresa venezolana, para ir buscando su horizonte de empresa multiestatal latinoamericana. Comenzábamos la aventura. Habíamos logrado volver realidad el sueño de

muchos compañeros que lucharon (fueron presos, desaparecidos, torturados, asesinados) por él. Comenzábamos a vernos con nuestros propios ojos.

Nos pusimos a trabajar en la planta física, a estudiar la programación y cómo conseguirla, en la creación de la imagen de Telesur con los compañeros de Casa Cuatro (el nombre que sugiriera Chávez fue Tevesur), en fin; la “invención” de esta nueva televisora.

El 24 de mayo de 2005 habíamos logrado concitar tanta expectativa que debimos poner en el aire una señal de prueba. El 24 de julio, con la primera reunión del Consejo Asesor, lanzamos nuestra señal al aire, y el 31 de octubre del mismo año comenzamos a transmitir las veinticuatro horas desde nuestros propios estudios. En nueve meses parimos Telesur.

Quizá algún día cuente lo que sucedió en los dos años posteriores...

O no.

ÍNDICE

¿DÓNDE ESTÁ EL PERIODISTA?	9
COMUNICACIÓN, DEMOCRACIA	29
EL INFORME MCBRIDE Y EL NOIC	45
LOS NUEVOS MOVIMIENTOS ASOCIATIVOS	53
COMUNICACIÓN Y MOVIMIENTOS SOCIALES	75
LA TECNOLOGÍA, EL DESARROLLO	81
LA FALAZ AYUDA AL DESARROLLO	85
SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO, GOBERNANZA DE INTERNET	91
CULTURA, INDUSTRIAS CULTURALES	101
EDUCACIÓN Y COMUNICACIÓN	109
TELEVISIÓN DIGITAL	121
PRENSA ALTERNATIVA... ¿A QUÉ?	127
DESALAMBRAR LATIFUNDIOS MEDIÁTICOS	133
ESPACIO PÚBLICO, INTEGRACIÓN COMUNICACIONAL	139
VERACIDAD, AMARILLISMO, GOLPE MEDIÁTICO	159
LA EXPERIENCIA COLOMBIANA	185
LA (PEN) ÚLTIMA PALABRA	201
CRISIS, GLOBALIZACIÓN Y SOCIALISMOS	211
DOS NOTAS SOBRE EL GOLPE EN VENEZUELA	227
UNA HISTORIA QUE PROMETÍ CONTAR	237

3000 EJEMPLARES

Se terminó de imprimir en la
Fundación Imprenta Ministerio de la Cultura

Caracas, octubre 2007

